

SOCIEDAD PARANOIDE

INDICE

- Concepto de sociedad paranoide.
- La movilización patriótica.
 - o El Estado-Nación.
 - o Bosquejo histórico.
 - o Nacionalismo-patriotismo.
- Leninismo.

Concepto de sociedad paranoide.

A diferencia de lo que acontece en las AP, en que la paranoidización se produce en grupos minoritarios -cuya existencia transcurre en el entorno de una sociedad amplia de la que intentan aislarse y con la que suelen tener una relación tensa-, la paranoidización puede también afectar a una sociedad en su conjunto, lo que permite hablar de la existencia de *sociedades paranoides* (SP).

A esta paranoidización colectiva se puede llegar por dos vías:

1. En los estados de *paranoidización endógena* se aprecia un decantamiento generalizado de esa sociedad hacia conductas más paranoides y hacia ideologías con tintes persecutorios y mesiánicos. Proliferan los grupos y líderes con actitudes exaltadas e intolerantes, que encuentran una audiencia y una aceptación muy por encima de la que hallarían en una situación basal. Estos períodos de *ebullición social paranoide* tienden a producirse en determinadas circunstancias: crisis económicas, crisis culturales y de valores, y amenazas de agresión o mortandad masiva.
2. La *paranoidización impuesta* se produce cuando un caudillo paranoide o una AP se hacen con las riendas del poder (o sea, con el mando del Estado) y desde esa posición privilegiada imponen y contagian al conjunto de la sociedad su propio estado alterado.

Las sociedades paranoides que proliferaron en el siglo XX se pueden adscribir, atendiendo a su ideología, a tres grupos principales:

- 1) nacionalistas,
- 2) leninistas y
- 3) fundamentalistas islámicas (existieron, obviamente, fundamentalismos del resto de religiones, pero sin sobrepasar el tamaño de grupos minoritarios).

En la cuarta parte de este libro utilizaremos las dos primeras, el nacionalismo y el leninismo, como casos ilustrativos de cómo una sociedad puede desarrollar en bloque las mismas dinámicas que los grupos y microgrupos paranoides. Intentaremos describir cada uno de esos rasgos en los que las sociedades totalitarias y los grupos sectarios se asemejan o son, sencillamente, idénticos.

Pero antes es necesario introducir los dos *casos* objeto de estudio; el nacionalismo y el leninismo. A su vez, la presentación del nacionalismo requiere una descripción previa

del *constructo ideológico* (algunos preferirían hablar del *mito*) en el que se sustenta el nacionalismo: el Estado-Nación.

Una precisión más. La idea de que el Estado-Nación es la mejor forma de gobierno, sino la única viable hoy en día, ha arraigado con tal fuerza en la humanidad en su conjunto, es tan absolutamente indiscutida, que ha dejado de constituir una ideología -opuesta a otras ideologías- para devenir una idea obvia, que se da por hecha y no precisa mayor explicitación, ni explicación, ni reflexión, ni discusión. Se puede afirmar que el nacionalismo *strictu sensu* ha muerto de éxito.

La movilización paranoide, así pues, toma cuerpo alrededor de cada uno de esos subproductos de la idea nacional en los que la humanidad y la superficie terrestre deben dividirse: las naciones. Por consiguiente, para nuestro objetivo es más correcto hablar de *nacionalismos*, en plural.

El Estado-Nación.

Aunque no lo parezca, el Estado nacional y las naciones son creaciones relativamente recientes, nacidas de la inveterada insistencia humana en soñar utopías, plasmarlas sobre el papel e intentar hacerlas realidad. Los padres de esta utopía fueron los pensadores de la Ilustración y un intelectual alemán del Romanticismo (Herder).

Como modelo sociopolítico se impuso por primera vez, y en ello están de acuerdo la casi totalidad de autores, con la Revolución Francesa y con la independencia norteamericana.

La construcción de Estados-Nación, junto al desarrollo industrial y el consiguiente trasvase a las ciudades de las poblaciones campesinas, constituyen dos tendencias centrales de la modernidad. Lo que en un momento inicial fueron fenómenos aislados en tres puntos concretos del mundo occidental (Francia, EEUU y el Reino Unido) se transformó paulatinamente en un objetivo perseguido por un sector creciente de las elites políticas de todo el orbe; desde los movimientos hispanoamericanos de independencia, pasando por la revolución Meiji y los movimientos patrióticos que, a principios del siglo XX, pretendían derrocar a la emperatriz china, hasta los nuevos países surgidos de la descolonización del Tercer Mundo o del hundimiento de la URSS.

El legado del nacionalismo es múltiple, y algunos aspectos merecen ser destacados:

- Solapado y unido al liberalismo, se enfrentó y derrotó al Antiguo Régimen, propiciando la implantación de un nuevo orden sociopolítico. Y allí donde topa con otras formas sociales más primitivas -como la tribal- el nacionalismo tiende también a socavar su autoridad y a desdibujarlas.
- Ha sido la principal fuerza que ha condicionado las modificaciones de las fronteras entre Estados que se han producido en los dos últimos siglos. Fueron nacionalistas los movimientos que, al Norte y al Sur, llevaron a la independencia de las naciones del continente americano, de las colonias europeas de Africa y Asia, los que condujeron a la unidad de Alemania e Italia, a la independencia de Irlanda, y es con criterios nacionalistas que se creó un buen número de nuevas patrias en los territorios de los imperios austro-húngaro, otomano y soviético. Y siguen siendo nacionalistas la casi totalidad de los movimientos que hoy aspiran a la modificación de las actuales fronteras estatales.

- Muy en especial durante el siglo XX, la exaltación nacionalista se ha asociado con un reguero de conflictos y matanzas de proporciones descomunales, siendo sus principales víctimas aquellos que, por motivos étnicos o ideológicos, quedaban excluidos del proceso de construcción nacional (a ojos de los patrióticos *constructores*, por supuesto). El primer eslabón en esta sucesión de carnicerías fue la matanza de armenios por parte de los jóvenes intelectuales-patriotas turcos.

Veamos en primer lugar que es eso que proyectaron la Ilustración y el Romanticismo.

El contrato social.

“Entre los pensadores franceses de la Ilustración había ido tomando cuerpo la idea de nación concebida como un pueblo libre, ilustrado y armoniosamente unido, y en todos ellos existía la creencia generalizada sobre la incompatibilidad entre el despotismo monárquico y la nación.

En Montesquieu, en Voltaire, en la mayoría de autores ilustrados aparecen claramente formulados estos principios, pero será Jean-Jacques Rousseau quien siente los postulados teóricos del nuevo nacionalismo que tanta influencia tuvo durante la revolución. Ciertamente, en el Contrato social Rousseau elabora una teoría del Estado -una auténtica utopía- que en buena medida puede considerarse como una utopía nacionalista, y cuyos fundamentos serán ampliamente utilizados por los revolucionarios franceses” (14).

Tras el derrocamiento de Luis XVI, *El Contrato social* inspiró en gran medida el diseño de la nueva sociedad que los miembros del Tercer Estado (que pronto dejaron de reconocerse a sí mismos con este nombre para autodenominarse, simplemente, “la nación”) intentaron contruir.

Las ideas que Rousseau expresó en “El Contrato” pueden agruparse en dos grandes bloques: la crítica del feudalismo y del despotismo ilustrado –la última versión de aquél- y la defensa de una forma alternativa de organización de la sociedad. Del sistema feudal (los autores de la Ilustración utilizaban el término en un sentido amplio, no limitándolo al período de la Edad Media caracterizado por las instituciones feudo-vasalláticas) criticó su perversidad dado que beneficia únicamente a unos pocos, en detrimento de la mayoría, y hace a los hombres esclavos que, al renunciar a su libertad, pierden también su dignidad.

Además de considerarlo perverso, puso en duda la legitimidad del Antiguo Régimen.

“Todo poder emana de Dios, debo reconocerlo; pero toda enfermedad proviene de Dios también. ¿Estará por ello prohibido recurrir al médico? Si un bandido me sorprende en una selva, ¿estaré, no sólo por la fuerza, sino aun pudiendo evitarlo, obligado en conciencia a entregarle mi bolsa? Porque, en fin, la pistola que él tiene es un poder” (17).

Con este argumento tan simple ponía patas arriba la antigua justificación del poder del monarca (su origen divino) y, en general, todo el sistema de relaciones de autoridad prevaleciente en el Antiguo Régimen, en que la nobleza y el clero disponían de unos privilegios y ejercían una autoridad, legalmente sancionados, sobre el grueso de la población.

Rousseau se veía más como redescubridor que como inventor. Habría existido un pasado glorioso en la Antigüedad clásica seguido de un prolongado eclipse de oscurantismo que identifica con el período feudal. Los principios que defiende ya habrían imperado en su momento y se trataría simplemente de volverles a dar vigencia.

Un rasgo interesante de su obra es que el sistema que propone es *el único* -no hay ningún otro- capaz de devolver al ser humano su libertad y dignidad perdidas en la “noche feudal”. Desaparecida la estabilidad producida por las tradicionales líneas de obediencia, solamente veía una alternativa para preservar el orden social sin que ningún hombre se viera obligado a someterse a otro perdiendo de ese modo su dignidad. La solución consistía en construir un Estado cuya única fuente de autoridad fuesen las leyes (cuya elaboración, como veremos, sería una tarea común de todos los ciudadanos).

“Puesto que ningún hombre tiene autoridad natural sobre su semejante, y puesto que la fuerza no constituye derecho alguno, quedan sólo las convenciones como base de autoridad legítima entre los hombres” (17).

“Entiendo por República todo Estado regido por leyes, cualquiera que sea la forma bajo la cual se administre, pues sólo así el interés público gobierna y la cosa pública tiene alguna significación” (17).

A través de una misma participación, y en condiciones de igualdad total, en la elaboración de las leyes, todos y cada uno de los ciudadanos gozan del mismo derecho a intervenir en la gestión de la *res publica*, a partes iguales. Así despedía Rousseau las intolerables diferencias hereditarias del feudalismo.

“Si, pues, el pueblo promete sencillamente obedecer, pierde por el hecho mismo su condición de tal y se disuelve; desde el instante mismo que tiene un dueño, desaparece el [pueblo] soberano y se disgrega el cuerpo político” (17).

El “cuerpo político” formado por el conjunto de los ciudadanos adquiere -en cierto modo- vida propia. La gestación de esa suerte de organismo vivo que es el “cuerpo político” o “pueblo” se produce en el momento en que un conjunto de hombres libres lo acuerdan.

“Por el pacto social hemos logrado existencia y vida para el cuerpo político...” (17).

“La soberanía surge, así, como un producto directo de un contrato social, de un compromiso recíproco de todos los ciudadanos, iguales en derechos y en deberes. Y el Estado aparece como el resultado de la voluntad general y el depositario de la soberanía” (14).

Lo que conforma un pueblo es la existencia de un contrato por el que sus integrantes acuerdan ser tal pueblo y unir entre todos sus fuerzas en aras del bien común. En algunas ocasiones se refiere a dicho contrato como un acto formal, realizado en un momento y lugar dados, y en otras acepta su existencia como una especie de mito o acuerdo implícito. Una vez el cuerpo político se ha *constituido*, éste es capaz de tomar

decisiones, y a las decisiones que toma se las denomina *voluntad general* que se manifiesta siempre en forma de leyes.

“No teniendo la autoridad soberana otra fuerza que la del poder legislativo, no obra sino por medio de las leyes, y siendo éstas actos legítimos de la voluntad general...” (17).

En *El contrato social*, de Rousseau, la *voluntad general*, se establecía en la asamblea general de todos los ciudadanos, en la que éstos tenían derecho a opinar y a votar. El autor no admitía absolutamente ninguna otra vía para la elaboración de las leyes que no fuese la asamblea de todo el pueblo, asamblea que se constituía en la auténtica palpitación de la vida del “cuerpo político”.

“No es bastante que el pueblo reunido haya establecido la constitución del Estado sancionando un cuerpo de leyes, ni que haya organizado un gobierno perpetuo, ni provisto de una vez para siempre a la elección de magistrados. Además de las asambleas extraordinarias que casos imprevistos exijan, es preciso que tenga otras fijas y periódicas, que no puedan abolirse ni prorrogarse, de tal suerte que el día conveniente el pueblo sea legítimamente convocado por la ley sin necesidad de ninguna otra formalidad” (17).

La *voluntad general*, el gran mito sustentador del edificio rousseauiano, solamente se puede manifestar en las asambleas de todo el pueblo, nunca a través de representantes.

“No por eso considero que tenga que haber esclavos, ni que la esclavitud sea un derecho legítimo, puesto que he demostrado todo lo contrario. Expongo simplemente las razones por las cuales los pueblos modernos que se creen libres tienen representantes, y por qué los antiguos no los tenían. Sea lo que sea, tan pronto como un pueblo se da representantes deja de ser libre y además de ser pueblo” (17).

Pero Rousseau soñaba con una Europa de Estados-Ciudad semejantes a los de la Antigüedad griega. El sentido común obligó a sustituir la asamblea general de todos los ciudadanos por una asamblea representativa.

El nuevo orden soñado por Rousseau se caracterizaba porque una nueva autoridad, la *voluntad general*, desplazaba por completo a las líneas de autoridad tradicionales. El poder del rey, el del señor feudal, el del clero, el de la cofradía o el poder del linaje quedaban completamente anulados frente a la avasalladora *voluntad general*. Ello suponía, es obvio, que el “cuerpo político” tenía necesariamente que ser percibido como tal, con una carta de naturaleza claramente diferenciada, y que el nuevo ciudadano libre necesitaba de una *nueva identidad*. Todo ello fue nítidamente percibido por Rousseau.

“Al instante este acto de asociación transforma la persona particular de cada contratante en un ente normal y colectivo, compuesto de tantos miembros como votos tiene la asamblea, la cual recibe de este mismo acto su unidad, su yo común, su vida y su voluntad. La persona pública que así se constituye, por la unión de todas las demás, tomaba en otro tiempo el nombre de *Ciudad* y hoy el de *República* o *cuerpo político*, el cual es denominado Estado cuando es activo, *potencia* en relación a sus semejantes. En cuanto a los asociados, éstos toman

colectivamente el nombre de *Pueblo* y particularmente el de *ciudadanos*, como partícipes de la autoridad soberana, y el de *súbditos* por estar sometidos a las leyes del Estado. Pero estos términos se confunden a menudo, tomándose el uno por el otro; basta saber distinguirlos cuando son empleados con absoluta precisión” (17).

Resultaba igualmente novedosa la vinculación de estos pueblos así constiuidos con un determinado territorio inalienable.

“Si, pues, el pacto social encuentra opositores, tal oposición no lo invalida e implica solamente la exclusión de ellos, que serán considerados como extranjeros entre los ciudadanos. Instituido el Estado, la residencia es señal implícita de consentimiento: habitar el territorio es someterse a la soberanía” (17).

“Pero derivando el cuerpo político o el soberano su existencia únicamente de la legitimidad del contrato, no puede obligarse jamás, ni aun con los otros, a nada que derogue ese acto primitivo, tal como alienar una parte de sí mismo o someterse a otro soberano” (17).

En la medida en que el contrato social por el que se formaba un pueblo era indestructible, y en la medida en que es el territorio quien determina la ciudadanía, las fronteras nacionales pasaban necesariamente a ser inmutables.

Llegados a este punto, tenemos que subrayar que la República rousseauiana contiene numerosos elementos que apuntan a un notable grado de totalitarismo. Veamos algunos de ellos.

La *voluntad general* adquiere la calidad de bien supremo, casi divino, cuyas decisiones *siempre* son las acertadas. Esta sacralización de las decisiones assemblearias supone una importante ceguera frente a la evidente posibilidad de que la mayoría tome decisiones erróneas o inmorales, o el riesgo de manipulación de la mayoría por individuos dotados para ello. Esperar que en la asamblea cada ciudadano evalúe asépticamente los pros y los contras de cada punto en discusión, y los debata civilizadamente con sus conciudadanos es muestra de una cierta ingenuidad. Sin embargo, en el pensamiento rousseauiano la *voluntad general* se convertía en decisión inapelable, incuestionable e intrínsecamente buena.

“¿Qué es, pues, propiamente un acto de soberanía? No es convenio del superior con el inferior, sino del cuerpo con cada uno de sus miembros; convención legítima, porque tiene por base el contrato social; equitativa, porque es común a todos; útil, porque no puede tener otro fin que el bien general, y sólida, porque tiene como garantía la fuerza pública y el poder supremo” (17).

Siendo la *voluntad general* necesariamente buena, queda justificada la obligación de una sumisión absoluta a la misma, de modo que el individuo carece por completo de ningún tipo de derecho a resistirse a los dictados del cuerpo político.

“De esta aclaración resulta, de conformidad con lo dicho en el capítulo XVI, que el acto que instituye el gobierno no es un contrato, sino una ley; que los

depositarios del poder ejecutivo no son los dueños del pueblo, sino sus funcionarios, que puede el pueblo nombrarlos y destruirlos cuando quiera; que no es de su incumbencia adquirir, sino obedecer, y que al encargarse de las funciones que el Estado les impone, no hacen más que cumplir con su deber de ciudadanos, sin tener derecho alguno a discutir sobre las condiciones” (17).

El pensamiento nacionalista posterior no dejaría de profundizar en el carácter supremo de la voluntad general, y a la postre, como era de esperar, en el poder absoluto del Estado.

Nacionalismo alemán.

“Durante mucho tiempo, sin embargo, sobrevivió el individualismo del siglo XVIII para quienes el estado era un mal necesario. Pero el repliegue nacional, los proyectos de autarquía, indujeron poco a poco a oponer a la razón individual la razón de estado y a concebir al estado como instrumento de salvación (...) Para Hegel, el estado es ‘la realidad de la idea moral’, ‘la condición única que va a permitir al individuo realizar su fin y alcanzar su bien’; el estado es propiamente ‘la voluntad divina’ (4).

Así pues, frente a la voluntad general no cabe más que la obediencia.

“Cada cual pone en común su persona y su poder bajo la suprema dirección de la voluntad general, y cada miembro es considerado como parte indivisible del todo” (17).

Resulta ardua de asimilar la idea de que la voluntad general no es la de la mayoría, no es una suma de voluntades individuales, sino que las decisiones de la asamblea son las decisiones de todos. No puede haber quien opine en contra de una determinada decisión de la asamblea de los ciudadanos.

“La voluntad constante de todos los miembros del Estado es la voluntad general; por ella son ciudadanos y libres. Cuando se propone una ley en las asambleas del pueblo no se busca precisamente conocer la opinión de cada uno de sus miembros, ni de si deben aprobarla o rechazarla, sino de saber si ella está de acuerdo con la voluntad general, que es la de todos ellos” (17).

No menos absurda es la noción de que el ciudadano de la República es absolutamente libre, y que la obligada obediencia a todos y cada uno de los dictados de la voluntad general no supone ninguna merma de su libertad.

El contrato social

“Supongo a los hombres recién llegados al punto en que los obstáculos que impiden su conservación en el estado natural superan a las fuerzas que cada individuo puede emplear para mantenerse en dicho estado. Entonces ese estado primitivo no puede subsistir, y el género humano perecería si no variara de manera de ser.

(...) Esta dificultad, volviendo a mi tema, puede enunciarse en los términos siguientes:

‘Cómo encontrar una forma de asociación que defienda y proteja, con la fuerza común, la persona y los bienes de cada asociado, y por la cual cada uno,

uniéndose a todos los demás, no obedezca más que a sí mismo y permanezca, por tanto, tan libre como antes.’ He aquí el problema fundamental cuya solución proporciona el contrato social” (17).

Hay que reconocer que los Estados-Nación que hoy cubren la práctica totalidad del planeta no son en modo alguno una reproducción *ad integrum* del sueño totalitario rousseauiano y se dotan de mecanismos para proteger a los individuos, grupos y minorías de los posibles excesos de la *voluntad general*. Tampoco lo son aquellos Estados-Nación que no son todavía más que proyectos de los innumerables movimientos nacionalistas que todavía no han alcanzado su objetivo. No en vano una de las mayores preocupaciones de los primeros liberales decimonónicos fue evitar, en sus respectivos países, la emergencia de un nuevo Robespierre. Pero lo que sigue caracterizando a todos los nacionalismos es esa *potencialidad* o, mejor, esa *predisposición* totalitaria que ya había quedado prefigurada en la utopía rousseauiana.

Se me permitirá un segundo comentario relativo no ya a la obra sino a su autor, un singular personaje que sin haber gozado de ningún poder político, ni haber dirigido ningún movimiento u organización, marcó de un modo determinante la gestación del moderno Occidente. El mismo nos recordaba su excepcionalidad.

“Emprendo una tarea de la que jamás hubo ejemplo y que no tendrá imitadores. Quiero descubrir ante mis semejantes a un hombre con toda la verdad de la naturaleza, y ese hombre seré yo.

Yo solo. Siento mi corazón y conozco a los hombres: no soy como ninguno de cuantos vi, y aun me atrevo a creer que como ninguno de los que existen. Si no valgo más, soy, al menos, distinto de todos. Tan sólo después de haberme leído podrá juzgarse si hizo bien o mal la Naturaleza al romper el molde en que me vaciara” (16).

La vida de Rousseau fue azarosa desde el mismo momento de su nacimiento, que provocó el fallecimiento de su madre. Quedó al cuidado de su padre, de carácter violento y vida disipada, que tomó escaso interés en su educación. Cuando éste fue apresado por un hurto, una tía se hizo cargo de él. Desarrolló desde su infancia una verdadera pasión por la lectura y trabajó como ayudante de un notario y un calderero antes de huir de su Ginebra natal a la edad de 16 años. A partir de ese momento llevó una vida errante con frecuentes cambios de residencia y de ocupación hasta que a la edad de 39 años se estableció en París.

En esta ciudad fue admitido en el círculo de los enciclopedistas, que valoraban sus dotes para el entretenimiento y su vanidad sin límites. En sus escritos de esta época postuló la superioridad del “buen salvaje”, criticó la acción corruptora de la civilización y denunció las desigualdades sociales. Sus trabajos gozaron de un gran reconocimiento. Durante este período parisino, mantuvo una relación sentimental con la criada de la posada en que se alojaba. Con ella tuvo cinco hijos. Todos ellos fueron entregados, recién nacidos, al orfanato, por voluntad expresa de Rousseau.

A los 44 años se retiró a la casa de campo de Madame d’Epinay donde pensaba disfrutar del contacto con la naturaleza. Pero, como consecuencia de múltiples problemas domésticos, de su atormentada pasión por la condesa de Houdetot y de la pérdida de sus amigos producida por su irritabilidad y desconfianza, se trasladó a un castillo perteneciente al duque de Luxemburgo, donde permaneció desde los 46 a los 48 años,

en que tuvo que huir tras un ataque de los campesinos. Es en este período que escribió *El contrato social*.

En los años subsiguientes, fueron creciendo su arrogancia y misantropía y la desconfianza morbosa fue evolucionando a la convicción delirante en la existencia de una conspiración dirigida por Diderot y d'Alembert, sus antiguos amigos enciclopedistas, contra su persona. Es en esta última etapa que escribió sus *Confesiones* con el objetivo de denigrar a sus imaginarios enemigos y de justificarse a sí mismo frente a la sociedad de su época. Murió repentinamente a los 66 años en Ermenoville.

Durante la segunda mitad del s. XVIII se formaron, en buena parte de los países europeos y alrededor de las distintas *sociedades del pensamiento*, núcleos de “patriotas” o “demócratas” que se oponían denodadamente a los privilegios hereditarios en nombre de los nuevos principios de la Ilustración. Desde el punto de vista intelectual fue *El contrato social* (publicado en 1762) la obra que más determinadamente contribuyó a forjar sus ideas. Su extensión breve, el estilo claro y contundente, así como el hecho de que su autor fuera el primero de los *filósofos* que diera el salto desde la defensa de un despotismo ilustrado que prescindía de la nobleza a una nueva y atractiva visión en la que el pueblo prescindía del monarca y se transformaba en su propio soberano (7), harían posible su rápida y amplia difusión en el continente europeo y en las tierras latinoamericanas (en las colonias inglesas de América -al igual que en la metrópolis británica- su eco sería menor). No deja de resultar intrigante el hecho de que *El contrato social*, que la mayoría de estudiosos consideran poco menos que como el acta fundacional del moderno Estado-Nación, o algo parecido a una maqueta literaria del mismo, fuese escrito, precisamente... por un paranoico.

En un primer momento, estos núcleos patrióticos recibieron con entusiasmo la llegada de las tropas napoleónicas a sus respectivos países, si bien acabarían enfrentándose a las mismas. De todos modos, el avance continental del ejército francés propició una aún mayor difusión de “El contrato”.

En un mundo que supuestamente se iba a fragmentar en unidades territoriales separadas por nítidas fronteras, con sus respectivos *pueblos* sometidos a sus respectivas *voluntades generales* de poder ilimitado, la determinación de tales fronteras se iba a transformar en una cuestión de la máxima importancia, especialmente cuando no era la fuerza de la conquista sino la voluntad popular quien debería establecerlas. Este problema había pasado desapercibido para Rousseau, pero es obvio que la espinosa cuestión del establecimiento de los límites de cada territorio nacional mediante apelaciones a la voluntad popular podía generar un sinnúmero de insuperables escollos prácticos. ¿Habría que organizar un referéndum en cada ciudad, o en cada comarca o en cada región? ¿Quién fija los límites de cada ciudad, comarca o región en que se celebra un plebiscito? ¿Se impone al conjunto de los ciudadanos la voluntad de la mayoría incluso cuando la diferencia es de un escaso número de votos? ¿Qué sucede si se producen cambios demográficos o de opinión respecto a lo anteriormente decidido? ¿Qué sucede si los ciudadanos de la parte Este del valle A optan por incorporarse al estado B mientras que los del Oeste optan por C y los del Sur por la independencia? Y, así sucesivamente, se podría elaborar una lista interminable de situaciones irresolubles.

Por lo que respecta a la identificación de las naciones y de sus límites, una formulación radicalmente distinta vendría de la mano del romanticismo. Un nuevo enfoque que afirma lo siguiente: las naciones fueron creadas por Dios (o en su versión laica, son

“etnias” que existen desde la noche de los tiempos) y no hay más que hurgar en la Historia, la lengua y el folclore para conocerlas. Pero, la nación rousseauiana y los primeros movimientos patrióticos todavía no guardaban absolutamente ninguna relación con la etnia, como iba a suceder más adelante.

“Como Pierre Vilar ha señalado, lo que caracterizaba al pueblo-nación visto de ese modo era precisamente que representaba el interés común frente a los intereses particulares, el bien común frente al privilegio, como de hecho sugieren los términos que los americanos usaron antes de 1800 para indicar la calidad de nación y eludir al mismo tiempo el término. Desde este punto de vista revolucionario-democrático las diferencias de grupo étnico eran tan secundarias como más tarde les parecerían a los socialistas. Es patente que lo que distinguía a los colonizadores americanos del rey Jorge y los que le apoyaban no era ni el lenguaje ni la etnicidad, y recíprocamente, la República Francesa no vio dificultad en elegir al anglo-americano Thomas Paine para la Convención Nacional” (10).

“Como afirmó la Declaración francesa de Derecho humanos en 1795:

Cada pueblo es independiente y soberano, cualquiera que sea el número de los individuos que lo componen y la extensión del territorio que ocupa. La soberanía no se puede enajenar.

Pero decía poco sobre qué es lo que constituía ‘un pueblo’. En particular, no existía conexión entre el cuerpo de ciudadanos de un estado territorial por un lado, y la identificación con la nación sobre bases étnicas, lingüísticas o de otro tipo que permitiesen el reconocimiento colectivo de la pertenencia grupal. De hecho, se ha argumentado que la Revolución Francesa ‘fue completamente ajena al principio o sentimiento de nacionalidad; fue incluso hostil a él’ por esta razón. Como sagazmente percibió el lexicógrafo holandés, la lengua no tenía nada que ver *en principio* con ser inglés o francés, y realmente, como veremos, los expertos franceses se opusieron tenazmente a cualquier intento de hacer de la lengua hablada un criterio de nacionalidad que, argüían, estaba determinada únicamente por la ciudadanía francesa. La lengua que hablasen los alsacianos y gascones era irrelevante para su status como miembros del pueblo francés” (10).

En las páginas que siguen comentaré brevemente algunos de los principios y características de los Estados-Nación democráticos, inspirados en buena medida en el pensamiento ilustrado, y, en su mayor parte, expuestos con rotundidad en El Contrato social.

El principio de la igualdad entre ciudadanos.

La moderna nación ilustrada no fue concebida en el vacío sino por oposición a, y como recambio de, un sistema político-social, el del “Antiguo Régimen”, fundamentado en la institucionalización de las desigualdades, en buena parte hereditarias. La sociedad se dividía en “estamentos” a cada uno de los cuales correspondían unas obligaciones y unos privilegios nítidamente definidos.

Por otro lado la corona ejercía su potestad mediante un pacto juramentado con un conjunto de reinos, principados, ciudades, señoríos, etc. por los que cada una de las dos partes adquiría unas responsabilidades hacia la otra. Eso hacía que las leyes de cada reino, y las condiciones de su pacto con la corona, difirieran profundamente de un caso

a otro. Por lo tanto, el Antiguo Régimen se caracterizaba por la existencia, dentro de los dominios de un mismo rey, de profundas diferencias entre estamentos y entre territorios.

El absolutismo se enfrentó tanto a los privilegios estamentales como a las entidades políticas locales tradicionales, con desigual fortuna en cada caso, pero sin llegar en modo alguno a suprimir la división estamental de la sociedad. Por otro lado, el absolutismo propugnaba una distinción radical entre rey y súbditos, de modo que el ilimitado poder del primero no procedería de ningún pacto ni con los estamentos, ni con los reinos y ni siquiera con sus súbditos, sino que dicho poder le habría sido dado por Dios directamente a él, el rey, y no (por Dios pero) *per populum* (a través del pueblo).

Frente a este universo de desigualdades derivadas de la estratificación social, el territorio o la realeza, el pensamiento ilustrado propuso la creación de “naciones” gobernadas por el principio de la igualdad entre las personas. Igualdad de obligaciones (que ahora se transformaban en “deberes patrióticos”, responsabilidades “cívicas”, etc) e igualdad de privilegios (que en la nueva terminología se mutaban en “libertades” y “derechos”).

Como no podía ser de otro modo, el principio de la igualdad iba a topar con la resistencia de los sectores mejor emplazados en la sociedad estamental: el rey, la nobleza y el clero.

“No es de extrañar, pues, que la idea de nación, como principio histórico, quedase consagrada en la Revolución francesa de 1789, para designar al bloque de clases sociales -del que explícitamente quedaba excluída la aristocracia- que tenía por objetivo la lucha contra los particularismos y los privilegios feudales y la creación de un estado nacional que permitiese la libre expansión del capitalismo.

Antes del estallido revolucionario de 1789 esta idea de nación y el propio concepto se había fraguado como consigna clara de oposición a la monarquía absoluta. Es muy significativo que Luis XIV, el ‘Rey Sol’, el monarca absoluto por excelencia, no lo utilizase nunca y que cuando hablaba de Francia y de los franceses se refiriese, respectivamente, a ‘mis Estados’ y a ‘mis gentes’ (14).

“Pero es en su descripción de Waterloo donde se supera el historiador jesuita: vemos a las ‘tropas de Bonaparte [...] excitadas por la rivalidad nacional, mostrar una animosidad que llegaba al furor’ frente a un Wellington piadosamente calificado como ‘inquebrantable’.

¿Y qué decir del final de la Guardia Imperial narrado por Lorient?:

‘Se vio a estos forzados disparar los unos contra los otros y matarse mutuamente ante los ojos de los ingleses, a los que este extraño espectáculo mantenía en un sobrecogimiento en el que se mezclaba el horror’ (tomo IV, pág. 411)’

Es seguro que en Saint-Acheul no se martirizaban las manos de los niños de seis años. Pero, ¿qué pensar de esta caricatura obscena de una enseñanza de la ‘historia’ que, durante cerca de un siglo, destiló el odio a la República, o simplemente a la ‘nación’, en el corazón de tantos jóvenes...” (12).

Cuando el ideal del Estado nacional se extendió fuera de las fronteras de Europa y América lo haría siempre en abierta oposición a los diversos sistemas tradicionales

imperantes; en Japón, las tropas del emperador hubieron de enfrentarse en el campo de batalla a un ejército de *daimyos* y samurais; en China, los partidos y sociedades secretas nacionalistas intentaban no solamente expulsar a los extranjeros sino acabar con el sistema imperial; en la India, el Partido del Congreso pugnaba por la desaparición de las castas... En Africa el nacionalismo toparía igualmente con las identidades y diferencias tribales y con el poder de los jefes tradicionales, incompatibles también con la implantación de una verdadera nación.

El ideal igualitario implicaba que frente al Estado, todos y cada uno de los ciudadanos tenían los mismos derechos y las mismas obligaciones, y entre éstas últimas, la de participar en la gestión de la *res publica*. Pero en este punto cabe realizar ciertas matizaciones.

Para los ilustrados del s. XVIII, y muy especialmente para Rousseau, la reflexión y la toma colectivas de decisiones deberían realizarse siempre en asambleas abiertas al conjunto de la ciudadanía y donde todos y cada uno de los ciudadanos tendrían el derecho a manifestar sus opiniones y a votar. Pero lo que podía haber sido factible en la Atenas clásica (donde el 80% de la población estaba constituido por esclavos, y la mitad del resto eran mujeres que también estaban excluidas de la ciudadanía) no lo era en las modernas ciudades y mucho menos en unas naciones que incluían en su seno vastas extensiones y poblaciones. Por lo tanto se impuso finalmente el sistema representativo por el que unos diputados elegidos periódicamente se transformaban en una suerte de asamblea ciudadana permanente de la que se suponía que encarnaría la *voluntad general*. Los excesos de las revoluciones también contribuyeron a descartar la idea de una gestión asamblearia directa de la *res publica*.

Por otro lado, el conjunto de los “ciudadanos” portadores de derechos y entre ellos el derecho a votar (es decir, a participar en la toma colectiva de decisiones) tardó mucho tiempo en coincidir con el conjunto de los habitantes del territorio. En un primer momento quedaron excluidos los aristócratas, enemigos -por definición- de la nación. Tampoco se incluía a las mujeres entre aquellos con derecho al sufragio, situación que en la mayoría de países se prolongaría hasta entrado el siglo XX. Durante el siglo XIX imperaron asimismo diversas modalidades de voto restringido, que apartaban del ejercicio de la ciudadanía a aquellos individuos de quienes se suponía que no se hallaban en adecuadas condiciones para participar en la misma: analfabetos, pobres, trabajadores por cuenta ajena...

Razón y bien común.

La nación moderna, inspirada en buena medida en el recuerdo de las repúblicas de la antigüedad griega y romana, fue concebida también como una unión de personas que, interesadas todas ellas por el bien común (el de su colectividad, no por el bien del mundo), reflexionan y debaten las decisiones a tomar, aceptando siempre el veredicto de la mayoría. Así pues, se fundamenta en un culto a la razón, a las “luces”, cuyo contraste no podía ser mayor con el Antiguo Régimen, donde la reflexión independiente no era especialmente valorada, y donde la Inquisición, la Iglesia y la literatura religiosa dominaban el panorama intelectual.

El bien común al que se orientaría el proceso de reflexión colectiva, un bien terrenal, contrastaba igualmente con el fin al que supuestamente quería encaminarse la sociedad feudal, a saber: la salvación ultramundana de las almas.

Pero la reflexión, el debate, la búsqueda de las mejores soluciones y las votaciones no sustituyeron de la noche a la mañana a la tradición y a la sumisión silenciosa. En el seno de las sociedades absolutistas ya se habían ido formando círculos y redes sociales en los que se practicaba una *nueva forma de sociabilidad*, anticipo de la que acabaría caracterizando al hombre moderno.

“Los actores sociales de tipo antiguo están caracterizados por vínculos que no dependen de la voluntad actual de los hombres que los componen. Los vínculos que los unen no resultan normalmente de una elección personal, sino del nacimiento en un grupo determinado: vínculos de parentesco (en el sentido más amplio de la palabra que incluye tanto el parentesco político, como el compadrazgo), vínculos que surgen de la pertenencia a un pueblo, a un señorío, a una hacienda, a un grupo étnico... En otros casos, los vínculos resultan de una decisión personal, pero el individuo que se incorpora voluntariamente a un grupo o a un cuerpo del Antiguo Régimen, no es libre de fijar las reglas o las modalidades de pertenencia.

Todos estos grupos están regidos por la costumbre, por la ley o por los reglamentos del cuerpo. Un hombre puede incorporarse a un clan familiar o a la clientela de un poderoso, establecer lazos de amistad o tomar este o aquel oficio que le hace entrar en tal corporación o cofradía, pero los vínculos de parentesco, de clientela, de amistad, tienen en una época dada un contenido fijado por la costumbre, como lo tiene también, fijada por reglamentos, la pertenencia a un gremio o a una cofradía. La elección de esos vínculos puede ser más o menos libre, pero una vez hecha, los vínculos son normalmente irrevocables, a no ser que la persona se integre a otro grupo o se convierta en un marginal.

En todos estos casos, los vínculos son eminentemente personales, de hombre a hombre, con derechos y deberes recíprocos de tipo pactista y, de ordinario, desiguales y jerárquicos. En los imaginarios de estos actores antiguos se valora ante todo la costumbre, la tradición, los precedentes, ya que son esas fuentes las que legitiman la existencia de los vínculos. Y lo mismo pasa con valores como la fidelidad, la lealtad, el honor, elementos todos que contribuyen a conservar en el tiempo la identidad y la cohesión del grupo, pues es el grupo, sea cual sea su estructura, el que ocupa el lugar central en las sociedades tradicionales. El grupo -un pueblo, o un clan familiar, por ejemplo- precede y sobrevive a los individuos que lo componen en un momento dado de su historia. Los hombres pasan y el grupo permanece, renovándose sin cesar en sus componentes individuales sin que la estructura de conjunto cambie, a no ser muy lentamente. Los actores antiguos tienen una duración de vida y una inercia muy superiores a las de sus miembros.

(...) El individuo solo, sin sus pertenencias, era difícilmente pensable.

Muy diferentes aparecen los actores que hallamos en las sociedades modernas. En ellos, en lugar de los vínculos que acabamos de describir, encontramos lazos de tipo asociativo, pero de una asociación bien particular. Asociaciones que extraen su legitimidad, no de la costumbre o de la ley, sino de la asociación misma, de la voluntad de los asociados. La intensidad y la forma de los vínculos

resultan del acto constitutivo mismo de la asociación. Los asociados la definen ellos mismos y pueden -por lo menos en teoría- redefinirla en todo momento. En los orígenes de este tipo de vínculos se encuentra no sólo la formación de un imaginario fundado sobre el individuo, sino también la aparición de las nuevas formas de sociabilidad que se difunden en Europa a finales del siglo XVIII: salones en Francia, tertulias en el mundo hispánico, academias, sociedades literarias, logias masónicas, sociedades económicas, etc. La palabra con que fueron después designadas en Francia, *sociétés de pensée*, literalmente ‘sociedades de pensamiento’, expresa bien su finalidad primera: pensar y departir en común, llegar a una opinión conjunta. En este mundo de la opinión, regido únicamente por las leyes de las ideas ‘claras y distintas’, todos los individuos son necesariamente iguales, puesto que en él sólo son considerados como ‘voluntades’ que se asocian y/o como ‘razones’ que piensan. Por eso, desde el principio, en estas formas de sociabilidad se agrupan los hombres independientemente de su pertenencia a los diferentes cuerpos y estamentos. De ahí se sigue que los vínculos son vistos como igualitarios, sin carácter personal, revocables, es decir como radicalmente diferentes a los vínculos de tipo tradicional” (8).

“La tertulia es la primera forma conocida de la sociabilidad moderna en España, como el ‘salón’ lo es en Francia. En ambos casos, se trata al principio de una forma de sociabilidad de las elites que tiene una extensión muy restringida en unos orígenes que se remontan al siglo XVII. El ‘salón’ y la tertulia son como la forma primaria de una ‘sociedad de pensamiento’ en la medida en que nobles, clérigos, funcionarios o burgueses, unidos por su pertenencia a la élite cultural, discuten, sin distinción de estatutos, sobre temas variados: literarios, mundanos, científicos o religiosos. Aunque se trata aún de una reunión informal sin estatutos ni miembros definidos es ya en germen una verdadera sociedad, puesto que en él se reúnen en general las mismas personas, con una periodicidad regular y con unos hábitos comunes. En cierta manera las formas siguientes son como la formalización del salón y de la tertulia. Las sociedades científicas y literarias y las academias, las sociedades patrióticas o de Amigos del País del XVIII institucionalizan el grupo, dan un estatuto a sus miembros, especializan a veces los temas de discusión” (8).

“Pero, a pesar del impulso del Estado y de su control, las sociedades económicas, contribuyeron de manera indudable al progreso de la Modernidad social. No tanto por los trabajos realizados, por la publicación de Memorias o por la fundación de establecimientos de enseñanza, aunque las actividades de algunas de ellas en estos campos fuesen considerables, sino sobre todo por sus prácticas sociales. La igualdad entre sus miembros independientemente de su pertenencia a un cuerpo o a un estamento, que es en las tertulias informal y consecuencia de los vínculos de amistad o de la pertenencia al mismo medio cultural o familiar, era en ellas estatutaria. Esta igualdad se manifestaba incluso físicamente, por disposiciones tan concretas como la prohibición de las prelación y el disponer que los miembros se fuesen sentando según el orden en que llegaban. Sus miembros son dentro de ellas ‘puros ciudadanos’. Como lo expresaba la de Guatemala. Cuando se sabe que el orden de prelación era el reflejo simbólico del orden social y de sus jerarquías, y hasta qué punto las querellas sobre este tema eran encarnizadas en la sociedad del Antiguo Régimen

-y más particularmente en América- se puede percibir cómo estos nuevos usos constituían una revolución silenciosa.

Aparecía así como el anticipo de una nueva sociedad formada de individuos desgajados de las preocupaciones de su condición, y asociados libremente en la búsqueda del interés general de su patria y de la utilidad común. La nueva imagen de lo social se veía también reforzada por otras prácticas igualitarias, como la elección de sus autoridades por el voto de todos sus asociados, o como las reglas que regulaban la discusión de los asuntos, la redacción de conclusiones y de las actas. Se va imponiendo así todo un conjunto de prácticas que bien pueden calificarse de ‘democráticas’ y que eran como un aprendizaje de las que triunfarán después en la política moderna.

Otro rasgo. Común a todas las formas de sociabilidad moderna, pero que las sociedades económicas institucionalizaron hasta figurar en el nombre de muchas, fue la preocupación por la mejora de su patria, de su país. Las soluciones debían resultar de la reflexión conjunta de sus miembros, de sus discusiones. Que muchas de éstas no fuesen precisamente ‘académicas’ y no estuviesen basadas en un conocimiento técnico del tema, tiene en esta óptica poca importancia. Lo verdaderamente importante era que, puesto que la luz -las ‘luces’- está llamada de por sí a iluminar todas las cosas, todos los temas se convirtiesen en un objeto de posible reflexión y que se pensase que su solución dependía del solo uso de una razón bien empleada. El argumento de autoridad y la fuerza legitimante de la tradición, tan importantes en la sociedad del Antiguo Régimen, perdían así, poco a poco, su valor y progresaba una activa crítica que se aplicó primero a lo social y a lo económico y después a otros campos; elementos todos que favorecían el cuestionamiento de lo existente, la búsqueda de soluciones nuevas y también el desarrollo de la utopía” (8).

“A lo que nos remiten todas estas sociabilidades modernas es a un medio cultural unido por densas redes de intercambios epistolares y humanos. Se trata de un medio social dotado de una sensibilidad común, con un mismo aprecio de lo útil, con una misma creencia en el progreso, con unas mismas lecturas, con unas mismas prácticas societarias que enseñan el libre sufragio, la igualdad de los asociados y el reino de la opinión” (8).

Una vez que la razón, el bien común y la igualdad de las personas se hubieron puesto en un primer plano, desbancando a la Tradición, la salvación de las almas y los privilegios hereditarios, la coherencia obligaba a reformar el Estado de arriba abajo. Por citar solamente una de las innovaciones que se acabarían introduciendo, de gran trascendencia: cualquier puesto de la administración debería ser accesible a cualquier ciudadano con simples criterios meritocráticos.

Instauración de una educación universal y obligatoria.

Otra característica fundamental y común a todos los modernos Estados-Nación ha sido el despliegue de sistemas educativos obligatorios y de alcance universal, con programas y contenidos unificados. La educación universal y obligatoria ya había sido propugnada por Rousseau, quien en diversos trabajos mostró su gran interés por la pedagogía y sus posibilidades.

Esta institución supone una ruptura radical con un pasado en el que la transmisión de conocimientos se realizaba principalmente en el entorno familiar y en las pequeñas unidades productivas. Conlleva la puesta en marcha de un enorme y complejo sistema de escuelas, funcionarios, *curricula*, titulaciones, etc. cuyo funcionamiento exige la tutela y la financiación estatal.

¿Cuáles son los objetivos y los resultados del desarrollo de estos sistemas educativos de cobertura general?

1) La moderna escuela crea una situación sin precedentes en la humanidad; la alfabetización, que hasta ese momento se había limitado a unas elites muy reducidas, se extiende al conjunto de la población, que por primera vez en la historia aprende a utilizar el lenguaje escrito.

2) La escolarización universal permite el aprendizaje del idioma oficial de la nación, posibilitando la comunicación entre connacionales. Las lenguas y dialectos locales hablados tienden así a desaparecer o a limitarse a un uso doméstico y privado. La insistencia en el aprendizaje y el uso de la lengua nacional también va en detrimento de las *lenguas francas* transfronterizas, con las que tradicionalmente se comunicaban entre sí las elites aristocráticas.

3) La escolarización universal permite generalizar una serie de conocimientos matemáticos, científicos y técnicos imprescindibles para la adaptación al nuevo entorno -más complejo y cambiante- creado por la Revolución Industrial.

4) El Sistema educativo del Estado-Nación actúa asimismo como vehículo de transmisión de un sistema de valores, mitos, creencias, hábitos... que favorecen el ensamblaje de los ciudadanos, desarraigados de sus aldeas de origen, con el aparato productivo y administrativo. Gracias a la implantación de una educación uniforme, los ciudadanos de una nación comparten una cultura (y no sólo una lengua) que facilita el que se puedan entender entre sí y con la Administración. Este objetivo es de la máxima importancia. En el mundo premoderno un campesino se relacionaba con un círculo reducido de personas a lo largo de toda la vida, de las que tenía un profundo conocimiento personal. Sin embargo, con los cambios sobrevenidos a raíz de la Revolución Industrial, le va a ser imprescindible relacionarse con un gran número de desconocidos. La necesidad de un conjunto de valores, de usos y de presunciones compartidas es patente.

5) El sistema educativo permite inculcar una identidad nacional y el amor a la patria a los futuros adultos. Papel que ya había sido previsto anteriormente.

“Cuando [Rousseau] escribe sus *Consideraciones sobre el Gobierno de Polonia* no duda en afirmar que uno de los medios más importantes para incrementar el patriotismo es la educación nacional: ‘Al despertar a la vida -escribe con mucha contundencia- el niño debe ver la patria, y hasta su muerte no debe ver otra. Todo verdadero republicano mama, con la leche materna, el amor a su patria, es decir, a las leyes y a la libertad’ (14).

Desde luego, la escolarización no es un factor *sine qua non* en la creación de la conciencia nacional, como lo demuestra el hecho de que en las tropas napoleónicas

hubiese numerosos campesinos analfabetos llenos de entusiastas sentimientos patrióticos. Pero el sistema educativo sí parece necesario para universalizar dichos sentimientos. Así lo piensan distintos historiadores.

“Después de todo, la conciencia nacional es un fenómeno de masas, no de elites, y la gestación de naciones es un proceso, no algo que sucede ni un evento. Aunque no podamos saber con exactitud qué proporción de la población ha internalizado la identidad nacional y, por lo tanto, contribuido a conferir al grupo étnico el título de nación, tenemos ciertas pistas que indican que incluso en las democracias occidentales este proceso ha sido algo reciente e (incluso en Europa) incompleto. En apoyo de esta afirmación, Connor cita la falta de conciencia nacional de los inmigrantes que llegaba a los Estados Unidos de América a principios del siglo XX y las pruebas aportadas por Eugène Weber respecto de que la mayor parte de la población francesa (los campesinos) no se consideraron ‘franceses’ y ‘francesas’ hasta la Primera Guerra Mundial; es decir, hasta que no pasaron por el sistema de educación de masas y no formaron parte, obligatoriamente, del ejército de la Tercera República” (19).

Impone una lengua común.

Los Estados-Nación -con muy contadas excepciones- se dotan de una lengua, común para el conjunto de la ciudadanía. La lengua oficial de la nación, transmitida principalmente a través del colegio y del Ejército (y, posteriormente, también por los *mass media*) es la lengua en la que se expresan los representantes políticos, todos los departamentos de la Administración del Estado y es la lengua en la que escriben y se comunican las elites cultas, así como el idioma que adoptan las masas de campesinos que, desde diversos orígenes, se mudaban del campo a las ciudades. La homogeneización lingüística no es un factor absolutamente imprescindible en la construcción de un moderno estado nacional, como nos demuestra el caso helvético. Ahora bien, en el universo de las naciones, el modelo políglota suizo constituye la excepción y ha contado con muy pocos imitadores (como la república etíope). La mayoría de nacionalismos han intentado que sus ciudadanos hablasen una sola lengua y, siempre que eso fuese posible, no compartida con ninguna otra nación. Históricamente, parece que varios motivos hicieron muy conveniente esta orientación al monolingüismo:

Para hacer efectivo el derecho de todo ciudadano a acceder a un puesto de la administración se hacía imprescindible una lengua común.

Tampoco sería posible de otro modo el contacto directo y sin intermediarios estamentales entre los funcionarios -que cobran impuestos, imparten justicia o brindan servicios postales y educativos- y una población que no les entendiera.

Los campesinos de distintas áreas geográficas que confluían en las ciudades, y que hablaban múltiples dialectos incomprensibles entre sí, necesitaban una lengua común con la que comunicarse en su nuevo entorno.

El idioma compartido sirvió igualmente como instrumento en la creación de una identidad diferenciada de las naciones circundantes.

“Para Cesare Balbo, de dieciséis años, y sus compañeros adolescentes -lo más selecto de la aristocracia piamontesa-, la única forma de reivindicar la identidad italiana era la actividad literaria, tan antigua y tan utilizada. El programa de la Accademia dei Concordi, que se proclamó en privado en el palacio de los Balbo en 1805, era explícito:

Cada día un poco más nos damos cuenta de que la lengua es un vínculo nacional, es una señal de reconocimiento segura de los pueblos, y la única para Italia, dividida y sometida de forma extraña a tantos extranjeros dominantes; puesto que si a partir de Dante los diversos pueblos italianos reconocen ser hermanos, lo hacen por esta bendita armonía que es nuestra lengua. ¡Y pensar que hasta en nuestros días se quiere incluso eliminar esta señal!” (22).

Yéndonos a un plano más mítico, la asamblea en la que se reúnen los ciudadanos... sencillamente sería imposible si no compartieran todos ellos un mismo idioma. Paradójicamente, en algunas ocasiones la lengua común seleccionada no es la mayoritaria (como en el caso vasco o el indio).

El idioma nacional de algunos Estados-Nación es una lengua de difusión internacional, como el español o el francés, pero otras naciones disponen de un idioma propio y exclusivo que, a menudo, a duras penas tiene antecedentes de uso literario y administrativo. Se hace entonces necesaria la codificación de la lengua, que persigue el objetivo de fijar, aunque sea arbitrariamente, cuáles son los usos incorrectos y los correctos. También tiene algo de arbitrariedad la elección de la variante dialectal que se considerará la más pura, y que servirá de matriz en el proceso de codificación.

Los sentimientos patrióticos no hacen sino estimular la colaboración de los ciudadanos en el objetivo, nada fácil, de la unificación lingüística.

Instauración del servicio militar obligatorio.

Los ejércitos nacionales, en los que los ciudadanos varones sirven gratuita y obligatoriamente durante unos años de su vida -quedando disponibles buena parte del resto-, han constituido una de las facetas más destacadas de los Estados nacionales. Su importancia se pone de manifiesto en el papel central que los hombres uniformados, las armas, las canciones y las marchas militares juegan en las festividades de exaltación patriótica o en la liturgia que, a menudo, rodea a los grandes actos formales y a los hombres-símbolo de la Nación. Un papel evidentemente más destacado que el de los carteros, los jueces o los maestros de escuela, que no desfilan por las capitales, ni izan banderas ni posan frente a los mandatarios extranjeros.

Y que duda cabe de que los ejércitos modernos, más allá de sus fines militares, han servido al objetivo de inculcar los sentimientos patrióticos al conjunto de los varones jóvenes. En las fuerzas armadas, donde convergen muchachos de distintas procedencias geográficas, a veces de zonas rurales remotas, los reclutas aprenden a usar las armas, a obedecer sin rechistar... y a amar y morir por la patria.

También esta faceta del Estado-Nación había sido lúcidamente proyectada por Rousseau, que concebía la defensa como una tarea colectiva de los ciudadanos, un deber que cada hombre cumple gustosamente, no por una soldada o por estar coaccionado,

sino por amor a su patria y en defensa de su libertad. B Ehrenreich (6) opina que, por primera vez en la historia de la humanidad, la Nación ha transformado en guerreros al conjunto de los integrantes de la población masculina. La historia de los dos últimos siglos nos muestra hasta que insólito punto los sentimientos patrióticos generan una disposición general a colaborar y a guerrear. Nunca antes había participado la plebe de los ardores bélicos y las condecoraciones reservadas a las elites armadas. Nunca antes se había esperado de un esclavo o de un comerciante o de un campesino, que se distinguieran por sus virtudes guerreras, patrimonio tradicionalmente exclusivo de unas elites a las que se accedía por el simple hecho de nacer en su seno. Ni siquiera en los ejércitos uniformados de los monarcas absolutos (muy parecidos, en muchos otros aspectos, a los de los Estados nacionales) se esperaba de los soldados un excesivo furor bélico. La desertión -negación máxima de los valores guerreros- constituía un grave problema.

“Ha habido hombres que, por no ir a la guerra, huían de sus casas, cumplían largas condenas carcelarias, se amputaban miembros, se pegaban un tiro en el pie o en el dedo índice, se fingían enfermos o locos, y aún otros que, cuando se lo podían permitir, pagaban a un sustituto para que luchara por ellos. ‘Mientras vienen de camino, algunos se arrancan los dientes, otros se provocan la ceguera, otros se mutilan’, se quejaba el gobernador de Egipto de sus reclutas campesinos a comienzos del siglo XIX. Tan poco de fiar eran los soldados rasos del ejército prusiano del siglo XVIII, que los manuales militares prohibían acampar junto a un bosque; hacerlo era arriesgarse a que la tropa se desvaneciera entre los árboles” (6).

“Al igual que Cromwell, Federico dependía sobre todo de una táctica para asegurar sus éxitos militares y, por lo tanto, sociales: disciplina. Para empezar, sus soldados eran obligados a vestir uniformes incluso más elaborados y distinguibles que los del ejército de Cromwell, y podían ser castigados severamente por quitárselo estando de servicio. Así equipados, eran vigilados por sus superiores día y noche, y bajo ninguna circunstancia se los autorizaba a saquear por su cuenta. La desertión constituía un grave delito, por cuanto Federico sabía que la mayoría de soldados no desertaban porque sentían nostalgia sino para aprovechar la oportunidad de usar las armas que les habían dado para protagonizar saqueos. Con el tiempo esta regla llegó a ser tan estricta en el ejército de Federico que no se permitía a la tropa bañarse o ir a la letrina sin compañía. ‘El más mínimo relajamiento de la disciplina –declaró el rey, pensando en los excesos de un siglo atrás- conduciría a la barbarie’. Los soldados no habían cambiado con el tiempo y probablemente nunca lo harían: ‘En consecuencia (puesto que el honor no los afecta) deben temer a sus oficiales más que a cualquier peligro’. La disciplina incluso influía en las tácticas: los soldados entraban en acción en unidades bien formadas, donde se les podía ver en todo momento, y las tropas raramente avanzaban de noche” (6).

La nación no habría supuesto una desaparición de las elites guerreras que desde el Neolítico hasta la Revolución Industrial han sometido a la esclavitud u otras formas de sumisión a la gran mayoría de la población (formada principalmente por campesinos), sino una incorporación a dichas elites del conjunto de la población.

La superioridad aplastante del ejército napoleónico, dirigido por indignos plebeyos, se debió en buena medida al fervor con el que todos, desde el propio Napoleón al último soldado, se mostraban dispuestos a combatir hasta el final por su *Grande Nation* y a no desertar, sin que para ello hiciese falta ningún tipo de coacción. Pocos hechos fueron más decisivos para el declive del prestigio de la sociedad estamental que el imparable avance de un ejército cuyos puestos de mando estaban ocupados, inconcebiblemente, por militares que no procedían de los nobles linajes aristocráticos. A partir de ese momento, el patriotismo pasaría a constituir, también, una necesidad militar.

La nación como objeto de culto y como novedad.

Finalmente, hay que destacar el elemento sentimental de las naciones surgidas a partir de la Ilustración. A pesar de las pretensiones de un estricto racionalismo y de que el pacto por el que se constituye el cuerpo político es descrito en términos bastante formales, Rousseau habló del profundo *amor a su patria* que debían sentir los ciudadanos.

Y ciertamente, la madre patria (de *pater*), un ente hermafrodita que es a la vez madre y padre, ha sido objeto de los más apasionados amores por parte de sus súbditos, que le dedican poesías y canciones, y que le organizan los más emotivos homenajes ceremoniales. De todos es conocida la copiosa parafernalia destinada a satisfacer y/o enardecer, estos sentimientos.

Esta nación *soberana*, que ha desplazado al monarca absoluto en su papel de *soberano* por designio divino, cuya voluntad se plasma en leyes y que es a la vez gobernante y gobernada, es un tipo de asociación humana enteramente novedoso en la Historia de la Humanidad.

“Hay un punto en que prácticamente todos los expertos se muestran de acuerdo. Como ideología y como movimiento, el nacionalismo es moderno. Surge a finales del siglo XVIII o principios del siglo XIX y tiene sus orígenes en Europa central y del Este, así como en los EE.UU.” (19)

Una curiosa prueba de este carácter novedoso procede de la lectura de los diccionarios.

“El Diccionario de la Real Academia Española, cuyas varias ediciones han sido sometidas a escrutinio con este fin, no utiliza la terminología de estado, nación y lengua del modo moderno hasta su edición de 1884 (...) Antes de 1884 la palabra *nación* simplemente significaba ‘el agregado de los habitantes de una provincia, un país o un reino’ y también ‘un extranjero’. Pero ahora se definió como ‘un estado o cuerpo político que reconoce un centro supremo de gobierno común’ y también ‘el territorio constituido por ese estado y sus habitantes individuales, considerados como un todo’, y en lo sucesivo el elemento de un estado supremo y común será central para esas definiciones, al menos en el mundo ibérico. La *nación* es el ‘conjunto de los habitantes de un país *regido por un mismo gobierno*’ (10).

“Para el Diccionario de 1726 (su primera edición) la palabra *patria* o, en el uso más popular, *tierra*, significaba únicamente ‘el lugar, ciudad o paraje en que uno nació’, o ‘cualquier región, provincia o distrito de cualquier señor o estado’ (...)

Hasta 1884 no se ligó *tierra* a un estado, y no es hasta 1925 que oímos la nota emocional del patriotismo moderno, que define *patria* como ‘nuestra propia nación, con la suma de todas las cosas materiales e inmateriales, pasadas, presentes y futuras, que goza de la lealtad amorosa de los patriotas’ (10).

La nación premoderna, pues, carecía de la connotación precisa que iba a adquirir posteriormente; era simplemente un término vago utilizado para hacer alusión a la localización u origen geográfico.

Entendida por oposición al Antiguo Régimen, la nación suponía un cambio radical de *toda* la estructura sociopolítica, lo que, por ejemplo, se reflejaba en la necesidad de un nuevo lenguaje.

Nacionalismo español.

“Los medios utilizados son diversos. Uno de los más empleados es transformar el sentido usual de las palabras, llevándolas por sucesivos deslizamientos de sentido a un significado moderno. La palabra ‘patria’ pasa, por ejemplo, de su sentido más común como lugar del nacimiento, a significar una comunidad humana que se gobierna por leyes que ella misma se ha dado. La lucha por la libertad y la independencia, que en las proclamas de esa época hace referencia al exterior como defensa contra el invasor, pasa al registro de la política interior para reivindicar la libertad de la nación, o de los ciudadanos, con relación al gobierno.

Las palabras ‘pueblo’ y ‘nación’, sobre todo, los términos por excelencia de la nueva legitimidad, son objeto de un esfuerzo particular, para, partiendo de la polisemia, llevarlos al registro moderno, sin que de modo alguno, se señalen sus diferentes sentidos. Por un deslizamiento del sentido de las palabras, se pasa del pueblo, como población con todo su heterogeneidad, unánime en su rechazo al invasor [francés], a un pueblo, entre abstracto y homogéneo, y de él, a una nación unitaria, libremente constituida por un nuevo pacto, en la que ya no caben ni las distinciones de clases y estamentos, ni las que resultan de la pertenencia a los diferentes reinos y provincias: sólo existen en adelante los españoles” (8).

Guerra (8) nos muestra con detalle cómo estas mutaciones semánticas se introdujeron a plena conciencia y subrepticamente en los semanarios y publicaciones dirigidos por los primeros defensores de la idea de una Nación española soberana, quienes no tardarían en ser identificados con el término “liberales” (que hasta ese momento había sido un sinónimo de *generosos*).

Hay una alternativa a este cambio en el sentido de las palabras consistente en crear neologismos con los que hacer referencia a esa entidad a la vez nueva y artificial que es la nación.

Nacionalismo vasco

“Como en el jardín del Edén, Arana inventó nombres nuevos para aquellas insospechadas cosas. Así, *Euskadi*, sitio de los éuskaros; *aberri*, pueblo de la raza o patria; *abizen*, nombre de raza o apellido; *abertzale*, amante de la patria” (1).

En el pensamiento de los primeros patriotas, la conquista del poder por parte de la nación permitiría resolver los grandes males que aquejaban a la sociedad.

“La nación soberana es libre de darse una nueva ley, la Constitución, que no resulta de la restauración de las ‘leyes fundamentales’, sino de un nuevo pacto social, capaz de curar todos los males sociales y de crear *ex nihilo* un hombre nuevo y una nueva sociedad” (8).

El componente mesiánico de estos primeros nacionalismos que se definían por oposición al Antiguo Régimen adquiría a menudo tintes pueriles y hasta fantasiosos.

Nacionalismo español

“La libertad y el amor a la patria purgarán al hombre del capricho y la vanidad; lo harán menos sensible a los devaneos amorosos; lo empujarán a ser padre y favorecerán el matrimonio, ‘salvaguardia de las costumbres’; el respeto por la propiedad ajena lo apartará del adulterio, ‘delito que es la fuente más general de la corrupción’; los hijos entonces obedecerán a sus padres y respetarán a sus madres. La libertad civil evitará la corrupción de los empleados públicos, los hurtos privados, la calumnia, la influencia de la moda y el lujo de las costumbres...” (8).

Recapitulando, parece acertado afirmar que el moderno Estado-Nación constituye la plasmación de un ideal que se había gestado durante la Ilustración y cuya exposición condensada se halla en El Contrato social. Una plasmación que intenta acercarse a la utopía original, que dibujaba una sociedad de varones alfabetizados, cultos, sin distinciones hereditarias, volcados abnegadamente al servicio del bien común, ora empuñando las armas como valientes guerreros ora utilizando el poder de la razón para el logro del progreso de una sociedad integrada por un conjunto estable de personas que compartían un mismo territorio, hablaban una misma lengua y se emocionaban con un mismo himno y una misma bandera.

Y sin embargo, los nacionalismos, las naciones y los Estados-Nación tienen otra faceta igualmente importante, a veces menos visible, más enigmática.

El Estado nacional del Romanticismo.

“Pero los temas e imágenes esenciales para el drama nacionalista de salvación de la comunidad que avanza a través de los tiempos son siempre la autenticidad, la continuidad, la identidad, la dignidad y el destino” (19).

El Romanticismo fue un movimiento ante todo artístico, nacido en Inglaterra en la segunda mitad del siglo XVIII, que recorrió el continente europeo en la primera mitad del XIX y que, por sus propias características, evade los intentos de definición y sistematización. Común a todos los románticos fue la valoración de la libertad, de la subjetividad, del sentimiento, del misterio y de la autenticidad del artista frente a la impersonalidad -así percibida- del racionalismo prevalente. La propia elección del término es significativa. En 1755 el Dr. Johnson definía “*romantic*” como: “que recuerda los cuentos o romances; extraño... improbable; falso...; fantástico; lleno de paisajes naturales”.

El Romanticismo constituyó una verdadera *moda*, que recorrió el continente europeo, a la que se apuntaron con entusiasmo las elites. La fascinación por lo pasado y recóndito, por los orígenes míticos, llevó a los románticos a interesarse por los bailes, cuentos, indumentarias, fiestas y demás elementos folclóricos, que únicamente podían recuperarse a través del estudio de los archivos históricos y de los vestigios que todavía se convertían vivos en las poblaciones campesinas.

Y es en este contexto de fascinación por lo remoto y misterioso, que el filósofo alemán Herder desarrolló una concepción de la nación que poco o nada tenía que ver con la de la Ilustración (aquella que, recordémoslo, defiende que el origen de la nación es un pacto entre hombres libres).

“Entre los numerosos pensadores, filósofos y teóricos de este nuevo nacionalismo, que emerge ya durante la segunda mitad del siglo XVIII, sobresale, fundamentalmente, el filósofo alemán Johann G. Herder, fallecido en 1803, y considerado como el gran pionero del romanticismo, a pesar de su admiración por Rousseau y de haber seguido fiel a los principios morales de la Ilustración. Herder, en su extensa producción, y especialmente en sus *Ideas sobre la filosofía de la historia de la humanidad*, desarrolló la teoría de que la nación es un organismo biológico, producto de la herencia común de una misma raza, una misma lengua y una misma historia. De esta manera, la nación comunidad nacional se fundamentaría en el espíritu del pueblo, en un ‘alma colectiva’ (*Volksgeist*), cuyas manifestaciones se concretan en la lengua, la poesía, las artes, las tradiciones, etc. Las naciones, pues, no se diferencian por el tipo de sociedad o de organización política, sino por los lenguajes, las literaturas, la educación, las costumbres, a partir de las cuales la nación forja un alma, destinada a perpetuarse de generación en generación” (14).

La nación herderiana combina elementos raciales (la nación constituida por los descendientes de unos mismos antepasados de los que se han heredado determinados rasgos físicos o intelectuales...), históricos (la nación como prolongación de antiguas entidades políticas), geográficos (la nación íntimamente unida a un determinado paisaje, a unos límites territoriales precisos), culturales y espirituales (la nación con un alma hacia la que se tienen deberes que difícilmente puede entender la Razón).

Hoy sabemos que esta visión etnicista que delimita pueblos nítidamente definidos es radicalmente falsa, especialmente en el continente europeo. Las fronteras de este conjunto de elementos que perfilan la etnia son laxas y no coinciden entre sí. Si dibujamos mapas de Europa basados en las fronteras lingüísticas, las históricas, las raciales, las religiosas, etc., de las poblaciones campesinas (que a estos efectos son las que verdaderamente cuentan para los románticos), podremos comprobar que unas y otras no coinciden en modo alguno entre sí, no se solapan ni delimitan pueblos nítidamente definidos. Tampoco hay ninguna relación clara entre ninguno de estos elementos que sirven para identificar las naciones y el surgimiento de una conciencia nacional en sectores amplios de la población.

“Con frecuencia se han realizado intentos para establecer criterios objetivos de la cualidad de nación, o para explicar por qué algunos grupos han llegado a ser ‘naciones’ y otros no, basándose en un criterio único como la etnicidad o el lenguaje o una combinación de criterios como lenguaje, territorio común,

historia común, rasgos culturales o cualquier otro. De entre éstas, la definición de Stalin es probablemente la más conocida, pero en absoluto la única. Todas esas definiciones objetivas han fallado, por la razón obvia de que, a partir del hecho de que solamente algunas de aquellas entidades que encajan con dichas definiciones pueden ser descritas en cualquier momento como ‘naciones’, siempre se pueden encontrar excepciones. O bien casos que corresponden a la definición claramente no son (al menos todavía) ‘naciones’ ni están poseídos de ninguna aspiración nacional, o casos incuestionables de ‘naciones’ no corresponden a los criterios o combinaciones de criterios. De hecho, ¿cómo podría ser de otro modo, cuando estamos intentando encajar entidades históricamente nuevas, emergentes, cambiantes y -todavía hoy- lejos de universales en una estructura de permanencia y universalidad?” (10).

Las siguientes citas nos ponen de manifiesto las dificultades que, con el tiempo, generaría la inconsistencia interna del modelo romántico de nación, así como las contradicciones de este modelo con el ilustrado.

“El tratado de Versalles con Alemania impuso -aparte de unas reparaciones de guerra, la pérdida de sus colonias y otras cláusulas que los alemanes consideraron vejatorias- una solución a los conflictos fronterizos que disminuyeron considerablemente el territorio alemán: además de la pérdida de Alsacia y Lorena, del Scheleswig septentrional y de unas zonas fronterizas con Bélgica, perdió su parte de Polonia. Sobre Polonia, el tratado estableció la necesidad de crear un Estado polaco independiente que comprendiese los ‘territorios habitados por población indiscutiblemente polaca’, al cual se garantizaría un acceso libre y seguro al mar. Las dificultades de interpretación sobre los que debía entenderse por ‘población indiscutiblemente polaca’ comportó numerosos conflictos que finalmente se resolvieron con la pérdida de la Alta Silesia por parte de Polonia...” (14).

“Richard Böckh, cuyas influyentes publicaciones en los 1860s argüían que el lenguaje era el único indicador adecuado de nacionalidad, argumento que se adaptaba bien al nacionalismo alemán, dada la amplia distribución de los alemanes sobre la Europa Central y del Este, se vio obligado a clasificar a los judíos ashkenazis [muchos de ellos polacos, lituanos...] como alemanes, al ser el Yiddish incuestionable un dialecto derivado del alemán medieval. Esta conclusión, como bien sabía, no es probable que fuese a ser compartida por los antisemitas alemanes” (10).

“Lo que sabemos es que las luchas nacionalistas se han visto complicadas en tiempos modernos por el rechazo de fracciones de grupos lingüísticos para aceptar la unidad política con sus co-hablantes. Tales casos (los así llamados *Wasserpölacken* en Silesia durante su período alemán, los llamados *Windische* en la zona fronteriza entre lo que hoy es Austria y la parte eslovena de Yugoslavia...)” (10).

Nacionalismo alemán.

“La unificación italiana estimuló la revitalización del nacionalismo alemán (...) no quedaba claro cuáles eran los Estados susceptibles de ser unificados: si todos los de lengua y cultura germánicos integrados en la Confederación de 1815 -que

incluía, por tanto, Austria-, o sólo los Estados pequeño alemanes, Austria excluida, y que desde 1833 disponían ya de una unidad aduanera” (14).

“Los tamil-parlantes de Ceilán constituyen una nación distinta de la de los cingaleses con cualquiera de las pruebas de nacionalidad, en primer lugar la de un pasado histórico separado en la isla al menos tan antiguo y glorioso como el de los cingaleses (*sic*), en segundo lugar por el hecho de ser una entidad lingüística completamente distinta de la de los cingaleses, con una insuperable herencia clásica y un desarrollo moderno del lenguaje que hace el tamil totalmente adecuado para todas las necesidades de los tiempos presentes, y finalmente en razón de la ocupación territorial de áreas definidas’
El propósito de este pasaje esta claro: pedir autonomía o independencia para un área descrita como ‘sobre un tercio de la isla’ de Sri Lanka, sobre la base del nacionalismo tamil. Nada es como parece. Oscurece el hecho de que la ocupación territorial consiste en dos áreas geográficamente separadas habitadas por tamil-parlantes de distinto origen (indígenas y fuerza de trabajo de inmigración reciente respectivamente); que el área de asentamiento tamil continuo también está, en algunas zonas, habitado por hasta un tercio de cingaleses y hasta un 41% de tamil-parlantes que rehusaron considerarse a sí mismos como tamiles y prefieren identificarse como musulmanes (los ‘moros’). De hecho, incluso prescindiendo de la región central de inmigrantes, no está en absoluto claro que el territorio de asentamiento tamil ininterrumpido, que comprende áreas de sólido asentamiento tamil (de 71 a 95% -Batticaloa, Mullaitivu, Jaffna) y áreas en las que los que se identifican como tamiles forman el 20 o 33% (Amparal, Trincomalee) deba ser descrito, excepto en términos puramente cartográficos, como un único espacio” (10).

No cabe duda de que sí existen pueblos, como el japonés o el *kmer* que se amoldan a la visión romántica de la nación (un territorio, una unidad racial, una cultura ancestral), pero incluso en estos casos es engañoso el cementar este conjunto de elementos en un etéreo *volkgeist* inmaterial e inmemorial destinado a proyectarse a la eternidad.

Resumiendo, el nacionalismo romántico/étnico postula lo siguiente:

“En su estado natural originario y como fuera creada por Dios, cada nación es única y ‘auténtica’. La tarea del nacionalista es evidente: debe restaurar su comunidad para devolverla a su estado auténtico, natural. Pero esto sólo es posible si la nación cultural se convierte en nación política...” (19)

“Considerado como una teoría de orden político mundial, el nacionalismo postula el establecimiento de una correspondencia biunívoca entre etnias y territorios. Cada etnia o nación debe tener un territorio bien delimitado sobre el que edificar su propio Estado nacional. Y cada territorio del planeta debe estar asignado a una etnia determinada como solar de su cultura y escenario de su destino” (13).

En apariencia nada más opuesto a la nación ilustrada que esta nación que no se ha constituido por un pacto entre hombres libres sino que existe “desde siempre” y que se halla más orientada a la recuperación y preservación de sus quintaesencias atávicas que a la consecución del bien común. Pero a pesar de la inherente contradicción lógica entre

ambos modelos, lo cierto es que la mayoría de los nacionalismos acabarían combinando dosis variables de ambos enfoques sin plantearse excesivos escrúpulos intelectuales.

La concepción romántica de la nación ha sido absolutamente determinante en dos aspectos de la historia del nacionalismo:

- 1) Identificando y delimitando supuestas naciones.
- 2) Orientando la “fabricación” de identidades y culturas nacionales.

1) DESCUBRIMIENTO DE NACIONES.

Empecemos por el primer punto. Si el mito del contrato social originario podía haber resultado útil para aquellos Estados-Nación cuyas fronteras coincidían con las fronteras de los Estados absolutistas europeos (como en Francia o España), con las fronteras de sus colonias (E.E.U.U.) o de las antiguas entidades políticas de la América española, el nacionalismo romántico “descubrió” naciones cuyas fronteras no tenían por qué coincidir con las políticas del momento. Basándose en apreciaciones de tipo lingüístico, de tipo histórico o en supuestas continuidades con antiguos reinos o pueblos, decenas, sino cientos, de *unidades de destino en lo universal* han “despertado” a la conciencia de sí mismas. Con el tiempo, sin embargo, son las consideraciones lingüísticas las que se acabarían imponiendo por encima de las demás como criterio para la delimitación de las naciones.

Nacionalismo alemán.

“Los *Discursos a la Nación Alemana*, que Fichte pronuncia en 1807-1808, son el primer manifiesto del nacionalismo alemán (...) Fichte sustituye ya la noción francesa de frontera natural por la idea de una frontera lingüística y, en un escrito del año 1800, preconiza unos traslados de poblaciones” (4).

Nacionalismo.

“Ahora bien, lo que resultó importante a largo plazo no fue tanto el grado de apoyo a la causa nacional entre este o aquel pueblo como la transformación del programa y la definición del nacionalismo. En la actualidad estamos tan acostumbrados a una definición étnico-lingüística de las naciones, que olvidamos que, en esencia, esa definición se inventó a finales del siglo XIX. Sin entrar a analizar en profundidad esta cuestión, baste recordar que los ideólogos del movimiento irlandés no comenzaron a vincular la causa de la nación irlandesa con la defensa del gaélico hasta poco tiempo después de la fundación de la Liga Gaélica en 1893; que fue en ese mismo período cuando los vascos situaron su lengua en la base de sus reivindicaciones nacionales (como un factor distinto y que nada tenía que ver con sus fueros -privilegios institucionales-históricos); que los apasionados debates sobre si el macedonio es más parecido al búlgaro que al servio-croata fueron los últimos argumentos utilizados para decidir a cual de esos dos pueblos debían unirse” (9).

Un tanto misteriosamente, el surgimiento de una conciencia nacional -entre los habitantes de un valle, o una isla, o entre quienes hablan una determinada lengua o se supone que descienden de una misma tribu de pobladores primigenios- puede limitarse a círculos minoritarios minúsculos o constituir un verdadero movimiento de masas. Así por ejemplo, no existe apenas ningún movimiento nacionalista entre los alsacianos (que mayoritariamente hablan su propio dialecto alemán), existe un nacionalismo de un

cierto peso entre los bretones, aunque minoritario, mientras que los nacionalismos irlandés y vasco han llegado a disponer de un apoyo mayoritario de las poblaciones a las que se han dirigido.

El porqué en determinados pedazos del planeta se han generado movimientos que pretenden englobar a un determinado territorio y a sus habitantes en un nuevo Estado-Nación, con el argumento de que constituyen una nación por sus particularidades lingüísticas, históricas, raciales o del tipo que sea, mientras que en otros territorios con esas mismas particularidades, u otras, no aparece ningún impulso nacionalista -o no va más allá de una elite de iluminados-, sigue siendo uno de los misterios para los que no se halla una respuesta satisfactoria. Tampoco se acaba de entender qué ha hecho que el “despertar” se produjera en momentos históricos tan distintos; los irlandeses fueron conscientes de ser una nación -y, por lo tanto con el derecho a y la obligación de disponer de su propio Estado independiente- a principios del s. XIX, mientras que los escoceses parecen no haberse percatado hasta un siglo después (y, de momento, poco más de un tercio de ellos).

2) FABRICACIÓN DE NACIONES.

¿Y qué decir respecto al segundo punto? El nacionalismo romántico también juega un destacado papel en el “modelado” de las naciones, una vez identificadas.

1) Mediante una sesgada fascinación por la historia que lleva a ver la existencia de una continuidad entre la nación de hoy y un lejano pasado glorioso de unidad, que se habría perdido durante determinados períodos históricos

Nacionalismo.

“El romanticismo posterior comportó, como es bien conocido, un renacimiento lingüístico sin precedentes en la historia europea, pero comportó también un renacimiento en muchos otros campos de las ciencias humanas. Surgió, por una parte, una nueva escuela histórica interesada en buscar en el pasado las señas de identidad nacional colectiva. En todas partes se recopilaban y editaban documentos del pasado; el pueblo empezó a sentir un renovado interés por su propia historia y ésta se convirtió también en un instrumento cultural de exaltación nacionalista. Cuando en 1819, el que fuera primer ministro prusiano, Karl Stein, creó la Sociedad para el Estudio de la Historia Alemana Antigua, se propuso ‘estimular el gusto por la historia alemana y facilitar su estudio, contribuyendo de este modo a conservar el amor hacia la patria común y a nuestros grandes antepasados’. No es casual que la publicación más importante que produjo esta Sociedad, los *Monumenta Germaniae Historica*, llevaran como lema *Sanctus amor patriae dat animus*” (14).

La historiografía nacionalista tiende a exagerar los componentes victimistas, la grandeza perdida y el papel de los enemigos internos y externos, que han impedido la unidad y/o la gloria de la nación.

Este enfoque *perennialista* se transmite en los sistemas de educación y es el enfoque con el que estamos más familiarizados. Seguramente la clave de su éxito radica en que es el que mejor satisface ciertas necesidades psicológicas.

“Como sabemos que no sólo nuestros intereses sino, de hecho, nuestras identidades mismas y nuestra supervivencia están vinculadas a la nación, mostramos esa gran devoción hacia ella y estamos dispuestos a realizar los mayores sacrificios cuando la creemos en peligro. De ahí la peculiar pasión y violencia que genera en sus miembros, la sensación de que la nación es un seguro contra la mortalidad o, mejor dicho, contra el olvido que es una amenaza claramente implícita en nuestra muerte. El nacionalismo, a través de la absorción en la nación, ofrece a la humanidad una versión secularizada de inmortalidad. Y lo hace poniendo en juego su capacidad de unir a los muertos, los vivos y los aún no nacidos en una única comunidad con un destino común y a través de la idea del juicio de la posteridad.

Por lo tanto, el concepto de nación no es sólo una abstracción o una invención. También es algo que se percibe, y se percibe apasionadamente como algo muy real, como una comunidad concreta en la que podemos encontrar ciertas seguridades respecto de nuestra identidad e incluso, a través de nuestros descendientes, respecto de nuestra inmortalidad” (19).

En consecuencia, no debe sorprender que el pensamiento nacionalista se tome las mayores licencias para distorsionar la historia en favor de este perennialismo de raíces románticas. Por el contrario, la mayoría de historiadores modernos -no nacionalistas- atribuyen a la nación un carácter más reciente y más artificial.

“(…) Además, como Gellner yo subrayaría el elemento de artefacto, invención e ingeniería social que se introduce en la fabricación de las naciones. ‘Las naciones como un modo natural de clasificar a los hombres, dado por Dios, como un inherente... destino político, son un mito; el nacionalismo, que a veces toma culturas preexistentes y las transforma en naciones, a veces las inventa, y a menudo hace desaparecer culturas preexistentes: *eso* es una realidad’. O sea, que a efectos de análisis el nacionalismo precede a las naciones. Las naciones no crean los estados y el nacionalismo sino que sucede al revés” (10).

“La nacionalidad no fue un fenómeno natural identificado con facilidad, sino algo que debía construirse. En consecuencia, la forma en que algunas construcciones, pero no otras, logran apuntalar un movimiento nacionalista no se deriva de su validez intelectual, sino sólo del contexto (...)” (2).

2) El nacionalismo romántico hace que la instauración de una lengua común sea, más allá de una necesidad práctica, un *deber espiritual* para con el alma de la nación.

3) El nacionalismo romántico lleva a la recuperación de festividades, atuendos, costumbres, ritmos musicales y todo tipo de tradiciones cuando éstos han sido convenientemente catalogados como propios de la propia nación (los historiadores han señalado con acierto el carácter caprichoso y sesgado de este proceso de selección). El uso de gran parte de estos elementos tradicionales, sin embargo, quedará necesariamente limitado al ámbito protocolario y al de las ceremonias de exaltación patriótica.

El intento de Napoleón de revestir con un ropaje feudal a su ejército y a la administración es un buen ejemplo de esa constante nacionalista de regresar a un pasado (inadvertidamente) adulterado.

“Si, por un lado, se incitó al ejército a afirmarse como casta, por otro lado, Napoleón creó deliberadamente una nobleza que iba a acompañar a su Imperio. La adopción del título de Emperador requería una corte y la creación de títulos apropiados para la familia del soberano. En uno y otro caso, se copió constantemente el protocolo del Antiguo Régimen. Y el lenguaje jurídico que se empleó para decretar la asignación de principados y ducados -en condiciones de grandes feudos del Imperio- a los parientes de Napoleón y a algunos generales y ministros favoritos (1806) fue todavía más sintomático del deseo manifiesto de afirmar un orden jerárquico basado en un pasado imaginario. El concepto de primogenitura por línea masculina que se adoptó para esos feudos, que revertían a la Corona en caso de ausencia de hijos legítimos, incorporaba el ideal de lo que se consideraba el modelo original del feudalismo, tal como se imaginaba que había sido en tiempos carolingios, aunque purificado de las añadiduras y corrupciones posteriores. Hallamos las mismas imágenes neogóticas en el juramento de fidelidad de los nuevos nobles, que prometían, como verdaderos caballeros, ‘marchar en la defensa de la Patria todas las veces que el territorio sea amenazado o que Su Majestad vaya el Ejército’. Ese es uno de los mejores ejemplos que podemos hallar de una terminología repleta de significados que cambian según se refieran al presente o a un pasado imaginario: la ‘patria’, el ‘territorio’, y el rey ‘a la cabeza de su ejército’” (22).

Pero bajo ningún concepto tal *revival* de formas periclitadas supondría un regreso al Antiguo Regimen. El principio nacional, el de la nación francesa, había cristalizado ya irreversiblemente y el regreso a la sociedad estamental resultaba imposible en un mundo que, absolutamente en todo, cambiaba a ojos vista y en el que emergían nuevos sectores sociales que difícilmente se podrían acomodar en la simplicidad del esquema tripartito feudal.

4) El nacionalismo romántico lleva igualmente a insistir en las particularidades religiosas, especialmente cuando éstas permiten diferenciarse de las naciones del entorno. En Alemania, por ejemplo, se llegó a proponer en algunos círculos nacionalistas la descabellada idea de sustituir el cristianismo por el culto a los antiguos dioses bárbaros, dando un delirante -y seguramente imposible- paso atrás en el inexorable devenir de la Historia.

5) Y, a menudo, el pensamiento romántico aporta argumentos *sui generis* que avalan los proyectos de expansión imperial.

Conclusión: la utopía nacional.

¿Qué es, en definitiva, lo que se supone que caracteriza a una nación?, ¿cuáles son sus rasgos más destacados?. Una nación, en el sentido moderno del término, es, en esencia:

3. Un conjunto de personas unidas por un mítico pacto original de fidelidad y ayuda mutua, por el que decidieron no someterse a nadie más que a sí mismos y *constituirse* como cuerpo político.
4. Un conjunto de personas unidas por unos orígenes, un alma y un destino comunes, determinados por Dios, por la Naturaleza o por la Historia.

5. Un conjunto de personas que, en todo caso, sienten íntimamente su pertenencia a un mismo rebaño, lo aman y se emocionan con unos mismos símbolos visuales y sonoros.
6. Un conjunto de personas dispuestas a luchar juntas en defensa de su independencia, su libertad y su identidad, dispuestas a debatir todo lo relativo al *bien común* y dispuestas a someterse a las decisiones colectivas.
7. A la nación, además, se le suponen imprescindibles varios elementos para su propia existencia y para el logro de sus fines:
 - a. Un Estado.
 - b. Un territorio.
 - c. Una lengua oficial (con alguna excepción).

Bosquejo histórico.

Desde el punto de vista histórico fue durante la guerra de independencia americana y durante la Revolución francesa que se forjó por primera vez una “conciencia nacional” de la que participaron amplios sectores de la población.

“Cuando en 1789 se inicia el proceso revolucionario francés, el tema de la nación y del patriotismo deja de ser un problema de definición abstracta de un concepto y entra masivamente en las luchas sociales y políticas. Ya en el mismo año 1789 el abate Siyès publica su famoso panfleto *¿Qué es el Tercer Estado?*, donde deja muy claro que los Estados privilegiados del Antiguo Regimen eran ‘extranjeros a la nación’, y que sólo el tercer Estado -la burguesía- constituía la nación. A medida que se profundizaron las luchas revolucionarias y que se incrementó en ellas la participación de las clases populares, la nación tendió a identificarse con el pueblo revolucionario que había abatido a la monarquía” (14).

Por más extraño que pueda parecer desde nuestra actual perspectiva, los primeros nacionalismos fueron esencialmente movimientos antimonárquicos y antitradicionalistas.

“Es más bien en la oposición política a los Estados monárquicos crecientemente poderosos donde podemos identificar algo parecido al nacionalismo. Aunque se adopta una retórica política similar en muchos aspectos a la empleada por el Estado monárquico, la llamada a la idea nacional adquirió un papel cada vez más importante en tales movimientos de oposición” (2).

Pero la sustitución del rey por el pueblo como titular de la soberanía no era sino un aspecto de un cambio más profundo que debía afectar a muchas más áreas del conjunto de la sociedad feudal. Recordemos que, en estos primeros compases, el concepto de nacionalismo que imperó fue el ilustrado. Las nociones étnico-románticas no se hallaban todavía presentes.

“(…) la Revolución Francesa, que parece haber usado el término al modo introducido por los americanos y más especialmente por la revolución holandesa de 1783, consideraba a los patriotas como aquellos que demostraban el amor a su país deseando renovarlo a través de la reforma o la revolución. Y la *patrie* a la que entregaban su libertad, era lo contrario de una unidad existencial,

preexistente, era una nación creada por la elección política de sus miembros que, al hacerlo, rompían con o al menos rebajaban sus anteriores fidelidades. Los 1.200 Guardias Nacionales de Languedoc, el Delfinado y Provenza que se unieron cerca de Valence el 19 de Noviembre de 1789 realizaron un juramento de fidelidad a la Nación, la Ley y el Rey, y declararon que a partir de ese momento ya no eran delfineses, provenzales y languedocianos, sino solamente franceses; como hicieron los Guardias Nacionales de Alsacia, Lorena y el Franco Condado en un encuentro similar en 1790, transformando así a los habitantes de las provincias anexionadas por Francia apenas un siglo antes en genuinos franceses. Como lo expresara Lavis: ‘La Nation consentie, voulue par elle-même’ fue la contribución francesa a la historia. El concepto revolucionario de nación que se constituye por la acción política deliberada de sus ciudadanos potenciales está, evidentemente, todavía vigente en su forma más pura en los USA. Son americanos quienes desean serlo. Tampoco el concepto francés de ‘nación’ como análogo a un plebiscito (‘un plébiscite de tous les jours’ como escribía Renan) perdió su carácter esencialmente político. La nacionalidad francesa era la ciudadanía francesa: la etnia, la historia, o el lenguaje o patois hablado en casa, eran irrelevantes para la definición de ‘la nación’ (10).

La Revolución Francesa, al demostrar que era posible la realización del ideal ilustrado de un Estado orientado al servicio del bien común y en el que los estamentos feudales hubieran desaparecido por completo, contribuyó a entusiasmar también fuera de Francia a esas elites intelectuales que ya se habían distanciado del Antiguo Régimen.

“De esta manera la Revolución francesa genera un principio nacional que creará escuela entre los liberales europeos del siglo XIX (...) el principio nacional de la Revolución francesa cale muy rápidamente en la Europa de principios del siglo XIX, aún dominada por los regímenes absolutistas ...” (14).

Fuera de las fronteras francesas, los primeros núcleos de “patriotas” soñaban, influidos por Rousseau, con una Europa de Estados-Ciudad.

“En esa época, la cultura clásica y la filantropía moderna se combinaban para limitar el poder reproductivo del patriotismo a las dimensiones de la identidad regional:

No hay que imaginarse el amor a la Patria como un sentimiento abstracto y no natural, sino que está limitado, como todas las facultades del hombre, y no puede dilatarse en un espacio demasiado grande... El francés y el germano tienen la vanidad de su raza en lugar de la pasión del patriotismo. Al estar obligados a reunir a veinte o treinta millones de individuos bajo el vínculo que los une a sus compatriotas, dicho vínculo se halla tan relajado que en lugar del entusiasmo patriótico no sienten más que una especie de benevolencia general... El profundo apego por la tierra natal subsiste todavía sobre todo, en la actualidad, en los estados circunscritos, y aún más en las ciudades libres que se administran a sí mismas, donde todos se interesan por la prosperidad de la ciudad donde nacen y mueren, por la conservación de sus monumentos, por la seguridad pública” (22).

Estos patriotas recibieron inicialmente con los brazos abiertos a los ejércitos napoleónicos y colaboraron con el ocupante francés en la administración civil.

“Cuando se produjo el golpe de Brumario, los sucesivos gobiernos franceses habían experimentado con los mecanismos de ocupación y habían elaborado ciertas técnicas. La ocupación puramente militar, que comportaba considerar al país conquistado como territorio enemigo, era una situación provisional o de emergencia (como las siete requisas que Masséna hizo en Suiza en cinco meses durante 1799). Si la ocupación se prolongaba, la práctica más común consistía en sustituir a los administradores locales (muchos de los cuales habían huido) por una administración provisional de patriotas o de colaboradores menos entusiastas” (22).

Pero los abusos de poder de los ejércitos napoleónicos facilitaron el que estos nacionalismos adquirieran una orientación antifrancesa y, lo que es más importante, un gran auge.

“Es cierto que las pretensiones culturales de Francia fueron violentamente discutidas -por un Giuseppe Mazzini o un Friedrich Karl von Savigny, por ejemplo- en nombre de la individualidad nacional; pero ese antagonismo reflejaba precisamente la profundidad de la penetración del dominio napoleónico. La ruptura política y administrativa radical con el pasado; el intento de crear y consolidar nuevas lealtades en lugar de los vínculos pasivos tradicionales de la autoridad, la deferencia y la identidad local; la aspiración todavía más ambiciosa de forjar, a partir de la heterogeneidad del pasado europeo, una nueva identidad a partir del modelo de la Francia napoleónica, provocaron inevitablemente resistencias, no tanto en el nivel político inmediato como dentro de las relaciones sociales más profundas de cada sociedad. Como reacción a la experiencia napoleónica, se reforzaron viejas solidaridades forjadas a través de los siglos (tales como la lengua, la comunidad o la religión popular); y, por otro lado, surgieron nuevas solidaridades, tales como el descubrimiento y la construcción de la individualidad nacional” (22).

UNIVERSALIZACIÓN DEL NACIONALISMO.

Y es partiendo de estos primeros nacionalismos que...

“Una única línea roja atraviesa la historia del mundo moderno desde la toma de la Bastilla hasta la caída del Muro de Berlín. Como no podía ser de otra manera surge en la Inglaterra y Holanda de los siglos XVI y XVII y alcanza su máxima expresión a finales del siglo XVIII en Francia y Norteamérica. Dividiendo y redividiendo países y pueblos, pasa por América Central y Latina, se introduce por el sur, el centro y el este, luego por el norte de Europa hasta Rusia, India y Lejano Oriente para hacer un giro y llegar hasta Oriente Medio, Africa y Australasia” (19).

A lo largo de los dos últimos siglos el nacionalismo y la convicción de formar parte de alguna nación -la que sea- se han extendido de un modo imparable por toda la superficie del planeta. Aunque cada nacionalismo ha visto la luz o ha coronado sus esfuerzos en un

momento distinto, siguiendo una lógica difícil de desentrañar, no es menos cierto que en este tiempo se han producido “ciclos” cruciales en los que, más o menos simultáneamente, emergían un conjunto de nacionalismos o de Estados (presuntamente) nacionales en una determinada región del planeta. Los más destacables son los siguientes: la ocupación de Europa por las tropas de Napoleón, la independencia de los países iberoamericanos, la disolución de los imperios austrohúngaro y otomano, la independencia de las colonias de las potencias europeas y la disolución de la URSS. Otros nacionalismos se desarrollaron independientemente de estos grandes ciclos.

Para algunos historiadores, existe una suerte de efecto dominó, que hace que los logros de una nación en particular sirvan como inspiración, ejemplo o estímulo para otras.

“Los griegos, por su parte, iniciaron su guerra de independencia en 1821, una guerra que poseía al mismo tiempo un carácter liberador y nacional, en la que participaron todos los sectores de la sociedad griega -desde la floreciente burguesía mercantil que encabezó la rebelión, hasta los clanes de campesinos-pastores de la península de Morea, pasando por el patriarca griego de Constantinopla-, y que constituyó un auténtico mito entre la izquierda europea y, por ello mismo, halló muy poco apoyo de los Estados europeos. Sólo en 1830, después de nueve años de guerra y de que la Asamblea Nacional griega hubiese proclamado la independencia de Grecia en 1822, un protocolo internacional promovido por Inglaterra creó el nuevo Estado griego que sería reconocido por el Imperio turco en 1833. La nueva independencia de Grecia fomentó en toda Europa -y particularmente en los Balcanes- la expansión de los nacionalismos” (14).

“Además, es durante este período [1880-1914] que nos encontramos con movimientos nacionalistas multiplicándose en regiones donde previamente habían sido desconocidos, o entre pueblos hasta ese momento sólo de interés para los folcloristas, e incluso por vez primera, como noción, en el mundo no occidental. No está en absoluto claro hasta qué punto estos nuevos movimientos antiimperialistas se pueden contemplar como nacionalistas, aunque la influencia de la ideología nacionalista en sus portavoces y activistas es innegable -como en el caso de la influencia irlandesa sobre el nacionalismo indio-” (10).

“De hecho, aquello a lo que Connor denomina ‘etno-nacionalismo’ ha barrido el globo como resultado de los repetidos mensajes emitidos a través de los medios de comunicación de masas en el sentido de que la soberanía popular va ligada a la etnicidad; todo ello unido al ‘efecto demostrativo’ de los etno-nacionalismos exitosos” (19).

CONSECUENCIAS DE LA CONSTRUCCIÓN DE NACIONES.

No cabe duda de que la creación de modernos Estados-Nación ha ido de la mano con el desarrollo de sistemas democráticos, respetuosos con las libertades del individuo, y ha hecho posible un crecimiento económico imposible en las sociedades tradicionales. Pero no es menos cierto que el nacionalismo se ha distinguido por un lado menos brillante.

“[la línea roja] Va dejando tras sí una estela de protesta y terror, guerra y revolución, la inclusión de algunos, la exclusión de muchos” (19).

Efectivamente, desde el Terror jacobino hasta las matanzas de musulmanes bosnios por parte de los patriotas serbios, el nacionalismo se ha distinguido por una particular ferocidad inmisericorde con quienes se interponen en su camino. Una ferocidad difícilmente explicable.

Nacionalismo-patriotismo.

Durante los dos siglos largos de existencia de la moderna nación, estos grupos multitudinarios de personas (principalmente de varones) que comparten un Estado, un territorio, combaten en un mismo ejército, entonan un mismo himno y adoran una misma bandera, han dado muestras de una sorprendente predisposición a la exaltación colectiva y a la exhibición de los rasgos universales de la activación paranoide.

Grosso modo, podemos clasificar en cuatro grandes grupos las políticas asociadas a la exaltación patriótica.

1. En el nacionalismo de “construcción” el objetivo es dotar a la nación de aquello que todavía le falta para su normal desenvolvimiento: un Estado, una lengua de uso general, una *conciencia nacional* implantada en el cerebro de la mayoría y no solamente en el de la elite, un territorio...

“Yo uso el término nacionalista en el sentido definido por Gellner, es decir, para significar primariamente un principio que sostiene que la unidad política y la nacional deberían ser congruentes” (10).

2. Una vez el Estado-Nación es una realidad en apariencia consistente, las acciones gubernamentales de sesgo nacionalista son las que se sustentan en el principio del “interés nacional”.
3. Las políticas colonialistas e imperialistas, que transforman al Estado-Nación en una maquinaria expansionista.
4. Las políticas fascistas orientan a la nación a la lucha contra los enemigos internos y externos y cambian radicalmente el concepto de *voluntad general* que ahora se expresa en los actos de masas y se *encarna* en la persona del líder carismático.

Concepto de “nacionalismo de construcción”.

La construcción del Estado nacional suele seguir una de las siguientes dos vías:

1) la forja de una nación desde el Estado (mediante la unificación lingüística, la inculcación del amor a la patria, la elaboración de una historiografía sesgada relativa a unos lejanos orígenes comunes...) y

2) el camino opuesto, es decir, el logro de un Estado independiente para una supuesta nación cuya conciencia ya ha “despertado” (expresión equívoca que da por sentado que

dicha conciencia existió algún día, pasando después a un estado de letargo... transitorio).

Un caso un tanto atípico es el de América latina o los países surgidos de la descolonización de Africa, donde Nación y Estado debieron construirse a la vez y en poco tiempo.

De todos modos, estas dos vías no son tan radicalmente distintas como puede parecer y con frecuencia se confunden.

“Por otro lado, ha habido en años recientes importantes avances en el estudio de los movimientos nacionales que aspiran a ser estados, principalmente siguiendo los innovadores estudios comparativos de Hroch sobre los movimientos nacionales europeos pequeños. Hay dos puntos en el excelente análisis de este escritor que están englobados en el mío. Primero, ‘la conciencia nacional’ se desarrolla irregularmente entre los grupos sociales y *regiones* de un país; esta diversidad regional y sus razones han sido notablemente ignoradas en el pasado. La mayoría de estudiosos estarían probablemente de acuerdo en que, prescindiendo de qué grupos fueron captados en primer lugar por la ‘conciencia nacional’, las masas populares -trabajadores, sirvientes, campesinos- son las últimas afectadas. Segundo, y en consecuencia, sigo su útil división de la historia de los movimientos nacionales en tres fases. En la Europa del siglo XIX, para la que fue desarrollada, la fase A era puramente cultural, literaria y folclórica, y no tenía implicaciones políticas particulares ni incluso nacionales, no más que las investigaciones (por no gitanos) que la Sociedad para el estudio de los gitanos tiene para los sujetos de sus pesquisas. En la fase B encontramos un cuerpo de pioneros y militantes de ‘la idea nacional’ y los inicios de la actividad política en pro de esa idea. El grueso del trabajo de Hroch se centra en esta fase y el análisis de los orígenes, composición y distribución de esta *minorité agissante*. Mí máximo interés en este libro es en la fase C cuando -y no antes- los programas nacionalistas adquieren apoyo masivo, o al menos parte del apoyo de las masas que los nacionalistas siempre pretenden representar. La transición de la fase B a la fase C es evidentemente un momento crucial en la cronología de los movimientos nacionales. Algunas veces, como en Irlanda, sucede antes de la creación de un estado nacional; probablemente mucho más a menudo ocurre después, como consecuencia de tal creación. A veces, como en el así llamado Tercer Mundo, no tiene lugar ni entonces” (10).

La primera situación, la de la construcción de la nación desde el Estado, se da cuando una elite nacionalista dispone del poder político efectivo pero gobierna sobre unas poblaciones que mayoritariamente se afierran a las viejas fidelidades y valores.

“(…) Massimo d’Azeglio, que entre 1849 y 1852 había presidido el gobierno piemontés, en 1860 afirmaba: ‘Hemos hecho Italia; ahora tenemos que hacer a los italianos’ (14).

Cuando pronunció esta conocida frase, probablemente pensara en algunas de las iniciativas que los revolucionarios franceses habían tomado medio siglo antes.

“Por lo tanto, esta situación de partida no debe hacernos prescindir de la idea de que la Revolución Francesa desempeñó un papel fundamental en tanto que revolución *nacionalista* y no simplemente burguesa. Ya en sus primeras fases los revolucionarios franceses diseminaron y politizaron algunas ideas preexistentes como las de *nation*, *patrie* o *le citoyen* y eligieron una nueva bandera francesa, la tricolor, para reemplazar al viejo estandarte real. En la crisis de 1792 y la subsiguiente guerra recurrieron a la *levée en masse* y adoptaron un nuevo himno: la *Marseillaise*. Además, los Estados Generales se convirtieron en la Asamblea y la Convención, se inventaron nuevos juramentos por la *patrie* que se dejaron oír en el Campo de Marte, se cantaron himnos nuevos, se adoptaron héroes al estilo romano y mártires recientes, las grandes *journées* adquirieron una nueva liturgia nacionalista. En toda Francia se abandonó la costumbre y se abolieron las asambleas regionales así como los dialectos que se hablaba en ellas. Se difundió la *belle langue* y se adoptó un nuevo calendario, todos los ciudadanos fueron requeridos para luchar y morir por la patria. El nacionalismo francés de los jacobinos llegó incluso a sacralizar las ideas de misión y destino nacional, y la necesidad de deponer a los tiranos y liberar a los pueblos de Europa” (19).

“Como se ha destacado en más de una ocasión este tipo de nacionalismo [de Estado] presupone que la nación no es un hecho de masas, colectivo, que se constituye a través de la historia, sino un hecho administrativo, en la medida en que es el Estado quien impone la nación” (14).

Pero la construcción de la nación no está exenta de dificultades. Para “hacer a los italianos” o a “los alemanes” los nacionalismos hubieron de enfrentarse, entre otros obstáculos, con las viejas fidelidades premodernas a las que la mayoría de la población se seguía adhiriendo.

- 1) La fidelidad a la autoridad del rey o los príncipes.
- 2) La fidelidad al estamento (especialmente entre los aristócratas, cosmopolitas por naturaleza y opuestos al localismo nacionalista).
- 3) La fidelidad al linaje (por ejemplo, en la comunidad gitana todavía hoy sigue estando mayoritariamente muy por delante del patriotismo y de la fidelidad al Estado y la Ley).
- 4) La fidelidad a las autoridades religiosas.
- 5) La fidelidad a la identidad local, especialmente en las poblaciones más alejadas del núcleo sobre el que se moldeó la cultura nacional, y que más disparidades suelen tener con ésta última.

“En un sentido más general, el problema teórico, tan bien resumido en el gran *Tableau de la géographie de la France* de 1903 de Vidal de la Blache, tenía que ser resuelto por prácticamente todos los estados-nación; a saber, ‘cómo un fragmento de la tierra que no es isla ni península, y que no se puede considerar con propiedad una unidad singular por la geografía física, se ha elevado al estado de un país político, y llegado a ser finalmente una *patria*’. Pues cualquier nación incluso de mediano tamaño tenía que construir su unidad sobre la base de una evidente disparidad” (10).

La tarea crear la nación desde el Estado es especialmente ardua cuando sobre la base de algún *hecho diferencial* (como el idioma, la religión o el recuerdo de antiguas instituciones políticas) se desarrolla un proyecto nacionalista independiente y que aspira

a la construcción de un Estado propio en una porción del Estado en cuestión. En cambio, las diferencias locales se sortean sin mayor problema cuando la población se identifica de forma rotunda con la nación que se le ofrece desde el Estado y no se embarca en un proyecto nacional alternativo.

El amor a la nación, los sentimientos de exaltación patriótica y el espíritu cívico, aparentemente se transmiten por los siguientes canales:

- 1) El sistema educativo.
- 2) El ejército.
- 3) Los medios de comunicación.
- 4) Los rituales de exaltación patriótica en los que se convoca a participar a la población.
- 5) Las familias.

De todos modos, y aún disponiendo de los medios, no siempre tienen éxito los esfuerzos por inculcar el sentimiento nacional a los súbditos de un determinado Estado. No existen recetas infalibles con las que los gobernantes puedan transformar a sus gobernados en una nación. Y, de hecho, se producen numerosos fracasos.

Nacionalismo austríaco

“Naturalmente los estados usarían su cada vez más poderosa maquinaria para comunicarse con sus habitantes, por encima de todo la educación primaria, para difundir la imagen y herencia de la ‘nación’ y para inculcar el apego a ella y unirlo todo al país y la bandera, a menudo ‘inventando tradiciones’ o incluso naciones para ese propósito. Este autor recuerda haber sido sometido a una tal muestra (fallida) de invención política en una escuela primaria de Austria de mediados los años 20, en forma de un nuevo himno nacional que intentaba desesperadamente convencer a los niños de que las pocas provincias que habían quedado cuando el resto del gran imperio de los Habsburgo se había separado o lo habían desgarrado de ellas, formaban un todo coherente, merecedor de amor y devoción patriótica; una tarea nada facilitada por el hecho de que lo único que tenían en común es lo que hacía a la inmensa mayoría de sus habitantes querer unirse a Alemania. ‘Austria alemana’, era el inicio de esta himno curioso y de corta vida, ‘amamos tu magnífica tierra’, continuando, como cabía esperar, con una disertación sobre geografía que seguía las corrientes alpinas desde los glaciares al valle del Danubio y Viena, y concluía con la afirmación de que esta nueva Austria residual era ‘mi patria’ (10).

Y es que, para numerosos pensadores nacionalistas, e historiadores, el verdadero crisol del nacionalismo es la guerra. Esa, y no otra, es la vía regia por la que se forma una sólida conciencia nacional, y el mejor instrumento para evitar su disolución. El prolongado período de paz por el que atraviesa Europa occidental permite observar cómo el alejamiento del campo de batalla tiende a disolver los férreos límites de los Estados nacionales y a disipar las exaltaciones patrióticas. Contamos, eso sí, con esos simulacros de enfrentamientos guerreros que son las competiciones deportivas, auténticas justas de la modernidad a las que las naciones envían sus mejores especímenes. Ante la ausencia de auténticas guerras, permiten despertar periódicamente los ardores bélicos, evitando a la par la devastación que acompaña al uso masivo de las armas.

Nacionalismo gubernamental.

En los Estados-Nación ya consolidados existe lo que podemos denominar un “nacionalismo gubernamental” que fluctúa en intensidad en el tiempo, y en el que, en un momento dado, existen diferencias de intensidad entre partidos, entre regiones geográficas y entre sectores sociales.

Esta forma de nacionalismo es más huidizo frente a los intentos de definición, pero no vamos a perderlo de vista. En general, se utiliza para hacer referencia a una política que no sólo utiliza más la retórica de la nación, sino que se distingue por una mayor intransigencia y combatividad frente a los enemigos (de la nación) externos e internos, una cierta exaltación anímica, actitudes hostiles a la diversidad cultural, un uso abusivo de la bandera y el himno (nacionales), y el hecho de colocar el “deber” hacia la patria por encima de cualquier otra obligación.

“ (...) Yo añadiría que este principio también implica que el deber político de los ruritanos hacia el estado que engloba y representa a la nación ruritana, sobrepasa a cualquier otra obligación pública, y en casos extremos (como guerras) todas las demás obligaciones de cualquier tipo” (10).

Como ya hemos comentado, el nacionalismo gubernamental fluctúa en intensidad con el tiempo, exacerbándose típicamente en períodos de conflicto, especialmente de conflictos armados. Por otro lado, existen partidos políticos con una mayor inclinación patriótica que otros (el Partido Republicano y los gaullistas, en sus respectivos países, tradicionalmente han sido más nacionalistas que los demócratas o la UDF, por poner un ejemplo).

Pero la presentación de los nacionalismos no se puede cerrar en este punto, dado que a lo largo de los dos siglos de historia del fenómeno se han producido dos grandes movimientos (ambos transitorios, afortunadamente) en los que el Estado nacional se apartó significativamente de sus iniciales ideales democráticos derivando en algo fundamentalmente distinto a lo concebido originalmente por los pensadores ilustrados. Se trata del imperialismo y del fascismo, tanto en su versión corporativista como en la racial. En los dos se produjo un acentuado (y, pensando en la Alemania nazi, sería mejor decir descomunal) incremento de los rasgos paranoides inherentes a los estados de exaltación patriótica.

En realidad, la deriva militarista, autoritaria e implacablemente expansionista del nacionalismo ya se había producido, premonitoriamente... en Francia, muy pocos años después de la instauración de la República.

Imperialismo.

Una buena parte de los Estados-Nación constituidos, especialmente los más antiguos, han mostrado en algún momento de su historia la pretensión de extender sus fronteras por la fuerza de las armas.

“A lo largo de los siglos XIX y XX se ha podido ser nacionalista para reivindicar el autogobierno y la soberanía nacional, para conseguir la unificación de distintos Estados o para perseguir objetivos anexionistas” (14).

La conquista de un territorio por un Estado-Nación y la victoria militar sobre sus pobladores puede seguirse ora por políticas de sometimiento, que sitúan a los lugareños en una posición de inferioridad, ora por políticas de absorción de las poblaciones indígenas, mediante las que se pretende darles acceso a la ciudadanía de la metrópolis colonizadora.

La anexión imperialista de territorios y poblaciones ajenas al Estado-Nación puede realizarse por contigüidad o en la lejanía. Esto último es lo que sucedió a gran escala durante el período del imperialismo colonial, que se inició en la penúltima década del XIX, y en el que un puñado de Estados extendieron sus dominios en un brevísimo período de tiempo y en unas proporciones sin precedentes históricos.

Dejemos hablar a los historiadores.

“(…) no hay duda de que el término *imperialismo* se incorporó al vocabulario político y periodístico durante los años 1890 en el curso de los debates que se desarrollaron sobre la conquista colonial” (9).

“La colonización africana vino precedida por las expediciones que, sin intereses económicos y políticos inmediatos, realizaron una larga serie de exploradores y misioneros europeos desde los años 20 del siglo XIX hasta finales de la década de los años setenta. Con afán de aventura, con el objetivo de exportar la religión cristiana y la civilización europea -que consideraban superiores-, estos exploradores descubrieron el continente africano a los europeos y sirvieron de punta de lanza de un rápido proceso de colonización que en veinte años -desde 1880 hasta finales de siglo- sometió a casi toda Africa bajo el control europeo” (14).

“Entre 1876 y 1915, aproximadamente una cuarta parte de la superficie del planeta fue distribuida o redistribuida en forma de colonias entre media docena de Estados. El Reino Unido incrementó sus posesiones en unos diez millones de kilómetros cuadrados, Francia en nueve millones, Alemania adquirió más de dos millones y medio y Bélgica e Italia algo menos. Los Estados Unidos obtuvieron unos 250.000 km²; fundamentalmente a costa de España, extensión similar a la que consiguió Japón con sus anexiones a costa de China, Rusia y Corea. Las antiguas colonias africanas de Portugal se ampliaron en unos 750.000 km²; por su parte, España, que resultó un claro perdedor (ante los Estados Unidos), consiguió, sin embargo, algunos territorios áridos en Marruecos y el Sáhara occidental” (9).

“Una vez que las potencias rivales comenzaron a dividirse el mapa de Africa u Oceanía, cada una de ellas intentó evitar que una porción excesiva (un fragmento especialmente atractivo) pudiera ir a parar a manos de los demás. Así, una vez que el *status* de gran potencia se asoció con el hecho de hacer ondear la bandera sobre una playa limitada por palmeras (o, más frecuentemente, sobre extensiones de maleza seca), la adquisición de colonias se convirtió en un símbolo de *status*, con independencia de su valor real. Hacia 1900, incluso los Estados Unidos, cuya política imperialista nunca se había asociado, antes o después de ese período, con la posesión de colonias formales, se sintieron

obligados a seguir la moda del momento. Por su parte, Alemania se sintió profundamente ofendida por el hecho de que una nación tan poderosa y dinámica poseyera muchas menos posesiones coloniales que los británicos y los franceses, aunque sus colonias eran de escaso valor económico y de un interés estratégico mucho menor aún. Italia insistió en ocupar extensiones muy poco atractivas del desierto y de las montañas africanas para reforzar su posición de gran potencia, y su fracaso en la conquista de Etiopía en 1896 debilitó, sin duda, esa posición” (9).

“En vísperas de la guerra mundial, sólo el pequeño Estado de Liberia, en la costa atlántica, creado artificialmente a principios del siglo XIX por negros norteamericanos bajo los auspicios de Estados Unidos, y el territorio de Etiopía, que más tarde acabaría siendo ocupado por los italianos, escaparon del control europeo” (14).

“A pesar de estos acuerdos y de tratados bilaterales firmados entre dos o varias potencias imperialistas, no se puso fin a las rivalidades y a los conflictos que, a la postre, continuaron hasta el estallido final de la Gran Guerra de 1914-1918” (14).

Los historiadores y economistas han aportado distintas explicaciones para el entusiasmo expansionista de los Estados-Nación. Para algunos, el colonialismo habría derivado de la propia evolución del capitalismo imperante. Una excesiva acumulación del dinero en un número reducido de manos habría producido la necesidad de nuevos espacios hacia los que conducir las inversiones.

“Sin embargo, el fenómeno histórico más trascendente que aconteció durante esta etapa -y al que, de una forma u otra, el resto de fenómenos se vertebran- fue la transformación que sufrió el capitalismo a escala mundial, a raíz del doble proceso de concentración industrial y bancaria aparecido en los países capitalistas más avanzados a partir del 1870, y de la aceleración del proceso productivo industrial que incrementó, en cada uno de estos países, el exceso de beneficios y de capitales. Esta transformación del sistema económico europeo provocó, como consecuencia, la gran oleada imperialista, iniciada hacia 1875...” (14).

Otra explicación economicista afirma que en realidad lo que se buscaba eran nuevos mercados en los que vender.

“El más conocido de estos argumentos, la presión del capital para encontrar inversiones más favorables que las que se podían realizar en el interior del país, inversiones seguras que no sufrieran la competencia del capital extranjero, es el menos convincente (...)

Un argumento general de más peso para la expansión colonial era la búsqueda de mercados. Nada importa que esos proyectos se vieran muchas veces frustrados. La convicción de que el problema de la ‘superproducción’ del período de la gran depresión podía solucionarse a través de un gran impulso exportador era compartida por muchos” (9).

Algún historiador se ha mostrado crítico con ambas interpretaciones y, refiriéndose al caso inglés, ha explicado el impulso colonialista en la necesidad de buscar una ocupación para el gran número de titulados con preparación para ocupar puestos en la administración, que desbordaban las capacidades de generación de empleos de la administración de su propio país.

Estas tres explicaciones implican que determinadas elites económicas o sociales habrían presionado interesadamente a los gobiernos para que estos iniciaran políticas expansivas. La fanfarria patriotera asociada a los proyectos de conquista habría sido únicamente un instrumento para movilizar al conjunto de la sociedad en favor de dichos proyectos expansivos. El origen último del imperialismo, pues, habría que buscarlo en determinados intereses minoritarios, que recurrirían a una *manipulación masiva* de la población a través de la explotación de los sentimientos patrióticos.

Otra interpretación que puede hallarse en la literatura sobre el colonialismo afirma que éste se habría utilizado para evitar los conflictos internos dentro de cada nación, uniendo a sus ciudadanos tras el proyecto de conquista. Se hacía particularmente importante aplacar a los sectores descontentos de la sociedad en una época en la que el sufragio universal daba a las masas un protagonismo sin precedentes, con el consiguiente riesgo de ascenso de los partidos obreros.

“Mucho más relevante nos parece la práctica habitual de ofrecer a los votantes gloria en lugar de reformas costosas, y ¿qué podía ser más glorioso que las conquistas de territorios exóticos y razas de piel oscura, cuando además esas conquistas se conseguían con tan escaso coste? De forma más general, el imperialismo estimuló a las masas, y en especial a los elementos potencialmente descontentos, a identificarse con el Estado y la nación imperial, dando así, de forma inconsciente, justificación y legitimidad al sistema social y político representado por ese Estado” (9).

El contraste entre estas múltiples explicaciones, aportadas *a posteriori* por los historiadores, y las que proceden de los protagonistas de estos proyectos imperiales no puede ser más radical. Los argumentos -nacionalistas- con los que se justifica la expansión imperial (desde Napoleón hasta la ocupación china del Tíbet) se resumen en dos:

1) La nación conquistadora tiene una *misión* civilizadora del resto del mundo, es quien puede salvarlo, es la auténtica reserva espiritual...

Nacionalismo.

“Incluso entre el movimiento socialista europeo -que durante esta etapa se articuló definitivamente y afirmó su presencia en las instituciones políticas y parlamentarias de distintos Estados europeos- surgieron voces significativas que avalaban el imperialismo europeo, como la del alemán Bernstein, quien frente a las resistencias autóctonas contra el imperialismo no tuvo ningún reparo en afirmar que ‘pueblos hostiles e incapaces de vida civilizada no tienen ningún derecho a nuestras simpatías cuando se levantan contra la civilización’, para defender la imperiosa necesidad de que ‘se someta a los salvajes y se haga valer frente al suyo el derecho de la civilización superior’ (14).

Nacionalismo racista.

“Los teóricos de la raza no adoptan siempre posturas radicales. Algunos opinan que las razas inferiores se pueden mejorar mediante el progreso, la religión o la educación, y desarrollan lo que Pierre-André Taguieff llama un ‘racismo universalista-espiritualista’, la versión más importante del cual nos lo ofrece la ideología colonial de la Tercera República Francesa en un hombre como Jules Ferry, pero también en socialistas como Léon Blum, que por ejemplo evocará en 1925, en la Cámara de los Diputados, la misión de las razas superiores, su deber de poner a disposición de las razas inferiores la ciencia y la industria, así como elevar su nivel cultural...” (21).

Nacionalismo alemán.

“Johann Gottlieb Fichte (1762-1814) que ocupó la cátedra de Filosofía en la recién creada Universidad de Berlín, la más formidable de estas instituciones, escribió una serie de obras durante la última fase de las Guerras Napoleónicas, y en ellas subrayó la supremacía intelectual y moral de Alemania de un modo en que podía llegar a ser, según él veía las cosas, un factor destinado a impulsar un progreso de toda la humanidad a través del Estado moderno” (11).

Con estos postulados, nada más fácil que acabar recurriendo a las armas, incluso cuando los primeros intelectuales que expresaron la convicción en la misión civilizadora de su nación no lo pretendieran.

2) La nación conquistadora es superior a los demás pueblos y sus ciudadanos superiores al resto de mortales, por lo que existe un evidente *derecho* al ejercicio de la superioridad y al goce del privilegio.

Nacionalismo japonés

“La doctrina de Mabuchi fue la base de la obra literaria mucho más importante de Moto-ori, un médico de prodigiosa energía, que en los ratos que le dejaba libres la práctica médica escribió 55 libros en 180 volúmenes. En ciertos aspectos, es el Rousseau japonés. Su *Kojiki-den*, su obra fundamental, fue escrita durante los años 1764-1796, pero la impresión de la obra fue terminada en 1822. Después, se difundió mucho en los círculos educados. Es sorprendente que los shogunes no censuraran el libro de Moto-ori. El motivo de corto alcance que los indujo a adoptar esta actitud fue quizá que modernizó y mejoró enormemente el japonés escrito, eliminando los agregados de palabras chinas importadas y destacando la fuerza prístina de la lengua nativa. Más aún, el *Kojiki-den* fue un compendio patriótico del saber japonés, con inclusión de elementos de historia y cosmología, además de filosofía y religión, una especie de *Summa* medieval. Pero no cabe duda de que era una obra que venía a subvertir al shogunato, y que en definitiva lo destruyó. Moto-ori era un fundamentalista religioso del tipo más oscurantista, que creía en el Shinto primitivo con sus 8 millones de deidades, las fábulas y los mitos interpretados como hechos, y que rechazaba el tipo de filosofía abstracta que China había llevado a Japón. Pero también mostraba la áspera practicidad y la imaginería concreta que es propia del carácter japonés, y esta imaginería -con su notable lenguaje- explica la influencia que alcanzó. Moto-ori argüía que bajo el Shinto Japón era un jardín de Edén, sencillo, rústico, franco y puro. El Mikado [emperador] era un gran monarca que ejercía sabiamente su enorme poder. Después, había llegado el confucianismo y China,

engañando a los inocentes japoneses con sus sofismas seudoreligiosos y trayendo consigo la tendencia a la guerra civil, que era endémica en China. (El contraste entre la China desordenada y dividida y el Japón disciplinado y unitario es una repetición constante de Moto-ori.) A su debido tiempo llegó la castración del Mikado, el dios-hombre de Japón: ‘Desde la introducción de las costumbres chinas, el soberano, aunque ocupa un lugar muy digno, ha sido degradado al nivel intelectual de una mujer. El poder auténtico recayó en las manos de los criados, y aunque ellos nunca asumieron realmente el título, de hecho fueron los soberanos, y en cambio el Mikado se convirtió en una nulidad total’. Una de las razones por las cuales Moto-ori rechazaba las ideas religiosas chinas era que representaban a China como el centro del universo, y todos los seres humanos estaban sometidos real o potencialmente al mismo. Como descendientes de la diosa Sol, los Mikados habían sido designados por la divinidad para gobernar no sólo a Japón sino al mundo entero.

Moto-ori determinó un cambio fundamental en el pensamiento japonés. Se convirtió en el centro del renacimiento cultural japonés. El Shogun lo convirtió en un funcionario muy honrado a pesar de que sus obras identificaban a los shogunes con el imperialismo cultural chino y de que habían de ser durante el medio siglo iniciado en 1822 la base del lema exultante: ‘*Sonno Jo-i* –’ ¡Honor al Emperador y expulsemos a los bárbaros!’ De todo el país llegaban hombres y mujeres para escucharle. Los hechos parecían justificar sus ideas. Que China afrontase dificultades cada vez más graves a causa de las intromisiones extranjeras, hecho observado por los japoneses, demostraba el análisis de Moto-ori. Siempre se había dicho a los japoneses que los chinos eran la ‘Nación Elegida’. Ahora, Moto-ori les enseñaba a ver a sus vecinos como los habitantes lamentables, aplastados y humillados de lo que él denominaba ‘un país sucio’.

Los japoneses eran más bien los que formaban la nación elegida. Esta afirmación, tan atractiva para la xenofobia y el racismo japoneses, se vio reforzada por el gran número de obras de Hirata, el principal discípulo de Moto-ori, nacido el mismo año de la Declaración de la Independencia de los Estados Unidos. La cosmología y la teoría de la creación concebidas por Hirata confirmaban la preeminencia japonesa. El texto empezaba así: ‘Por qué Japón es el país de los Dioses’. Argüía que los millares de dioses del culto shintoísta habían nacido en Japón, y ninguno en el extranjero. Por lo tanto, cada japonés descende de un dios y nace con una disposición perfecta, el corazón y el espíritu puros, corrompidos sólo por las influencias extranjeras. ‘Entre los japoneses’, escribía, ‘y los chinos, los hindúes, los rusos, los holandeses, los siameses, los camboyanos y las restantes naciones del mundo hay una diferencia de calidad más que de grado’. Por lo tanto, los japoneses deben adoptar medidas para impedir la entrada de los extranjeros corruptores. Sus obras se convirtieron en un manual de defensa contra la penetración rusa, holandesa y anglosajona.

Ciertamente era inevitable que el fundamentalismo shintoísta más tarde determinase un espíritu militarista, así como el derrocamiento del shogunato, y es notable que se permitiera a un subversivo como Hirata publicar y enseñar francamente en Edo durante la década de 1820 y aún después. (Hasta 1836, no se censuró uno de sus libros y en 1840 se le desterró a su ciudad natal.) Pero es igualmente importante el influjo de un shintoísmo revivido y modernizado en la sociedad japonesa. El Shinto se limitaba a hablar de las deidades. Carecía de un código ético o moral; si se deseaba que fuese una religión viable en el Japón moderno, había que asignarle uno. Pero se produjo este código ético de acuerdo

con las necesidades del Estado Meiji militarizado que apareció en Japón durante la segunda mitad del siglo XIX; y de este modo se suministró un sostén religioso a una forma de totalitarismo que era al mismo tiempo primitivo y muy refinado. Y a medida que su filosofía de la ‘nación elegida’ pasó lentamente de una postura meramente defensiva, a medida que el Estado ermitaño abandonó su cascarón para convertirse en una entidad adquisitiva e imperialista, el Japón fundamentalista en definitiva se convirtió en el Estado terriblemente agresor de la década de 1930 y principios de 1940” (11).

Es plausible, y cabe esperar, que determinadas elites económicas y políticas defendieran ardorosamente la política colonialista con un objetivo interesado como la obtención de nuevos mercados, o la apertura de nuevas posibilidades de inversión, o trabajo para los jóvenes licenciados, o pretendieran únicamente neutralizar al movimiento obrero. Pero ninguna evidencia histórica nos hace pensar que las fantásticas creencias de superioridad y misión fuesen una invención plenamente consciente, urdida por unos pocos con el objetivo de movilizar engañosamente al conjunto de la población en pos de unos objetivos que en realidad respondían a unos intereses ocultos e inconfesables.

La *hipótesis paranoide* nos aporta un enfoque alternativo para explicar la curiosa tendencia de los nacionalismos a transitar desde la lucha por el *derecho a la existencia* a la convicción en el *derecho a la preeminencia*. Sólo en el contexto de los estados de exaltación colectiva paranoide pueden ser tomados en serio por la mayoría de ciudadanos los argumentos, a menudo descabellados, de la misión y de la superioridad nacional. No en vano, ambos tipos de argumentos caracterizan también al resto de los GCP; el expansionismo belicoso que algunas naciones despliegan en algún momento de su historia responde a la misma dinámica subyacente que el proselitismo infatigable de los grupos sectarios.

Fascismo.

Los fascismos constituyen un conjunto de movimientos políticos, de características similares, que proliferaron principalmente en la Europa continental de principios del siglo pasado.

A diferencia de otras ideologías, el fascismo no dispone de una exposición sistemática de sus principios o de unos textos “canónicos” de referencia (como pueden ser los escritos de Lenin). De hecho, las ideas de los movimientos fascistas, y estamos pensando ante todo en el fascismo italiano, experimentaron numerosas mutaciones, al hilo de la propia evolución ideológica de sus protagonistas, de las sucesivas deserciones e incorporaciones al movimiento, del oportunismo circunstancial o de los imperativos de la realidad socio-política. Por otro lado, aunque exista en todos los fascismos un importante componente de imitación del fascismo italiano, el propio nacionalismo –con su afán autodiferenciador- y los intereses electorales, llevaron a muchos movimientos fascistas a presentarse más bien como el fruto de una evolución autóctona, incluso a omitir el término *fascista*, así como a crear una simbología, una terminología y otros atributos distintos del fascismo italiano.

A continuación comento, a grandes rasgos, las principales características e ideas de los movimientos fascistas, con el bien entendido de que ninguna de ellas debe tomarse

como una característica *sine qua non*, dada la notable heterogeneidad de los movimientos fascistas.

- *Nacionalismo*. Todos los fascismos tuvieron como principal punto de referencia a la Nación. Todos se presentaron a sí mismos como los verdaderos representantes de los intereses de la Nación, todos estaban llamados a regenerarla, a unificarla, a glorificarla y a proyectarla al futuro. El fascismo actuó por y para la Nación, con absoluta indiferencia, cuando no desprecio, por cualquier otra consideración.
- *Imperialismo*. Los fascismos propugnaron para sus respectivos países políticas de expansionismo imperialista reclamando un *status* semejante al de las grandes potencias coloniales.
- *Antiparlamentarismo y antipartidos*. Los fascistas se veían a sí mismos como los instauradores de una sociedad radicalmente nueva que supondría para los decrepitos sistemas liberal-parlamentarios lo que las revoluciones liberales supusieron para el Antiguo Régimen. El régimen de partidos era criticado por la desunión que introducía en la vida de la nación, por el hecho de no servir al pueblo (la nación) en su conjunto sino a las elites económicas y por permitir la irrupción de ideologías contrarias al espíritu de la nación. Por consiguiente, defendieron un régimen de partido único que englobase y representase al conjunto de la nación (idea que ya había sido avanzada por algunos pensadores liberales de principios del XIX).
- *Autoritarismo*. La sociedad a la que aspiraban los fascistas era una sociedad fuertemente jerarquizada, autoritaria y en la que el poder del dirigente prescindía de cortapisas. Rechazaban igualmente los derechos humanos del liberalismo (que limitan los riesgos de abusos de poder por parte del Estado frente a los individuos) y los sustituyeron por un único derecho: el derecho a obedecer.
- *Expresión directa de la voluntad popular*. Inspirados por una actitud vitalista que despreciaba a la razón frente a la acción, y que exaltaba la imposición frente a la negociación o el diálogo, los fascistas, no obstante, no rechazaban el mito de la *voluntad general*, pero sí el que ésta se estableciese mediante deliberaciones y votaciones. Preferían, en cambio:
 - Pensar que la voluntad popular se expresa mejor en los mítines y manifestaciones en las que el pueblo le habla directamente a sus jefes;
 - o pensar en una democracia en la que son los distintos sectores de la sociedad quienes envían a sus representantes (corporativismo, democracia orgánica...)
 - o incluso afirmar que es el líder quien “encarna” la voluntad general (expresión muy repetida y de inequívocas resonancias religiosas... la voluntad del pueblo que *se hace carne* en el jefe supremo...).
- *Antitradicionalismo*. Los fascistas se veían a sí mismos como los pioneros de un orden radicalmente nuevo que si quería subvertir el capitalismo y la democracia liberal no era, en modo alguno, para regresar al régimen anterior. Así, los fascistas rechazaban el sistema monárquico, se mostraron –a menudo– anticlericales y estaban empeñados en una reforma agraria destinada a fragmentar y repartir los latifundios que, en muchos países, seguían en manos de la vieja nobleza.

- *Laicismo*. El fascismo mantuvo siempre una actitud distante, cuando no abiertamente hostil, hacia la Iglesia, a la que tendía a ver como una organización vetusta y anticuada. En cierta manera el fascismo puede verse como una religión alternativa, con su propia mística violenta (difícilmente compatible con la religión cristiana), orientada a valores y fines terrenales. Por ejemplo, fue el primer movimiento de masas que incorporó la defensa de la naturaleza en su ideario.
- *Mística e imagería*. Los fascismos recurrieron todos ellos a la elaboración y uso profuso de un repertorio de símbolos, ceremonias, cánticos y uniformes que les daban un aire a la vez militar (y de hecho pretendían ser *milicias*) y de exaltación religiosa.
- *Anticapitalismo*. En conjunto, el fascismo se mostró hostil al sistema capitalista y particularmente frente a la alta burguesía y frente a la presencia de capitales extranjeros. Los temas de la modernización económica, la pobreza y el reparto desigual de la riqueza constituyeron una de las obsesiones de los movimientos fascistas. En cuanto a sus propuestas alternativas, éstas evolucionaron desde un socialismo revolucionario en el que la gestión económica se iba a transmitir a los sindicatos o al Estado, a un modelo económico caracterizado por:
 - La autarquía, el aislamiento del exterior (con la excepción de las colonias) tendente a la completa autosuficiencia.
 - La nacionalización de amplios sectores de la economía.
 - La regularización concienzuda de la vida económica y las relaciones laborales.
- *Antimarxismo*. Todos los fascismos demonizaron a la ideología marxista y a los partidos y sindicatos comunistas como los grandes enemigos de la nación, y es a los comunistas a quienes dirigieron en primer lugar su acendrada agresividad. El internacionalismo del comunismo era rechazado como una amenaza a la vida de la nación. Sin embargo, compartían con el movimiento obrero el espíritu revolucionario y la pretensión de sustituir el capitalismo por un sistema socialista. En España, Ramiro Ledesma, fundador de las JONS, expresaba sus simpatías e intentaba acercarse a la CNT, cuyo carácter indómito y espontáneo le parecía... ¡más genuinamente español!
- *Estilo de vida: juventud, machismo, exaltación de la violencia y repudio de los valores burgueses*. Los fascistas predicaron un estilo de vida entusiasta, militante, combativo, exaltado, ardoroso... algo parecido a los valores de una banda de ultras de un equipo de fútbol. Exaltaban la juventud, la hombría, el recurso a la violencia y el espíritu de aventura, despreciando profundamente el estilo de vida acomodado y la edad avanzada. Algunas organizaciones fascistas sólo admitían en su seno a menores de 45 años y pretendían igualmente que los cargos públicos de responsabilidad fuesen ocupados, exclusivamente, por jóvenes.

El fascismo, manifiestamente opuesto a los valores de la ilustración, no surgió repentinamente y de la nada frente a los mismos. De hecho, a finales del XIX habían proliferado los movimientos rabiosamente nacionalistas, revolucionarios y de derechas, de un nacionalismo exaltado, violento e intransigente. El fascismo debe verse como una prolongación posterior de estas tendencias y, en una panorámica más amplia, como la expresión política de un cambio cultural de gran calado.

“El final del siglo XIX, fue la época de la ‘segunda revolución industrial’, con la rápida expansión de la industria pesada, acompañada de innovaciones tecnológicas sorprendentes (...) electrificación (...) del telégrafo, el teléfono y el cable, los transatlánticos de gran velocidad y la introducción del automóvil seguida por la del aeroplano (...) cada vez mayores traslados de población, con oleadas crecientes de personas que atravesaban los continentes...

(...) Los cambios en la estructura social fueron igualmente rápidos y profundos, debido a un aumento sin precedentes de la urbanización y de la nueva clase obrera (...) de sectores de las clases medias (...) el surgimiento de la sociedad de masas, el consumo comercial en masa y la producción industrial en masa (...) la introducción del cine y la aurora de una nueva ‘edad visual’ (...) aumento del ocio de la masa, por primera vez en la historia, y el comienzo de los deportes como espectáculo colectivo (...) cambios de largo alcance y sin precedentes crearon un nuevo sentido de la aceleración de la historia y de la transformación de la sociedad y la cultura.

(...) El siglo XIX había resultado crecientemente dominado por el liberalismo en política y por el materialismo y la ciencia en cultura, mientras que parte de la generación de los años ochenta y noventa de dicho siglo rechazaba esos valores, para sustituirlos por una nueva orientación hacia el subjetivismo, el emocionalismo, el irracionalismo y el vitalismo. Esta tentativa de invertir los valores dominantes produjo lo que un historiador ha llamado ‘la crisis intelectual de los años noventa’ (del siglo XIX, se entiende). Este concepto pone de relieve las drásticas innovaciones de los nuevos pensadores, escritores y artistas, pero ha de tenerse en cuenta que, en aquel momento, esas nuevas tendencias no fueron aceptadas de un modo general por la mayor parte de la sociedad intelectual y artística.

El precursor más famoso e influyente de las nuevas tendencias fue el filósofo alemán Friedrich Nietzsche, que proclamaba ‘la muerte de Dios’ y repudiaba categóricamente el materialismo y el racionalismo del siglo XIX...

Aunque en Inglaterra y en ciertos círculos filosóficos de otros países se hicieron renovados esfuerzos para refinar y reafirmar el pensamiento racionalista y positivista, una creciente ‘rebelión contra el positivismo’ reforzó el enfoque neoidealista de la vida...

Nuevas tendencias en literatura, música y las artes llevaron también a un alejamiento del realismo y de las armonías de la cultura del siglo XIX. A finales del siglo se puso de moda el neorromanticismo, mientras que en la ópera las grandes obras de Wagner habían creado ya un mundo místico del pasado alemán que exaltaba las fuerzas instintivas y el heroísmo trágico. Después del comienzo del siglo, los nuevos estilos de pintura rechazaron el realismo representativo del período anterior, para volverse hacia el expresionismo y la abstracción que trataba de reflejar las fuerzas interiores y emocionales. En música, nuevas composiciones que empleaban exóticas escalas, tonos fraccionales y microtonalidad, disolvían el clásico sistema armónico...

El papel del liderazgo y la futilidad de la doctrina política corriente –lo mismo liberal que democrática o socialista– fueron puestos de relieve por la nueva escuela italiana de teoría elitista en sociología política, encabezada por Gaetano Mosca, Vilfredo Pareto y más tarde Roberto Michels. Sometieron los sistemas parlamentarios existentes, en especial el italiano, a una crítica devastadora, y afirmaron la necesidad del dominio de las elites en todos los sistemas (...) Para Pareto, el más distinguido del grupo, tanto la democracia como el socialismo

eran meros mitos, y la política descansaba, en última instancia, en la emoción por lo cual precisaba un sistema ilustrado de autoridad fuerte...

La revisión revolucionaria del marxismo fue mucho más lejos en Francia e Italia. La inició especialmente el ingeniero retirado francés Georges Sorel que, en una serie de escritos posteriores a 1901, propuso una modificación fundamental del socialismo (...) 2) en cultura, el socialismo revolucionario debía sostener una nueva cultura y una nueva psicología, que reconocieran la importancia de las fuerzas morales y emocionales y el poder motivador del idealismo y el mito; 3) en política, el socialismo revolucionario debía rechazar totalmente la trampa parlamentaria de la democracia liberal a favor de la acción directa.

En su obra seminal *Réflexions sur la violence* (1908), Sorel insistía en el carácter 'moral' de la violencia y su importancia para generar un sentido de seriedad, entrega, propósito, solidaridad y vínculo común (...) Puede decirse, simplificando un poco, que consideraba la violencia como buena en sí misma, pues creaba algo que no podía hallarse en ninguna otra experiencia. Esta fue la primera afirmación teórica clara de una doctrina que, *mutatis mutandis*, sería fundamental –aunque no absolutamente exclusiva– para el desarrollo de la subsiguiente teoría fascista...

(...) Mientras que la ciencia del siglo XIX había parecido alentar el liberalismo, la democracia y el igualitarismo, el nuevo cientificismo (habitualmente basado en escritos vulgarizadores y popularizadores que eran meramente pseudocientíficos) alentaba conceptos de raza, elitismo, jerarquía y la glorificación de la guerra y la violencia.

(...) A comienzos del nuevo siglo cada vez había más partidarios de la búsqueda de la unidad de la naturaleza. En el mundo de habla alemana (y en menor grado en otras zonas), esto significaba una busca para asociar lo ideal y lo físico, lo cultural y lo material, lo espiritual con lo biológico, la naturaleza con la sociedad, de modo que pudiera llegar a revelarse la esencia oculta y la unidad última de la 'naturaleza'. Estas tendencias reforzaban en gran medida la conceptualización y el atractivo del nacionalismo, pues exaltaban la identidad del biogrupo y conferían un nuevo valor a las relaciones orgánicas dentro de las sociedades y a las naciones entendidas como unidades completas. Esto, a su vez, reforzaba una mayor insistencia en el orden, la disciplina y la autoridad más bien que en el individualismo y la complacencia, pues sólo mediante una autoridad fuerte podían fortalecerse las relaciones orgánicas y afirmarse más plenamente la identidad del biogrupo.

(...) el final del siglo presenció también la extensión de un nuevo culto de la virilidad y una insistencia más consciente en la expresión masculina, como reacción a las tendencias sedentarias, igualitarias y homogeneizadoras de la sociedad moderna. Este nuevo estilo de virilidad consciente, aunque en cierto sentido se moldeó primero en la vida privada, tenía claras implicaciones para el nacionalismo y el militarismo, con los que más y más se fue asociando en términos políticos.

Sería una considerable exageración afirmar que la sociedad europea en su conjunto pasó por una crisis cultural, durante la generación de 1890-1914, pero fueron impresionantes los cambios de actitud en sectores de la elite cultural, particularmente en algunos de los grandes países continentales, y en especial en la Europa central, Italia, Rusia y, en cierta medida, Francia. Se había instalado, por decirlo así, un talante de rechazo de los valores dominantes de las generaciones precedentes. Se atacaban cada vez más la fe en el racionalismo, el

enfoque positivista y la adoración del materialismo. Este rechazo iba a menudo acompañado de hostilidad hacia la burocracia, el sistema parlamentario y el deseo de ‘mera’ igualdad” (15).

Es sobre este trasfondo cultural que emergió un nuevo patriotismo autoritario para el que, de hecho, se acuñó el término *nacionalismo*. Posteriormente, en el período histórico que se abrió después de la primera guerra mundial, fueron el bolchevismo y el fascismo los dos movimientos que más íntegramente plasmaron en programas políticos concretos los nuevos aires de elitismo, autoritarismo y exaltación de la violencia política.

Descendiendo a un terreno algo más concreto, veamos cuáles fueron los núcleos humanos de cuya amalgama nació el fascismo, poco después de la finalización de la Primera Guerra Mundial.

“(…) fue la reunión [en 1919] de un centenar de intervencionistas de izquierda y ardientes nacionalistas, entre ellos por lo menos seis mujeres, en una sala alquilada cerca de la Piazza Santo Sepolcro de Milán, el 23 de marzo de 1919, para formar un nuevo movimiento nacionalista revolucionario, que llamaron *Fasci Italiani di Combattimento*. Los participantes procedían casi exclusivamente de estas cuatro formaciones: sindicalistas revolucionarios convertidos en sindicalistas nacionales, unos cuantos ex socialistas que se convirtieron, con Mussolini, al nacionalismo extremo, Marinetti y algunos de sus futuristas (que estaban abandonando la tentativa, iniciada poco antes, de fundar un Partido Político Futurista) y, sobre todo, algunos antiguos miembros de los comandos del Ejército italiano llamados *arditi* (que durante la guerra llevaron uniformes negros, símbolo de la muerte)” (15).

¿Quiénes eran cada uno de ellos?

1) Los sindicalistas revolucionarios.

“El núcleo que eventualmente fundó el fascismo en Italia no surgió, sin embargo, de la élite cultural ni de los nacionalista de derechas, sino de la transformación de parte de la izquierda revolucionaria, en particular del sector conocido como sindicalismo revolucionario. Este se originó en Francia en los años noventa, como reacción a la debilidad y moderación del socialismo y del movimiento sindical. Trataba de superar estas limitaciones mediante la ‘acción directa’ o, como lo llamaban sus partidarios franceses, la *manière forte*, con el objetivo de realizar la revolución mediante una gran huelga general que hiciera posible reestructurar la sociedad en torno a los sindicatos. Los sindicalistas revolucionarios detestaban el reformismo, los compromisos y el gobierno parlamentario o, como decían, ‘la creencia supersticiosa en las mayorías’. Influyó en ellos más que en el resto de los socialistas la crisis cultural del fin de siglo, en especial el darwinismo social, la importancia de los conflictos de grupo y las ideas sorelianas sobre el valor moral de la violencia. En Francia, llegaron a su apogeo en 1902-1906, tras lo cual su influencia se desvaneció rápidamente. El sindicalismo revolucionario comenzó a crecer en Italia después de 1900... (..) Los dirigentes intelectuales del sindicalismo revolucionario podían dedicar considerable tiempo a la elaboración de la teoría gracias, por decirlo así, a la

falta de oportunidades prácticas para su movimiento. Conscientes de la futilidad de la mera insurrección, insistían en la importancia de la estructura y la organización. Aunque rechazaban la irracionalidad y la lujuriosa atracción de los futuristas por la violencia, Sergio Panunzio y otros teóricos ponían de relieve su papel necesario y vital. Si bien los sindicalistas sabían que la lucidez era algo distinto de la emotividad, buscaban un nuevo enfoque que movilizara los instintos vitales de los trabajadores. Roberto Michels, el más distinguido de sus intelectuales, estudiaba la necesidad de nuevas elites, el papel del liderazgo y del voluntarismo, la psicología de grandes grupos y los problemas de la movilización de masas. Igualmente importante, en la teoría sindicalista, era la insistencia en nuevos ideales y símbolos, y la creación de una moral más positiva en lugar del materialismo marxista, para que motivara y guiara a los obreros” (15).

2) Mussolini y los militantes socialistas que le acompañaron.

“(…) el dirigente ex socialista Benito Mussolini, que en diciembre de 1914 abandonó su partido, neutralista, para unirse a los intervencionistas de izquierda. Mussolini había nacido en 1883 en una aldea de la Romagna, en el noroeste de Italia, en una zona bien conocida por su espíritu rebelde y su política de izquierda. Su madre era maestra de escuela y su padre, socialista, era un herrero, que lo bautizó con el nombre del liberal mexicano Benito Juárez. Aunque su educación en las escuelas locales se vio a veces alterada por ataques violentos a sus compañeros de estudios, obtuvo un diploma de maestro de primaria cuando contaba diecinueve años de edad. Durante una breve estancia en Suiza, se hizo socialista y regresó a Italia para cumplir el servicio militar. Luego, por breve tiempo, fue maestro de escuela, pero pronto mostró talento para el periodismo y en 1908 fue provisionalmente director de un periódico socialista italiano en Trieste, ciudad que pertenecía a Austria, de la cual pronto lo expulsaron por agitación revolucionaria. A partir de entonces, ascendió rápidamente en las filas socialistas como partidario declarado de la revolución violenta, y ayudó a que los revolucionarios controlaran el aparato del partido en 1912. Entonces, lo nombraron director del diario *Avanti*, órgano oficial socialista. A los veintinueve años, era ya uno de los dirigentes más destacados del partido. (….) Mussolini sirvió en el ejército diecisiete meses, ocho de ellos en primera línea, y resultó gravemente herido cuando estalló un mortero, durante un ejercicio en febrero de 1917, con lo cual terminó su servicio militar. Durante la guerra su compromiso con el nacionalismo se volvió completo y extremo, aunque mantuvo el deseo de combinar el nacionalismo con alguna forma de socialismo que se adaptara a todas las clases” (15).

3) Los futuristas.

“Después de 1900 hubo un importante cambio, cuando gran parte de la elite cultural se inclinó hacia un nacionalismo militante y violento. La crisis cultural del fin de siglo tuvo en Italia un impacto mayor que en otros países. Los filósofos italianos competían con los alemanes en la rebelión antipositivista, y en favor del neoidealismo, mientras que los sociólogos, y teóricos, como Mosca, Pareto y Scipio Sighele, eran figura internacionales de las nuevas doctrinas elitistas y antiparlamentarias. En ninguna parte había tan vehementes adversarios

de la cultura burguesa, del liberalismo, del humanitarismo y del pacifismo. El corolario del nacionalismo agresivo era, a sus ojos, el imperialismo y un enérgico liderazgo de la elite.

(...) Igualmente vehementes eran las voces de los participantes en la principal aportación italiana a la vanguardia artística del siglo XX, el movimiento futurista, encabezado por Filippo Marinetti. El futurismo era absolutamente neofílico, reflejaba la nueva Italia mecánica e industrial que surgía en el norte y rechazaba todos los cánones artísticos del pasado, acogía la novedad, la velocidad, las máquinas y todos los espectaculares cambios del siglo XX. Los futuristas ofrecían a la vez un nuevo contenido y un nuevo estilo; sus producciones teatrales eran provocadoras, sus pinturas estaban llenas de fábricas, máquinas, piezas en movimiento y símbolos de la aceleración de la vida. Eran, en cierto modo, motoristas metafísicos.

(...) El manifiesto futurista original de 1908 declaraba:

- Queremos cantar el amor al peligro, el hábito de la energía y la intrepidez.
- Los elementos esenciales de nuestra poesía serán el valor, la audacia y la rebelión.
- . . . Queremos exaltar los movimientos de agresión, el insomnio febril, las marchas forzadas, el salto peligroso, el bofetón y el puñetazo...
- Queremos glorificar la guerra – la única cura para el mundo-, el militarismo, el patriotismo, el gesto destructor de los anarquistas, las ideas hermosas que matan y el desprecio hacia las mujeres.
- Queremos demoler los museos y las bibliotecas, luchar contra la moral, el feminismo y todas las cobardías oportunistas y utilitarias.

Gran parte de lo que fue el fascismo italiano de 1919 puede hallarse ya en el manifiesto futurista de diez años antes” (15).

4) Entre quienes se adhirieron desde el primer momento al fascismo figuraban los *arditi*, aunque el nuevo movimiento acabaría resultando de gran atractivo para el resto de la población masculina desmovilizada.

“La guerra produjo, en los frentes occidental e italiano, un nuevo tipo de experiencia que hasta entonces nunca habían vivido un número tan grande de hombres y por un período tan prolongado. El frente virtualmente estático de las trincheras paralizaba a millones de hombres durante meses y meses, creando con ello una conciencia colectiva de una sociedad aparte, de un grupo guerrero parcialmente aislado del resto de la nación y de las experiencias normales, unido por una prolongada camaradería y un nuevo sentimiento de identidad colectiva, que el sufrimiento común y el sacrificio hacían aún más profundo y duradero. Este sentimiento de identidad y misión colectivas sobrevivió a la guerra y ayudó a crear en muchos veteranos un nuevo sentido de identidad, de misión y de propósito nacionalistas. Produjo una percepción de una nueva ‘clase militar civil’ que iba a desempeñar un papel especial, militante y dirigente en el nacionalismo de posguerra y en las actividades políticas de los años veinte y treinta. Dio validez a los conceptos de ‘socialismo de sangre’ y de ‘trincherocracia’ que surgieron más tarde en las mentes de cientos de miles de veteranos” (15).

Como tan a menudo sucede, el término *fascista* sufriría con el paso de los años un proceso de desdibujamiento de modo que acabaría equiparándose a conceptos como

“autoritario”, “dictatorial” o simplemente “violento”. Y en el lenguaje de algunos grupos de izquierdas habría llegado a ser fascista cualquier defensor de la democracia y la economía de mercado.

Por su parte, el nacionalsocialismo alemán presentó algunas particularidades que permiten diferenciarlo del resto de fascismos. Destacaremos dos en concreto:

- El componente de *venganza* frente a las desproporcionadas condiciones impuestas en el Tratado de Versalles que no solamente humillaron al país restándole población y territorio, arrebatándole sus colonias, sus patentes en el extranjero, haciéndole perder el control de algunos de los sectores más pujantes de su economía, imponiendo limitaciones a su desarrollo militar y unas compensaciones económicas por encima de sus posibilidades, etc., sino que sumieron en la miseria y el desempleo a amplios sectores de la población
- El peso relativamente mayor que en otros fascismos del antisemitismo y la teoría de la supremacía racial. Ambos se basaban en diversos discursos, que se remontaban al siglo pasado, que a su vez se apoyaban, principalmente, en argumentos biológicos de ínfimo rigor científico, en peculiares interpretaciones de la Historia, en la creencia en todo tipo de conspiraciones y actividades secretas de los judíos y, no menos importante, en creencias filosófico-religiosas -si es que así se pueden denominar- transmitidas por algunas sociedades ocultistas.

Leninismo.

El leninismo es una doctrina que en la pasada centuria dirigió la política de un buen número de Estados alrededor del globo y durante prolongados períodos de tiempo. Los partidos marxista-leninistas impusieron en sus respectivos países dictaduras de marcados perfiles paranoides, aisladas del resto del mundo por impenetrables fronteras, autoritarias y volcadas en la lucha contra los enemigos internos y externos. Estas dictaduras degeneraron con cierta frecuencia en orgías de sangre, violencia indiscriminada y destrucción, protagonizando las grandes masacres del siglo (junto al holocausto hitleriano, la matanza de armenios por parte de los nacionalistas turcos y el inexplicable asesinato en masa de tutsis en los noventa).

Obviamente, no es posible introducir el leninismo sin hacer referencia al marxismo, al movimiento obrero y, en última instancia, a la clase obrera. Esta “clase” apareció como una novedad en la Historia en el siglo XIX, y como consecuencia de un fenómeno nuevo y de repercusiones entonces inimaginables: la industrialización.

La clase obrera.

“Cuando en 1771 el barbero inglés Richard Arkwright, junto con otros socios, ponía en marcha la primera fábrica de la historia, no podía imaginar que iniciaba el desarrollo de un proceso trascendental en la organización del trabajo. La fábrica que sustituía al viejo sistema artesanal, era la reunión en un mismo lugar de las máquinas, de la energía que las mueve y de los trabajadores que controlan sus movimientos y los dirigen a la creación de un producto plenamente acabado. (...) El incremento de la productividad dependía de la utilización del trabajo humano, cuya coordinación con la máquina permitía la producción en grandes

cantidades y la sustitución de una fabricación de encargo por la producción en serie...” (18).

“(...) la industrialización (...) Iniciada en Inglaterra, se convirtió muy pronto en objetivo común en todos los países interesados, o forzados, a este cambio. Ganados por este interés, los primeros propietarios que se convierten en empresarios en el Continente al apresurarse a adquirir máquinas, patentes y técnica, pudieron mediante esta imitación y posterior perfeccionamiento fundar focos nuevos de industrialización en la Europa noroccidental y en la costa oriental de Norteamérica...” (18).

“La industrialización se convierte, pues, en el más importante cambio histórico tras la invención de la agricultura...” (18).

“Fue precisamente el desarrollo urbano consiguiente a la proliferación de actividades industriales, manufacturas y servicios el que provocó la lenta pero progresiva reducción demográfica campesina y el trasvase creciente de la población activa a las ciudades” (18).

La nueva “clase” social de los trabajadores de las fábricas se libraría de las hambrunas que periódicamente azotaban a las poblaciones agrícolas, pero tendría que afrontar otros males: salarios ínfimos, viviendas caras y de escasa calidad, hacinamiento en barrios insalubres, horarios abusivos y duras condiciones de trabajo, explotación infantil...

“Pero en la nueva sociedad, en la que formalmente al menos el triunfo de la revolución política había tratado de borrar diferencias acordes con la organización estamental de la sociedad, para asentar el principio jurídico de la igualdad, surgía, o mejor comenzaba a tener peso de forma progresiva, una división nueva, acorde con la desigualdad económica generada con la acumulación de bienes de producción en un reducido número de personas, al par que elevaba el porcentaje de ciudadanos desprovistos de propiedades y obligados a trabajar por cuenta ajena a cambio de un salario sólo formalmente pactado en libertad” (18).

Los obreros no dejaban de constituir una minoría de la población de las ciudades (en la primera mitad del XIX, y nada menos que en Inglaterra, su número todavía era inferior al de los empleados del servicio doméstico), pero su miseria y consiguiente desesperación, su confinamiento en barrios bien identificados y el hecho de reunirse en gran número en las fábricas, conferían a los obreros una fuerza particular. Una fuerza catalizada por la emergencia de un movimiento asociativo de nuevo cuño.

El movimiento obrero.

“Por movimiento obrero, pues, se entiende la lucha obrera organizada a través de agrupaciones o instituciones en que los trabajadores y todos los que optan por militar a su lado se aglutinan, conscientes unos y otros de su solidaridad y de la utilidad que para ellos tiene organizarse con el fin de precisar sus objetivos comunes y de perseguir su realización” (18).

Al principio, la agitación obrera se expresó en forma de levantamientos sin ningún respaldo organizativo que recordaban las tradicionales rebeliones campesinas en períodos de hambre. Además, se dirigían principalmente contra las máquinas.

“Luego, a partir de 1819-1820, las protestas dejaron tranquilas a las máquinas y comenzaron a dirigirse contra los patronos...” (18).

El asociacionismo obrero se plasmó, en una primera etapa, en sociedades destinadas a proporcionar protección frente a situaciones de necesidad.

“(...) en los primeros años treinta comenzaron también a fluir las primeras sociedades de socorros mutuos, toleradas por el Gobierno siempre que se dedicaran al auxilio económico de parados, enfermos o viejos” (18).

Pero estas mutualidades no tardarían en dar paso a una serie de sociedades secretas (necesariamente, dado que estaban prohibidas) que aspiraban a mejorar el destino de la clase obrera mediante la conquista del poder político y la consiguiente introducción de reformas (o cambios revolucionarios) en el emergente capitalismo.

“Este clima de conflicto influyó sobremanera en el desarrollo del asociacionismo obrero. En muy corto espacio de tiempo surgieron la *Société des amis du peuple*, la *Société des familles* y la *Société des Saisons*; y otras muchas de carácter secreto, con el fin de conquistar por la fuerza el poder político mediante conjurados, organizados con rigidez, dispuestos a liberar a la clase obrera, garantizar la educación del pueblo para la democracia y promover el desarrollo de una sociedad utópico-comunista” (18).

A las sociedades secretas les sucedieron otras modalidades organizativas: los sindicatos de clase, los partidos obreros y las internacionales. La aparición de éstas últimas se vio facilitada por el hecho de que la persecución del movimiento obrero llevó a sus más destacados dirigentes e intelectuales a asilarse en los países más tolerantes, lo que les permitió tejer una red social cosmopolita que a su vez contribuyó a darle al movimiento obrero su característica orientación internacionalista, en un mundo en el que el principio del Estado nacional parecía imponerse paulatinamente por encima de cualquier obstáculo.

En la medida en que la mejoría de las condiciones de vida de los trabajadores suponía un menoscabo de los beneficios empresariales -y los empresarios se oponían a cualquier legislación o compromiso tendentes a establecer jornadas máximas o salarios mínimos-, el estallido de conflictos entre trabajadores y patronos resultaba inevitable. Estos conflictos a menudo adquirieron un tinte violento y desembocaron en la intervención de las fuerzas de seguridad de los Estados, con represiones violentas y prohibiciones expresas de las asociaciones obreras. Todo ello en nombre del principio del derecho de los individuos a firmar contratos sin la necesaria intermediación de terceros. Por su parte, los movimientos obreros adoptaron actitudes de hostilidad a un Estado cuyos principios beneficiaban a los patronos y que se mostraba dispuesto a utilizar la fuerza para imponerlos. Qué duda cabe de que desde la perspectiva liberal de la Revolución Francesa nada más retrógrado que volver a reglamentaciones y “negociaciones colectivas”; tal concesión supondría algo semejante a un regreso a las relaciones

estamentales, aunque con unos “estamentos” enteramente nuevos. Pero para los depauperados empleados de las fábricas, tales disquisiciones tenían poco sentido.

La masacre de obreros durante los sucesos revolucionarios de 1848, en París, marcó un punto de inflexión y dispersión del movimiento obrero. Para numerosos intelectuales del movimiento, entre los que hay que destacar a Marx, se hacía necesaria una mejor planificación de la acción y dotarse de una organización supranacional.

En 1864, se creó la AIT, la I Internacional, en cuya gestación jugó un papel protagonista Karl Marx y en la que durante una década se aglutinaron distintas organizaciones y posiciones (los seguidores de Marx -la corriente más importante-, mutualistas proudhonianos, anarquistas seguidores de Bakunin, etc.). Las disensiones entre corrientes motivaron la paulatina disolución de la AIT, incapaz de adoptar una postura unitaria tras la matanza que acabó con la Comuna de París (1871).

El movimiento obrero, además de perseguir la introducción de mejoras inmediatas para los trabajadores (materiales y políticas: salariales, en las condiciones de trabajo, en el acceso al voto...), adquirió una fuerte carga utópica. El objeto primordial de la crítica ya no era el Antiguo Régimen sino, precisamente, el sistema liberal-capitalista que lo había sustituido. Y frente a este último, las ideologías obreras ofrecieron alternativas que, con distinto grado de radicalidad, tendían todas ellas a un mayor igualitarismo económico y a propugnar que la propiedad de las fábricas fuese de los trabajadores (para muchos, pero no para todos, mediante la apropiación de las mismas).

Postulados del movimiento obrero.

En un primer momento, estas ideologías fueron elaboradas por un reducido número de intelectuales, que participaban de la creciente preocupación por el problema de la pobreza (y sus consecuencias, como el alcoholismo, las enfermedades y la “degradación moral”) y por el problema de la explotación económica; con el tiempo estos pensadores acabarían siendo conocidos como “socialistas utópicos”, un tanto despectivamente.

“Sin embargo, en los inicios del siglo XIX europeo, concretamente en sus tres primeras décadas, y una vez que se llegó a tener conciencia, siquiera somera, de que ‘la producción aumenta al par que el bienestar disminuye’, según constatación del economista ginebrino Sismondi, la explosión de descontentos y el temor a su peligrosidad por la aglomeración y hacinamiento entre los que la padecen, así como por su homogeneización pauperizante, llevó a los poderes públicos a una preocupación inicial por la miseria y el pauperismo, al mismo tiempo que aumentaban asociaciones caritativas y benéficas y los primeros socialistas inauguraban la crítica al sistema capitalista, al que responsabilizaban de las desigualdades económicas y sociales” (18).

El término *socialismo* se acuñó en la primera mitad del s. XIX para referirse a estas utopías igualitarias. Derivaba del latín *socius* que significa *amigo* y que en la Edad Media había sido utilizado por los cátaros para referirse a las parejas de “perfectos” que andaban de pueblo en pueblo predicando la doctrina albigense.

“En el diario *Le Semeur*, Pierre Leroux se jactaba, en 1831, de ser el primero en utilizar el término ‘socialismo’, retomado en 1832 en *Le Globe* saintsimoniano, y en 1833 en *La phalanstère* fourierista” (5).

La mayor parte de los primeros visionarios socialistas no participó directamente en las incipientes luchas obreras y se orientaron preferentemente a la organización de pequeñas comunidades fabriles igualitarias que, por su mayor productividad y por ser un ejemplo de moralidad y civilización, deberían acabar desplazando al modo de producción capitalista. Pero todos los experimentos fracasaron estrepitosamente en el plano económico y en medio de las rencillas internas. No obstante, y a pesar de las repetidas debacles, las obras escritas por estos autores (Saint Simon, Fourier, Owen...) tuvieron un amplio eco e influyeron decisivamente en el ideario de los dirigentes y organizaciones obreros.

Aunque estos socialismos tempranos nunca llegaron a confluír en una “doctrina obrera” unitaria, lo cierto es que en el seno del movimiento obrero se fueron fraguando una serie de ideas-fuerza y de objetivos que iban más allá del igualitarismo económico: la igualdad en las relaciones entre hombres y mujeres y la crítica de la institución matrimonial y de la familia, la oposición a las iglesias e incluso a la religión (con el sorprendente fenómeno de la “apostasía obrera”), el internacionalismo pacifista y la creencia en un “hombre nuevo”, solidario y menos competitivo, la concepción de la propiedad como un robo, la necesidad de destruir el Estado o de reducirlo a su mínima expresión...

Pero estas zonas de laxa coincidencia no llegaban a borrar las profundas divergencias de todo tipo existentes en el interior del movimiento. Veamos algunas de las cuestiones en las que existían posiciones enfrentadas:

- lucha por la mejoría de las condiciones económico-laborales (en cada empresa o mediante legislaciones protectoras) *versus* cambio del tipo de sociedad,
- destrucción *versus* utilización del Estado,
- centralización *versus* espontaneidad en la actividad revolucionaria,
- descenso a la arena político-electoral *versus* instituciones y métodos específicamente obreros (huelgas, manifestaciones, ocupaciones...),
- internacionalismo *versus* aceptación del hecho (o de la ficción) nacional,
- métodos violentos *versus* pacíficos,
- gradualismo *versus* revolución,
- aislamiento obrero *versus* colaboración con otras corrientes políticas (democráticas, republicanas...) o sectores sociales y, finalmente,
- destrucción del capitalismo *versus* implantación en su seno de unidades de producción socialistas.

“Para ello, R. Owen proponía establecer ‘aldeas de cooperación’ o cooperativas donde los trabajadores, propietarios de los medios de producción, debían elaborar el producto para posteriormente venderlo (...) En 1834, y también en Inglaterra, se fundó, a partir de la agrupación obrera por oficios y localidades, una Organización Nacional, la *Grand National Consolidated Trades Union*, con el objetivo de convertir a los sindicatos en organismos preparados para dirigir la producción en los diversos sectores de una industria creciente y cada vez más extendida” (18).

El dirigente de la I Internacional de más peso y cuyas opiniones eran más respetadas (en el continente europeo, no así en el mundo anglosajón) fue, sin duda alguna, Karl Marx. Tras su fallecimiento (1883) el conjunto de sus ideas se transformarían en una doctrina identificada como *marxismo*.

En sus escritos, Marx subrayó la importancia de la lucha de clases como motor de la historia, descartando la construcción pacífica del socialismo dentro de la sociedad liberal y abogando por una toma violenta del poder por parte de la clase obrera organizada, con el fin de instaurar la “dictadura del proletariado”, paso previo a la construcción de una sociedad sin enfrentamientos clasistas, sin Estado, igualitaria, y en la que el “hombre nuevo” podría liberar sus mejores potencialidades. Todo ello sucedería necesariamente como consecuencia de un destino histórico inexorable y científicamente puesto en evidencia por él.

El período de la segunda internacional.

“Conscientes, por tanto, de que la Internacional había de ser ‘el Estado Mayor del Ejército proletario’, y de que el Internacionalismo seguía siendo el motor que haría posible la conquista del poder y el advenimiento de la sociedad colectivista, desde la disolución de la Asociación Internacional de Trabajadores y más aún en los inicios de la década de los ochenta, se pensó en su reconstrucción mediante Congresos y Conferencias...” (18).

La Segunda Internacional se constituyó en París formalmente en julio de 1888. En ella convergían numerosos partidos y organizaciones socialistas, con el protagonismo indiscutible del PSD alemán y con el marxismo como ideología rectora. Y es que desde la disolución de la antigua AIT, los dirigentes obreros nunca dejaron de pensar en la recreación de una segunda internacional. La fundación se produjo en un período en el que desde el punto de vista demográfico la clase obrera alcanzaba su máxima expansión (posteriormente se iniciaría un paulatino trasvase de trabajadores al sector terciario).

“Cuando el siglo XIX estaba tocando a su fin, ningún país industrial, en proceso de industrialización o de urbanización podía dejar de ser consciente de esas masas de trabajadores sin precedentes históricos, aparentemente anónimas y sin raíces, que constituían una proporción creciente y, según parecía, inevitablemente en aumento de la población y que, probablemente, a no tardar constituirían la mayor parte de ésta. La diversificación de las economías industriales, sobre todo por el incremento de las ocupaciones del sector terciario -oficinas, tiendas y servicios- no hacía sino comenzar, excepto en los Estados Unidos, donde los trabajadores del sector terciario eran ya más numerosos que los obreros. En los demás países parecía predominar la situación inversa. Las ciudades, que en el período preindustrial estaban habitadas fundamentalmente por personas empleadas en el sector terciario, pues incluso los artesanos solían ser también tenderos, se convirtieron en centros de manufactura. En las postrimerías del siglo XIX, aproximadamente los dos tercios de la población ocupada en las grandes ciudades (es decir, en ciudades de más de 100.000 habitantes) estaban empleados en la industria” (9).

Un notable hecho de este período histórico fue la facilidad con la que el socialismo penetró en las masas de obreros desposeídos, y la firme irreversibilidad de su nuevo convencimiento.

“En 1886, los lugareños de los valles belgas en torno a Lieja, que se ocupaban tradicionalmente de la fabricación de armas de fuego, carecían por completo de una conciencia política. Vivían de un pobre salario, amenizada su vida en el caso de los hombres únicamente por la colombofilia, la pesca y la lucha de gallos. Desde el momento en que apareció en el escenario el ‘partido de los trabajadores’ se volcaron en él de forma masiva: a partir de entonces entre el 80 y el 90% de la población de Val de Vesdre votaba socialista y fueron socavados incluso los últimos muros del catolicismo local. Los habitantes del Liègois se vieron compartiendo una identidad y una fe con los tejedores de Gante, cuya lengua (flamenco) no podían entender, y también con todos aquellos que compartían el ideal de una clase obrera única y universal. Los agitadores y propagandistas llevaron ese mensaje de unidad de todos los que trabajaban y eran pobres a los extremos más remotos de sus países” (9).

Con algunas excepciones, las organizaciones más destacadas del movimiento obrero en este período histórico fueron los partidos socialistas. El crecimiento numérico del proletariado industrial, las paulatinas ampliaciones del derecho al voto, el éxito indiscutible de la causa socialista en el seno de la clase obrera y la aceptación -poco entusiasta- de la vía parlamentaria, transformaron a estos partidos -en un breve lapso de tiempo- en importantes fuerzas electorales. Hay que tener en cuenta que con la excepción del PSD (fundado en 1875), los partidos socialistas vieron la luz durante el transcurso de la década de los 80. Cuando se inició la I Guerra Mundial ya no constituían pequeños núcleos periféricos sino verdaderos movimientos de masas.

“De hecho, en 1914 existían partidos socialistas de masas incluso en los Estados Unidos, donde el candidato de ese partido obtuvo casi un millón de votos, y también en Argentina, donde el partido consiguió el 10% de los votos en 1914, en tanto que en Australia un partido laborista, ciertamente no socialista, formó ya el Gobierno federal en 1912. Por lo que respecta a Europa, los partidos socialistas y obreros eran ya fuerzas electorales de peso casi en todas partes donde las condiciones lo permitían. Ciertamente, eran minoritarios, pero en algunos Estados, sobre todo el Alemania y Escandinavia, constituían ya los partidos nacionales más amplios, aglutinando hasta el 25-40% de los sufragios, y cada ampliación del derecho de voto revelaba a las masas industriales dispuestas a elegir el socialismo. No sólo votaban, sino que se organizaban en ejércitos gigantescos: el partido obrero belga, en su pequeño país, contaba con 276.000 miembros en 1911, el gran SPD (Sozialdemokratische Partei Deutschlands) poseía más de un millón de afiliados, y las organizaciones de trabajadores, no tan directamente políticas -los sindicatos y sociedades cooperativas-, vinculadas con esos partidos y fundadas a menudo por ellos, eran todavía más masivas” (9).

Pero la presencia de los diputados socialistas en los parlamentos nacionales no significó en modo alguno que el movimiento obrero se hubiese transformado exclusivamente en una fuerza parlamentaria.

“(…) La socialdemocracia alemana, que había sabido superar la limitación de los clásicos partidos burgueses a la esfera de lo político, se había transformado en un ‘modo de vida’ alternativo y rival de la sociedad capitalista establecida. (...) supera la consideración tradicional del partido como ‘simple máquina de lucha política’ para convertirse en una microsociedad, ajena y marginada de la sociedad burguesa, y capaz de funcionamiento propio...” (18).

Esta microsociedad, diferenciada del resto, no solamente por el hecho de vivir del trabajo en las fábricas, sino también por un sistema de valores propio, se estructuraba en torno a los sindicatos, las cooperativas de compras y un sinnúmero de entidades recreativas.

“¿Qué era, pues, ‘el movimiento’ que, en algunos casos extremos, podía coincidir prácticamente con la clase? En todas partes incluía la organización básica y universal de los trabajadores, el sindicato, aunque en formas diferentes y con una fuerza distinta. Muchas veces incluía también cooperativas, fundamentalmente en forma de tiendas para los trabajadores, que en ocasiones (como en Bélgica) eran la institución fundamental del movimiento. En los países en que los partidos socialistas eran partidos de masas, podían incluir prácticamente a toda asociación en la que participaran los obreros, desde la cuna hasta la tumba, o más bien, dado su anticlericalismo, hasta el crematorio, que, según los ‘progresistas’, era mucho más adecuado en esa era de ciencia y de progreso. Entre esas asociaciones cabe mencionar la Federación alemana de coros obreros, creada en 1914, con sus 200.000 miembros; el club ciclista de los trabajadores ‘Solidaridad’ (1910), con sus 130.000 miembros; o los Trabajadores Coleccionistas de Sellos y los Criadores Obreros de Conejos, cuyas huellas aparecen todavía ocasionalmente en las tabernas de los suburbios de Viena. Pero, de hecho, todas esas asociaciones estaban subordinadas al partido político, o formaban parte de él (o al menos estaban estrechamente vinculadas con él), partido que era su expresión fundamental y que prácticamente siempre recibía el nombre de Partido Socialista (Socialdemócrata) y/o simplemente Partido ‘de los Trabajadores’ o Partido ‘Obrero’” (9).

El marxismo constituía una suerte de religión oficial del movimiento (con la excepción de las islas británicas, donde predominaban las ideas de los fabianos), del que tan solo se apartaban algunos sujetos aislados o círculos radicales.

“Los movimientos obreros que no contaban con partidos de clase organizados o que se oponían a la política, aunque representaban una vieja corriente de ideología utópica o anarquista, eran casi siempre débiles. Se trataba de conjuntos cambiantes de militantes individuales, evangelizadores, agitadores y líderes huelguistas potenciales más que de estructuras de masas. Excepto en la península ibérica, siempre desfasada con respecto a los acontecimientos europeos, el anarquismo no llegó a ser en ninguna parte de Europa la ideología predominante ni siquiera de movimientos obreros débiles. Con la excepción de los países latinos y -como reveló la revolución de 1917- de Rusia, el anarquismo carecía de significación política” (9).

Aunque el eje del movimiento obrero de este período (que finaliza con la Primera Guerra Mundial) fuesen los Partidos Socialistas de cada país, no es menos cierto que las

continuas reuniones de la II Internacional le imprimían al movimiento obrero ese mismo sello internacionalista que había distinguido a la AIT.

Como no podía ser de otro modo, no tardarían en aparecer, en el propio seno del socialismo, voces discordantes. Por la derecha, los llamados revisionistas defendían la renuncia al marxismo y a su carga utópica, así como el abandono de la poco democrática idea de una *dictadura* del proletariado.

“Para E. Berstein, y más en concreto desde la publicación de su obra, en 1899, *Las premisas del socialismo y las premisas de la socialdemocracia*, escrita con el objetivo de ‘fortalecer la socialdemocracia’, en su avance por la vía que había iniciado se planteaba la revisión de los presupuestos de Marx y Engels, que no llegaron a matizar la importancia de las instituciones sociales y políticas y de su acción sobre la economía.

(...) Familiarizado con los socialistas de cátedra y con las reflexiones y experiencias fabianas, para E. Berstein es ‘la Gran Bretaña de los sindicatos, de las cooperativas y de las comunidades socialistas’ la que cuenta con un futuro prometedor y ajeno al ‘revolucionarismo’. El socialismo, concluye, es ‘la expresión del liberalismo’ llevado a sus últimas consecuencias; con lo que se hace innecesaria la reclamación y reivindicación del poder sólo para el proletariado, toda vez que la dictadura de clase supone un nivel inferior de civilización” (18).

Por el lado izquierdo existía un sector del movimiento obrero más inclinado a la acción revolucionaria violenta, y que veía con malos ojos la deriva parlamentaria que iba adquiriendo el socialismo. La manifestación más extrema de esta corriente la constituía el llamado “sindicalismo revolucionario” francés, hostil hacia los partidos políticos y que defendía el acceso al poder de los obreros mediante la acción estrictamente sindical y, más concretamente, a través de una huelga general revolucionaria.

Existía igualmente un ala radical en el seno de los principales partidos socialistas, especialmente en los países eslavos, partidaria también de la huelga general revolucionaria y poco amiga del evolucionismo que, *de facto*, imponía la lógica parlamentaria y la propia evolución de las circunstancias socioeconómicas. Porque, en contra de lo predicho, los salarios no caían por debajo del nivel de subsistencia (lo que, según Marx, acabaría sucediendo y precipitaría el alzamiento proletario) sino que aumentaban imparablemente año tras año y el Estado de bienestar se ocupaba de satisfacer las necesidades básicas y de proteger a los más desfavorecidos.

Este sector radical de la II Internacional -que a diferencia del socialismo revolucionario francés permanecía fiel al marxismo-, capitaneado por Rosa Luxemburgo, compartía la actitud crítica ante la guerra con el resto del socialismo, que afirmaba que “para los obreros la guerra es una guerra civil”, pero pensaba en aprovechar el caos que se crearía en las naciones contendientes, para reorientar el enfrentamiento entre Estados a una guerra revolucionaria contra el capitalismo. Rosa Luxemburgo y Lenin estaban convencidos de que la gran contienda cuya cercanía ya se vislumbraba no era sino la expresión final de las contradicciones internas del capitalismo, que Marx había pronosticado, y que tenía que conducir a la toma del poder por parte del proletariado. Esta posición un tanto apocalíptica era minoritaria, a pesar de lo cual logró introducirse entre las conclusiones de uno de los Congresos de la II Internacional.

“(…) y hasta llegó a aprobar una propuesta, sugerida en el sector más radical por Lenin y Rosa Luxemburgo, según la cual, en el caso de que estallase el conflicto, las organizaciones socialistas deberían aprovecharlo para ‘sacudir al pueblo y acelerar con ello la supresión del predominio de la clase capitalista’ (18).

Estos sectores más radicales se sintieron profundamente traicionados por el apoyo que, a última hora y en un clima de exaltación nacionalista desbordada, los partidos socialistas dieron a sus respectivos gobiernos nacionales de un modo casi unánime.

“(…) Antes, sin embargo, de que la Internacional pudiera reunirse, a fines de julio de 1914 estallaba la guerra, y los partidos socialistas, que no contaban con unas directrices uniformes y concretas, se vieron arrastrados por la exaltación patriótica que sacudió a los países involucrados en el conflicto. Los socialdemócratas alemanes llegaron a aceptar en 1914 la tregua propuesta por el kaiser a todas las luchas políticas y sociales, y optaron por admitir la guerra (...) La guerra, fue el golpe de muerte, la ‘bancarota’ según expresión de Lenin, del pacifismo obrero y de la propia Internacional, imposibilitada tras el conflicto para una reconstrucción eficiente” (18).

Pese a encontrarse en minoría respecto al grueso del socialismo, y una vez finalizada la I Guerra Mundial, el sector radical de la II Internacional siguió adelante con sus planes insurgentes y en varios países arrastraron a núcleos nutridos de trabajadores a la Revolución final que acabaría con el capitalismo. Los esfuerzos se concentraron particularmente en Alemania, con la Liga Espartaquista. El determinismo histórico del marxismo les hacía sentir que la Historia estaba de su parte, y no les ayudó a calibrar correctamente sus fuerzas. Únicamente el partido bolchevique ruso tuvo éxito en el golpismo.

Lenin.

Vladímir Ilích Uliánov, pasaría a la posteridad como Lenin, uno de los muchos alias que utilizó, según la costumbre revolucionaria, y con el que terminaría identificándose. Nació en una familia acomodada, siendo su padre un funcionario brillante que acabó recibiendo título nobiliario como reconocimiento por su trabajo. A modo de curiosidad, su abuelo materno, médico y judío converso, era un latifundista obsesionado con la hidroterapia que obligaba a sus hijas a pasar la noche envueltas en sábanas húmedas. Descendiente de antepasados rusos, kalmucos, judíos, alemanes y suecos, Lenin nació el diez de abril de 1870.

No sufrió ninguna estrechez económica y vivió en una casa amplia y con personal de servicio. Estudiante brillante, como su hermano mayor, era el primero de su clase. Sus amigos de la infancia, hablan de una cierta soberbia, una sentimiento de superioridad intelectual que se acrecentaría a lo largo de su vida.

“Volodia, mientras tanto, con el apoyo de su familia y el estímulo de sus profesores adquiría una sólida formación intelectual. También iba adquiriendo una profunda confianza en sí mismo y un sentido de superioridad sobre sus semejantes. Era el favorito de la familia, y estaba acostumbrado a ser el centro de atención. Lo cual no quiere decir que fuese vanidoso, aunque tampoco ocultaba su ‘derecho’ moral a la primacía que le parecía suya, e incluso en esos

primeros años parece haber mostrado su falta de tolerancia hacia los puntos de vista de los demás. Uno de los compañeros de colegio de Alexánder, V. V. Vodovózof, recuerda que tras una visita a los Uliánov se dio cuenta de que sería imposible llegar a estrechar una amistad con Vladímir, excesivamente seguro y pagado de sí mismo, inflado por la certeza de ser considerado genio en la familia y autoridad infalible fuera de ella, y cuya forma de discutir le pareció grosera” (20).

Cuando Vladímir contaba 17 años su hermano mayor fue detenido por haber participado en una conspiración estudiantil para asesinar al zar. El suceso tuvo una gran repercusión en la sociedad rusa y marcó profundamente a la familia. Tras negarse a pedir clemencia, murió ejecutado.

Ese mismo año Lenin ingresaba en la universidad de Kazán siendo expulsado al poco por participar en una manifestación de alumnos. En los siguientes años se consagró al estudio del marxismo.

A los 19 años se ocupó de la finca que su madre había adquirido en Alakaievka esperando que su ya único hijo varón se hiciera responsable de la misma, pero tardó poco en cansarse y desentenderse de la propiedad.

Ingresó como externo de la universidad de San Petesburgo, obteniendo el título de abogado a los 23. Regresó a Samara con su madre (su padre había fallecido poco antes) y trabajó como abogado, poco tiempo, con pocos clientes y con poca fortuna.

A los 24 años regresó a San Petersburgo y contactó con los círculos marxistas. Conoció a su futura mujer, simpatizante socialista e hija de un militar fallecido que había sido degradado por pertenecer a una sociedad secreta.

A los 27 fue detenido y exilado a Siberia donde llevó una vida placentera con el dinero que le enviaba su madre. Durante su exilio se dedicó a dar largos paseos, a la caza, a la lectura, a escribir artículos revolucionarios y a cartearse con sus correligionarios. Es principalmente a través de su prolífica actividad literaria que Lenin fue consolidando su prestigio e influencia en los círculos social-demócratas y posteriormente en el seno del partido bolchevique. Desarrolló un estilo taxativo que recurría sistemáticamente al insulto y la descalificación de quien no compartiera sus ideas.

“Lenin no tuvo piedad con Kerenski. En sus llamadas *Obras completas* lo menciona no menos de doscientas veces, inventando un epíteto despectivo cada vez: lo llama ‘farsante’ y lo asocia con el ‘estúpido Románov’ haciéndolos cargar con el peso de la responsabilidad de la ruina y el desorden imperantes en Rusia. Lenin nunca fue tolerante con sus opositores políticos. En 1911, en París, gruñó: ‘Habría que poner a esa gente contra la pared, y si todavía así no abandonan hundirlos en el barro’. Expresiones como ésta eran frecuentes sustitutos de los argumentos políticos. Kerenski se abstuvo de responderle en ese tono” (20).

Al año siguiente su futura mujer y su futura suegra se trasladaron a Siberia para celebrar la boda, que por imposición de la segunda tuvo carácter religioso. La relación entre Lenin y su mujer nunca fue apasionada. Fue durante muchos años su secretaria y gran colaboradora, permaneciendo fiel a su marido pese a la relación que éste mantuvo con otra mujer. No tuvieron hijos.

Desde sus primeros contactos universitarios con el marxismo, Lenin mostró una gran fascinación por los revolucionarios históricos más violentos así como una predilección por los métodos más drásticos y sanguinarios. Muy en particular, admiraba a Necháiev,

dirigente del grupo 'Represalia secreta' y repudiado en los círculos revolucionarios por sus actitudes violentas. A la pregunta de qué miembros de la familia del zar deberían morir, su contundente y conocida respuesta había sido: "¡Toda la casa Románov!". Cuando en el verano de 1918 Lenin ordenaba la ejecución de la familia al completo, incluido el príncipe de 13 años y sus cuatro hermanas, así como cualquier pariente que hubiera podido sucederle, en un solo acto borraba definitivamente la monarquía del territorio ruso, ejecutaba la consigna de su violento predecesor y vengaba la muerte de su hermano.

En 1900, con 30 años y siendo ya un destacado dirigente socialista se exiló en Europa, llevando la vida ociosa propia de un miembro de la aristocracia rusa: "... sigo con mi vida veraniega, paseo, nado y no hago nada". Viajaba cómodamente como pudiera hacerlo cualquier noble, con el dinero que le enviaba su madre, con el sueldo del partido y con la ayuda de algunos simpatizantes ricos de la causa socialista. Se consagró principalmente al activismo político, estableciendo frecuentes contactos con los dirigentes socialistas rusos y europeos y escribiendo incansablemente. No regresaría a Rusia hasta 1917.

Durante su exilio llegó a convertirse en el más destacado dirigente del socialismo ruso, siendo él quien controlaba sus fondos (provenientes de las cuotas de los afiliados, de donaciones y de pequeñas actividades delictivas o "expropiaciones") y dirigiendo un pequeño ejército de profesionales a sueldo del Partido.

En esos años de intensa actividad adoptó una idea que llegó a ser el hilo conductor de toda su futura línea política: la de que el período del imperialismo era la última etapa en la evolución del capitalismo, por lo que había llegado el momento de la revolución proletaria que implantaría la sociedad socialista. Dicha revolución (en contra de la actitud predominante en la II Internacional y en consonancia con la moda intelectual de ese período histórico que primaba el uso de la fuerza) sería necesariamente violenta y el momento propicio sería el fin de la gran guerra que se aproximaba. Lenin estaba absolutamente convencido de que el caos producido por el enfrentamiento entre las naciones industrializadas debería ser aprovechado para transformar la guerra "burguesa" en una confrontación supranacional entre clases sociales, cuyo resultado no podía ser otro que el triunfo del proletariado. Pero para ello era preciso organizar un partido fuertemente cohesionado, con un liderazgo claro, más orientado a los métodos insurreccionales e incluso a la guerra que al parlamentarismo. De ahí que su pacifismo fuese radicalmente falso. Lenin creía firmemente en la guerra, sólo que en *otra* guerra.

Su personal estilo intransigente impregnó su liderazgo. Con el tiempo, los bolcheviques por él capitaneados pasarían de los insultos a las pistolas. Y cuando los propios militantes del Partido mostraron inclinaciones al diálogo y a las soluciones pacíficas, sería siempre el propio Lenin quien les empujaría a cambiar de actitud. También hay que hacer referencia a su extraordinaria capacidad oratoria, que le sería de enorme utilidad tras su regreso del exilio.

Los bolcheviques.

Rusia había iniciado muy tardíamente su industrialización, pero a finales del XIX ya existía una clase obrera que, aunque no suponía más que el 3% de la población, estaba concentrada en muy pocas ciudades y en fábricas de gran tamaño, lo que favoreció su rápida politización y la implantación del ideario socialista.

De todos modos, el primer igualitarismo ruso importante fue el de los *narodniks*, nacido en las últimas décadas del XIX. Aún siendo liderado por intelectuales e individuos de clase media, el movimiento narodnik se dirigía fundamentalmente al campesinado, el sector mayoritario de la población rusa (85%). No se trataba de un movimiento homogéneo sino que incluía desde grupos proclives al terror y cercanos al anarquismo a otros claramente reformistas. El movimiento narodnik difería profundamente del marxismo de la II Internacional al tener una connotación marcadamente agraria. Aspiraba a crear una sociedad de aldeanos-campesinos, propietarios de sus parcelas, sin señores feudales y fundamentada en la cooperación y la igualdad. Su hostilidad se dirigía por igual hacia la nobleza, cuyas tierras pretendían repartir, que hacia las ciudades y el Estado, cuya intromisión en el mundo rural no acababan de aceptar. Recelaban también de la industrialización, a la que consideraban deshumanizadora. A principios del siglo XX constituyeron el Partido Social Revolucionario (también denominado *eserista*).

Por su parte, el germen de la socialdemocracia rusa fue el “Grupo de Emancipación Obrera”, fundado en Suiza en 1883 y del que surgió el Partido Ruso Social Demócrata, con un programa inspirado en el del PSD y marcadamente diferenciado del de los *narodnik*. Desde el primer momento orientó su interés hacia los trabajadores de la industria. Paralelamente, se formaron en el territorio ruso y en esa misma década los primeros núcleos de simpatizantes del marxismo, que confluirían finalmente con los socialistas del exilio.

Ya en los principios mismos de la constitución del Partido Socialista, se originó un debate en el que se decantaron dos corrientes. La moderada quería acercarse a los obreros con un mensaje de conquista de mejoras económicas a corto plazo dejando para más tarde la doctrina socialdemócrata (que por entonces venía a equivaler a marxista). La corriente radical, por el contrario, propugnaba adoctrinar a los trabajadores desde un primer momento en el espíritu revolucionario.

La discusión posteriormente se polarizaría entre quienes pensaban que Rusia necesitaba atravesar un período liberal-democrático, que erradicase el feudalismo y permitiese la industrialización y la formación de una clase obrera numerosa (lo que suponía “aliarse con las formaciones burguesas”) y los que pensaban que era preferible luchar directamente por la implantación del socialismo, industrializando al país en un régimen de dictadura proletaria que evitase a los trabajadores el período transitorio de explotación salvaje de la sociedad capitalista. Los partidarios de la primera posición querían un partido amplio, descentralizado y abierto, a imagen y semejanza del PSD alemán. Lenin y sus seguidores querían justo lo contrario, un partido más pequeño, monolítico y cohesionado.

En el Segundo Congreso del Partido Socialdemócrata Ruso (1903) triunfaron las tesis radicales. El abandono de varios grupos pequeños (entre ellos los que representaban a los trabajadores polacos y a los trabajadores judíos) hizo que las posturas radicales, que de hecho eran minoritarias, quedaran en mayoría en el momento de la votación. El sector leninista se transformó en “bolchevique” (mayoritario, aunque no lo fuese) y el moderado en “menchevique” (minoritario, aunque tampoco lo fuese). La realidad es que bolcheviques y mencheviques funcionaron en los años siguientes, al menos *de facto*,

completamente por separado. El desencuentro se consumó con la creación en 1912 del Partido bolchevique.

La revolución del 17.

El año 1902 marca el inicio de un proceso insurreccional protagonizado por el campesinado ruso, que aspiraba, ante todo, al reparto de la tierra, y que contemplaba un horizonte *narodnik* de aldeas solidarias y con un amplio margen de autonomía frente al poder del Estado.

La debilidad del zarismo se hizo visible en 1905. El “domingo negro de San Petersburgo” una multitud, dirigida por el clérigo Gapon, se dirigía respetuosamente hacia el Palacio de Invierno con una serie de peticiones de mejoras sociales y políticas que querían entregar al zar, seguros de que el “padre” de las Rusias atendería sus peticiones. Pero fueron recibidos con balas y murieron varios centenares de ellos. La masacre de San Petersburgo precipitó una oleada de manifestaciones y huelgas revolucionarias, y una espiral represiva que contuvo momentáneamente las protestas.

La entrada de Rusia en la I Guerra Mundial tuvo efectos devastadores en un país a todas luces atrasado cuando se comparaba con las potencias europeas; saltaba a la vista que Rusia no estaba en condiciones de enfrentarse a las mismas. La sangría humana, las subidas de impuestos, el desabastecimiento y la inflación provocados por la caída de las importaciones y el colapso del sistema ferroviario (motivado a su vez por la carencia de repuestos que se produjo tras la ocupación alemana de Polonia), así como la reorientación de la actividad industrial hacia la guerra, produjeron hambre y desesperación y condujeron a la reactivación del levantamiento campesino.

A éste se añadieron otros dos factores que contribuyeron también de un modo decisivo a la revolución de febrero de 1917 y a la proclamación de la República.

El primero de ellos fue el desmoronamiento del ejército ruso, no sólo por las derrotas sino, ante todo, por la indisciplina y las deserciones masivas entre sus diez millones de soldados-campesinos, movilizados para la ocasión, cuya visión del mundo apenas trascendía su comunidad rural, carentes todavía del más mínimo sentimiento patriótico y deseosos ante todo de regresar a sus pueblos.

El segundo factor fue el movimiento revolucionario, el cual había adquirido ya una cierta fortaleza.

En plena contienda, y con un Estado completamente paralizado y en crisis, la gente se organizaba de un modo autónomo para resolver los problemas más acuciantes mientras el descontento y la oposición a la guerra crecían en paralelo. El 31 de diciembre de 1916 moría asesinado el monje Rasputín y en febrero de 1917 la guarnición de Petrogrado se amotinaba, negándose el Estado Mayor a intervenir.

Inmediatamente se establecieron negociaciones entre la Duma (elegida por sufragio restringido) y los partidos izquierdistas de oposición, que pese a haber tenido poco o ningún protagonismo en los levantamientos populares de los últimos años se arrogaron la representación de los sectores más pobres de la sociedad excluidos de la Duma. De dichas negociaciones surgió una estructura bicéfala de poder: por un lado un Gobierno

provisional, elegido por la Duma y por el otro el sóviet de Petrogrado, constituido por militantes de izquierdas y que pretendía representar a las masas trabajadoras. El acuerdo establecía que el gobierno provisional convocaría en otoño elecciones por sufragio universal para formar un parlamento constituyente. El zar abdicaba el dos de marzo.

Los tres gobiernos republicanos provisionales que se sucedieron hasta la revolución de octubre (liberales los dos primeros e integrado por una coalición de social-revolucionarios y mencheviques el tercero) impulsaron una paulatina democratización de la sociedad rusa y el desmantelamiento del entramado de privilegios y particularismos que caracterizaba a la sociedad tradicional. En cuanto a la cuestión de la guerra, los gobiernos provisionales se negaron a firmar la paz con Alemania, temerosos de las consecuencias que acarrearía la pérdida de territorios así como de las que traería la ruptura de sus compromisos con los aliados. Prefirieron también dejar la cuestión del reparto de la tierra para más adelante, cuando Rusia contara ya con una constitución republicana y un gobierno elegido por sufragio universal.

Al mismo tiempo, el país vivía una explosión de “democracia directa”. Los obreros, los campesinos, los soldados, los cosacos... se organizaban en una multitud de comités mientras los trabajadores se armaban y formaban milicias y los sóviets (formados por alianzas *ad hoc* de eseristas, mencheviques, bolcheviques y anarquistas) proliferaban, haciéndose cargo del abastecimiento de la población y del funcionamiento de los servicios públicos.

Entre tanto, el ambiente se radicalizaba semana a semana y las reivindicaciones aumentaban imparablemente de alcance. Los comités de obreros, que en un primer momento no habían aspirado más que a controlar las contrataciones y los despidos y a impedir el cierre de las fábricas, acabaron propugnando la apropiación de las industrias y la ocupación de las naves.

Los soldados, a los que el gobierno provisional republicano había dotado de unos mínimos derechos, fueron mucho más allá de tales concesiones: destituyendo y eligiendo a sus mandos así como tomando decisiones relativas a la conducción de la guerra. El mes de junio, tras varios fracasos militares, el caos se agravó; los oficiales fueron arrestados, incluso ejecutados, y los hambrientos soldados-campesinos huyeron en masa con el fin de estar presentes en los repartos de tierras que deberían producirse en los próximos meses.

El campo vivió la misma polarización. Desaparecido el zar, las asambleas campesinas habían formulado claramente sus reivindicaciones relativas al reparto de la tierra, defendidas principalmente por representantes socialrevolucionarios (eseristas). Pero la negativa del gobierno a emprender una reforma de tal envergadura, unida al progresivo empeoramiento de la situación económica, propiciaron que a partir del mes de junio se iniciase una oleada de ocupaciones, saqueos, asesinatos y quemas de las viviendas de los nobles latifundistas y de los campesinos plebeyos ricos (los *kulaks* surgidos al amparo de las reformas del agro realizadas por el propio zarismo).

El 3 de junio se celebró el I Congreso de los Sóviets de las Rusias que mostró la importancia de los mismos como segundo poder, paralelo al del gobierno republicano.

Mientras tanto, el legalismo del tercer gobierno republicano, integrado por socialrevolucionarios de derechas y mencheviques, atrapado entre el peligro de una involución al zarismo y los riesgos de la completa anarquía, no hacía sino ahondar el foso existente entre el polifacético movimiento revolucionario y los dos partidos de izquierdas integrados en el gobierno de Kerensky. Únicamente dos partidos políticos (los socialrevolucionarios de izquierdas y los bolcheviques), con su lema “todo el poder para los sóviets” apoyaban sin ambages las revueltas populares.

El golpe de Estado.

El análisis que hacía Lenin de la revolución rusa difería radicalmente, en algunos aspectos, del resto de sus protagonistas. En efecto, mientras éstos últimos pensaban principalmente en términos nacionales, en la búsqueda de una alternativa al zarismo que fuese viable y, en definitiva, mejor para los rusos, Lenin, que llevaba muchos años en el extranjero, no tenía en su mente más que la inminente revolución mundial que iba a enfrentar a las fuerzas del proletariado con las de la burguesía. Rusia no sería sino uno más de los escenarios en que se iba a librar el apocalíptico enfrentamiento, y ni muchos menos el más importante; tal papel le correspondía necesariamente a Alemania.

La actividad agitadora que los agentes bolcheviques desarrollaron en el ejército en plena guerra, invitando a la desertión, a la desobediencia y a la autogestión de los soldados, no podía más que favorecer la derrota y consiguiente anexión de importantes y ricas porciones del imperio ruso por parte de los alemanes, con el consiguiente perjuicio económico. Pero a Lenin, obsesionado con su revolución obrera mundial, poco le importaba. Tampoco tuvo reparos en aceptar la financiación de su partido por parte de los alemanes, sabedores de que los bolcheviques actuarían a favor de la derrota de su propio país. Lenin estaba convencido de que los territorios rusos serían devueltos por el proletariado alemán una vez instalado éste en el poder.

Tampoco le preocupaba la posibilidad de un hundimiento definitivo de la república, que había heredado la administración y el ejército zaristas. Al fin y al cabo el programa bolchevique pretendía liquidar en su totalidad dicho Estado (ejército, policía, burocracia...) y erigir uno nuevo creado *ex nihilo* por el proletariado. No debe sorprender que, desde su exilio, Lenin se opusiera al acuerdo de febrero 1917 entre el sóviet de Petrogrado y el gobierno provisional, postura que dejó estupefactos a la mayoría de intelectuales y dirigentes del bolchevismo, los cuales, aún no habiendo jugado ningún papel en la revolución de febrero, mostraban sus simpatías por la república que había surgido de la misma. La posición antirrepublicana de Lenin, no obstante, llegaría a transformarse en la mayoritaria en el partido gracias a su liderazgo y a la masiva incorporación de soldados-campesinos, con una menor cultura política, herederos de la tradición de violencia del campo ruso, y radicalizados por el hambre y la participación en la guerra. Esta última hornada de militantes, denominada -por Trotsky- la de los “prácticos”, se orientaba más a la toma del poder que a la teoría.

Mientras se iban creando nuevos sóviets a lo largo del territorio ruso, las derrotas en el frente, humillantes y causantes de una gran mortalidad, hacían que el discurso pacifista de Lenin, el único que defendía el cese unilateral de las hostilidades, fuese ganando aceptación a pasos acelerados a medida que transcurrían los meses. Aunque en un primer momento la presencia bolchevique en los sóviets fue minoritaria (frente a la de mencheviques y eseristas), su pacifismo radical les fue granjeado simpatías, de modo

que cuando llegó la revolución de octubre los bolcheviques eran ya mayoría en algunos de los sóviets de las grandes ciudades.

También el número de militantes aumentó de forma exponencial en los meses que transcurrieron entre la revolución de febrero y la de octubre.

En cuanto al campo, aunque la presencia bolchevique era prácticamente nula, llegaban los ecos de que eran la única formación importante que apoyaba las ocupaciones y los ataques a los terratenientes y kulaks (un apoyo meramente estratégico, pues los bolcheviques estaban por la colectivización y la industrialización de la tierra y no por su reparto y división en pequeñas parcelas poco productivas). Regresaban asimismo a sus pueblos los soldados desertores, muchos de ellos convertidos a la causa del partido bolchevique, que era el único que les había apoyado en su actitud levantisca.

Los fondos alemanes, de los que carecían el resto de fuerzas políticas, dieron a los bolcheviques una mayor capacidad de maniobra. De otro modo, por ejemplo, no les hubiera sido posible sacar a la calle cuarenta y un diarios en distintas lenguas del imperio, con una tirada que superaba los trescientos mil ejemplares.

Pese a que las prácticas ilegales de los bolcheviques y sus objetivos golpistas eran de todos conocidos, el gobierno republicano se mostró tolerante, hasta que en el mes de julio, tras una serie de violentas manifestaciones en Petrogrado, el partido fue ilegalizado, pasando sus cuadros a la clandestinidad. Lenin se ocultó en Finlandia.

A finales de agosto, y en medio de un caos creciente, el general Kornikoff, ministro de guerra del tercer gabinete republicano, intentó dar un golpe de Estado para restablecer a los Románov. Los bolcheviques invitaron a los soldados a rebelarse y la intentona fue detenida por los sóviets, que disponían de abundante armamento.

Septiembre. La guerra seguía, el hambre y la pobreza aumentaban, el gobierno provisional apenas gobernaba, y el pueblo seguía supliendo su ausencia a través de una multitud de comités, sóviets y demás organizaciones populares. Ante la parálisis gubernamental, se esperaba que en su segundo congreso, previsto para el 20 de octubre, los sóviets decidiesen el asalto al gobierno de la república.

Pero Lenin no estaba dispuesto a apoyar un plan que le iba a obligar a compartir el poder con el resto de fuerzas de izquierda presentes en los sóviets. El 10 de octubre, habiendo regresado de incógnito, lograba convencer finalmente a un grupo de destacados dirigentes de la necesidad de adelantarse al golpe de los sóviets mediante un golpe de estado bolchevique. Pese a su oposición inicial, la mayoría se dejó arrastrar por el empuje de Lenin y cambió de opinión.

La estrategia iba a estar más cerca del golpe militar que de la insurrección popular y masiva. Un reducido número de activistas, coordinados por un “Comité militar revolucionario de Petrogrado”, ocuparía los centros neurálgicos de la entonces capital mientras los soldados de algunas guarniciones se amotinaban. En el CMRP se integraban, como compañeros de viaje, socialrevolucionarios de izquierda y anarquistas, pero estaba completamente controlado por los bolcheviques. El golpe fue un éxito y no hubo de enfrentarse a ninguna resistencia.

Pocos días después se celebraba el II Congreso de los Sóviets -del que se retiraron mencheviques y socialrevolucionarios moderados- que no tuvo más remedio que respaldar el golpe de estado bolchevique.

El deseo generalizado de acabar de una vez por todas con la guerra, hizo que la población aceptase a los nuevos gobernantes con un cierto alivio y sin demasiadas resistencias, pese a no compartir o ignorar los objetivos bolcheviques. El lugar del gobierno tradicional fue ocupado por un “Consejo de comisarios del pueblo” presidido por el propio Lenin.

El Consejo optó por no esperar a la convocatoria de elecciones ni a disponer de una nueva Constitución para afrontar los dos asuntos más acuciantes a los que se enfrentaba el país: la paz y la tierra. Respecto a la segunda, se limitaron a reconocer las ocupaciones y repartos que ya se habían producido durante el verano. Con los alemanes, se acabó firmando un humillante tratado (más bien una rendición) por el que Rusia perdía vastos territorios, poblaciones y buena parte de su riqueza industrial, comprometiéndose igualmente a pagar gravosas compensaciones económicas.

El doce de noviembre de 1917 se convocaron las elecciones para la formación de una Asamblea Constituyente, elecciones que ya se habían programado en el acuerdo de febrero entre la Duma y el sóviet de Petrogrado y que los propios bolcheviques habían reclamado. Fueron las primeras elecciones por sufragio universal que se celebraron en Rusia. Los resultados fueron los siguientes: social-revolucionarios de derechas: 370 diputados (la mayoría absoluta), social revolucionarios de izquierdas: 40 diputados, grupos nacionalistas: 86 escaños, Cadetes (liberales): 17, mencheviques: 16 y bolcheviques: 175. Para los bolcheviques, se trataba de unos resultados completamente impensables tan sólo un año antes; de todos modos, quedaban muy lejos de la mayoría.

La reacción de Lenin a la derrota electoral consistió en deslegitimar la vía parlamentaria, primando a los sóviets (debidamente depurados) frente al parlamentarismo “burgués”. Al nuevo parlamento no se le permitió reunirse más que un solo día. El 7 de enero de 1918 la Asamblea constituyente era disuelta por decreto con el pretexto de haberse negado a acatar la “Declaración de los derechos del pueblo trabajador y explotado” que poco antes había sido aprobada por el Segundo Congreso de los Sóviets.

De este modo, el radicalismo de Lenin, que un año antes era relativamente minoritario dentro de un partido también minoritario, se ponía al frente del país. Su obstinación por alcanzar el poder a costa de lo que fuera, así como sus dotes de liderazgo, le habían permitido aceptar en secreto la ayuda alemana, arrastrar a sus colegas hacia posiciones antiparlamentarias y, cabalgando hábilmente sobre un proceso de caos revolucionario que avanzaba imparablemente hacia no se sabía dónde, hacerse definitivamente con la jefatura del Estado. Desde esa posición el leninismo no tardaría en traicionar buena parte de sus promesas y sus compromisos y a la mayor parte de los sectores sociales en que se había apoyado. De este modo:

- Aunque apoyó inicialmente los repartos de tierras, apenas transcurrida una década forzaría violentamente a los campesinos a la colectivización de las mismas.

- Por más que criticó la institución del ejército, propugnando su recambio por una milicia popular, el leninismo se apresuró a transformar las milicias obreras en un formidable ejército regular, el Ejército Rojo.
- Aunque los obreros habían imaginado que se iban a hacer con el control de las fábricas, tal como sugería el ideal socialista, en realidad sus patronos fueron reemplazados por los funcionarios del partido, en su gran mayoría de extracción social más elevada.
- Aunque en todo momento los comunistas habían defendido las libertades cívicas y se habían opuesto a la arbitrariedad en el ejercicio del poder, implantaron un régimen de terror, que funcionó al margen de cualquier ley y que superó con creces los abusos de la autocracia zarista.

“En algunas semanas, la Checa sola había ejecutado de dos a tres veces más personas que el Imperio zarista había condenado a muerte en noventa y dos años y que, condenados en virtud de procedimientos legales, no habían sido ejecutados en todos los casos, habiendo sido conmutadas una buena parte de las sentencias por penas de trabajos forzados” (3).

- Aunque basaban su legitimidad en los sóviets, en realidad los transformaron en un juguete en sus manos, disolviendo unos y expulsando de su seno a social-revolucionarios y mencheviques en otros.
- Aunque habían defendido la idea de un parlamento constituyente elegido por sufragio universal, y de hecho se realizaron dichas elecciones, no tardaron en disolverlo.
- Pese a que su programa defendía el derecho a la autodeterminación de los pueblos, en realidad no hicieron sino crear un simulacro de repúblicas soberanas, en los casos más afortunados; parte de los pueblos que aspiraban a ejercer la soberanía no encontraron más que el exterminio o la deportación en masa.

No es mi objetivo hacer una descripción detallada de las características del Estado leninista, dado que aquellas que más nos interesan se expondrán dispersas en la cuarta parte de este libro. Pero es conveniente hacer algún comentario sobre algunas facetas concretas: el terrorismo de Estado, la transformación del leninismo en un culto y una doctrina y la III Internacional.

El terror.

“Debemos estimular la energía y el terror a gran escala contra los contrarrevolucionarios...” (20).

Dicho y hecho. Tan pronto se hubo instalado en el gobierno, Lenin empezó a practicar el “terror a gran escala”, antes incluso de que apareciera ninguna amenaza seria al poder bolchevique. Un terror que no sólo aparecía en respuesta a situaciones concretas sino que respondía a una estrategia a largo plazo que buscaba la aniquilación del adversario así como crear un clima de intimidación generalizada que desanimara al conjunto de la

población a organizarse o participar en actividades contrarias al régimen bolchevique, e incluso a expresar cualquier idea crítica.

“En septiembre de 1918, uno de los principales dirigentes bolcheviques, Gregory Zinoviev, declaró: ‘Para deshacernos de nuestros enemigos, debemos tener nuestro propio terror socialista. Debemos atraer a nuestro lado digamos a noventa de los cien millones de habitantes de la Rusia soviética. En cuanto a los otros, no tenemos nada que decirles. Deben ser aniquilados’” (3).

“Hay que formar inmediatamente una ‘troika’ dictatorial (usted mismo, Markin y otro) implantar el terror de masas, fusilar o deportar a los centenares de prostitutas que hacen beber a los soldados, a todos los antiguos oficiales, etc. No hay un minuto que perder... Se trata de actuar con resolución: requisas masivas. Ejecuciones por llevar armas. Deportaciones masivas de los mencheviques y de otros elementos sospechosos’. Al día siguiente, 10 de agosto, Lenin envió otro telegrama del mismo tenor al comité ejecutivo del sóviet de Penza: ‘¡Camaradas! La sublevación kulak en vuestros cinco distritos debe ser aplastada sin piedad. Los intereses de la revolución lo exigen, porque en todas partes se ha entablado la ‘lucha final’ contra los kulaks. Es preciso dar un escarmiento. 1. Colgar (y digo colgar *de manera que la gente lo vea*) al menos a cien kulaks, ricos y chupasangres conocidos. 2. Publicar sus nombres. 3. Apoderarse de su grano. 4. Identificar a los rehenes como hemos indicado en nuestro telegrama de ayer. Haced esto de manera que en centenares de leguas a la redonda la gente vea, tiemble, sepa y se diga: matan y continuarán matando a los kulaks sedientos de sangre. Telegrafiad que habéis recibido y ejecutado esas instrucciones. Vuestro, Lenin. P.S. Encontrad gente más dura’” (3).

Hay que tener en cuenta que cualquier forma de oposición o protesta -incluso aquellas que respondían únicamente a intereses materiales concretos e inmediatos- se interpretaba por parte de Lenin como colaboración en una conspiración contra la dictadura del proletariado. De hecho, a modo de introducción a estas feroces instrucciones, Lenin afirmaba lo siguiente:

“Es evidente que una sublevación de guardias blancos se está preparando en Nizhni-Novgorod, telegrafió Lenin el 9 de agosto de 1918 al presidente del comité ejecutivo del sóviet de esta ciudad, que acababa de comunicarle algunos incidentes que implicaban a campesinos que protestaban contra las requisas” (3).

Convencido de que la guerra civil era inevitable, cualquier oposición a su programa, cualquier disidencia, era entendida como un alineamiento con el campo enemigo.

“Durante el verano de 1918 estallaron cerca de ciento cuarenta revueltas e insurrecciones de gran amplitud en las regiones más o menos controladas por los bolcheviques. Las más frecuentes se debían a comunidades campesinas que se oponían a las requisas realizadas con brutalidad por los destacamentos de suministros, a las limitaciones impuestas al comercio privado y a las nuevas movilizaciones de reclutas llevadas a cabo por el Ejército Rojo. Los campesinos, encolerizados, se dirigían en masa a la ciudad más próxima y sitiaban el sóviet, intentando a veces prenderle fuego. Generalmente, los incidentes degeneraban:

la tropa, las milicias encargadas del mantenimiento del orden y, cada vez con más frecuencia, los destacamentos de la Cheka no dudaban en disparar sobre los manifestantes. En estos enfrentamientos, cada vez más numerosos a medida que pasaban los días, los dirigentes bolcheviques veían una vasta conspiración contrarrevolucionaria dirigida contra su poder por ‘kulaks disfrazados de guardias blancos’.

(...) De hecho, como deja de manifiesto una lectura atenta de los informes de la Cheka sobre las revueltas del verano de 1918, solamente estuvieron, al parecer, preparadas con antelación las sublevaciones de Yaroslavl, Rybinsk y Murom, organizadas por la Unión para la defensa de la patria del dirigente social-revolucionario Boris Savinkov, y la de los obreros de armamento de Izhevsk, inspiradas por los mencheviques y los social-revolucionarios locales. Todas las demás insurrecciones se desarrollaron de manera espontánea y puntual a partir de incidentes que implicaban a comunidades campesinas que rechazaban las requisas o el reclutamiento. Fueron ferozmente reprimidas en algunos días por destacamentos seguros del Ejército Rojo o de la Cheka” (3).

Para Lenin, el terror era una necesidad insoslayable en ese período histórico crucial de enfrentamiento entre clases. Solamente el terror podría paralizar la actividad contrarrevolucionaria. En consonancia con tales postulados, alentó la violencia indiscriminada del populacho, hizo que se preparara al Ejército Rojo para actuar implacablemente, propició la creación de un organismo especializado en la represión (la cheka) y aprobó y ordenó numerosos asesinatos, aunque, atento a su buen nombre y prestigio internacional, se guardó de hacerlo públicamente.

“Es cierto que en muchos de los artículos que publicó, y en los numerosos discursos públicos que pronunció durante ese período, pocas veces pidió que los contrarrevolucionarios y los traidores fuesen fusilados. Prefería dar sus instrucciones radicales en telegramas codificados, notas confidenciales o decretos anónimos en nombre del Sovnarkon. Le preocupaba su buena reputación y no quería empañarla con el estigma de ser un verdugo” (20).

La política de terror hundía sus raíces en la profunda admiración de Lenin por la Revolución Francesa y, más concretamente, por el Terror jacobino. El dirigente bolchevique estaba absolutamente convencido de que, del mismo modo que la Revolución Francesa, en la que -según la teoría marxista- se enfrentaron la burguesía y la nobleza, había tenido un carácter violento, el enfrentamiento final entre el proletariado emergente y la burguesía sería también violento y requeriría una etapa de implantación de terror de Estado. Un terror que se aplicó a los rivales ideológicos, a quienes se oponían a los dictados del momento por otro tipo de motivos e incluso a los delincuentes comunes.

¿Qué formas concretas adoptó? En los primeros compases del nuevo régimen se practicaron numerosas expulsiones al extranjero, especialmente de intelectuales. Las confiscaciones de grano a los campesinos, así como de vehículos, apartamentos, etc. a los ricos constituían igualmente otra forma de agresión.

Sin embargo, las dos modalidades más características de intimidación fueron las ejecuciones y la reclusión en campos de concentración.

“Quienes se dedicasen al mercado negro serían fusilados. Igualmente incitó a las masas a actuar de modo autónomo, entendiéndolo por ello que deberían organizar sus propias expropiaciones: ‘Si no usamos el terror -es decir fusilar en el acto a los acaparadores- no iremos a ninguna parte’ (20).

Las ejecuciones eran realizadas por pelotones que llevaban a cabo las sentencias condenatorias de unos tribunales populares que brindaban nulas garantías jurídicas. El 5 de agosto de 1918 se decretaba oficialmente el derecho a acabar con cualquier contrarrevolucionario *in situ* y sin más miramientos. Todavía más numerosas fueron las ejecuciones realizadas por la cheka, habitualmente mediante un tiro en la nuca y después de haber realizado sus temidas detenciones nocturnas y de haber torturado a sus detenidos.

Los campos de concentración no hicieron sino reutilizar los campamentos en los que se mantenía a los numerosos prisioneros de guerra. Pronto se llenaron de “contrarrevolucionarios” y se hizo preciso construir más y en gran número.

Por si fuera poco y no bastara con mostrarse implacables con los considerados opositores al régimen, se crearon dos nuevas figuras jurídicas: la de los “sospechosos”, que eran encerrados preventivamente en los campos de concentración y la de los “rehenes”, individuos inocentes que respondían con su propia vida por el cumplimiento de las instrucciones de la autoridad revolucionaria.

“Un mes antes de que se hiciera efectivo el decreto sobre el Terror rojo, Lenin recomendó a A. D. Tsurupa, comisario del pueblo de Producción alimentaria, que redactara un decreto según el cual ‘en cada distrito productor de grano, entre los ricos se elegirán veinticinco rehenes, que responderán con sus vidas de la recolección y transporte de los excedentes’ (20).

Entre las principales víctimas del terror leninista podemos destacar:

- Los campesinos, y muy particularmente los *kulaks*, los más productivos de todos. Ya en enero-febrero de 1918 empezaron a salir destacamentos desde las grandes ciudades con el fin de exigir a los campesinos la entrega de todos sus excedentes (es decir, todo el grano que no necesitasen para sobrevivir) a cambio de un recibo. Los campesinos ricos (es decir, los que no vivían en un nivel de subsistencia) fueron estigmatizados como pequeño-burgueses, enemigos del proletariado, insolidarios, y enemigos declarados en la guerra civil revolucionaria. Hasta ochenta mil obreros se llegaron a integrar en los destacamentos encargados de requisar el grano, con la colaboración de los campesinos más pobres y a cambio de un salario y un porcentaje del material requisado. Las sublevaciones campesinas, a cientos, no tardarían en producirse. Sublevaciones que serían reprimidas sin miramientos.
- Los opositores políticos. La persecución empezó por los altos funcionarios del zarismo (supuestamente adictos al régimen anterior) y liberales, se extendió a mencheviques y social-revolucionarios moderados y finalmente afectó también a los social revolucionarios de izquierdas que les habían acompañado en el golpe de Estado y los primeros meses de gobierno. La persecución se cebó con particular encono en los grupúsculos anarquistas.
- También fue drástica la represión de las protestas y huelgas obreras desencadenadas por el cierre de las fábricas y la disminución de las raciones de subsistencia.
- Los soldados del ejército blanco y los cosacos, muchos de ellos adolescentes.

- Los grupos étnicos que se enfrentaron al poder bolchevique.

¿A quien correspondería la ejecución de la política represiva? Carentes de una policía o de un ejército, fue el CMRP -que no se quiso disolver una vez asestado el golpe de Estado- quien jugó el papel de “brazo armado de la dictadura del proletariado”. Su modelo organizativo consistía en una estructura central de unas sesenta personas, en su gran mayoría bolcheviques, y una red de miles de “comisarios” que lo representaban en cada una de las instancias sociales. A los pocos días de la revolución, y mientras los más destacados dirigentes bolcheviques se dedicaban a la formación del gobierno, el CMRP se hacía con el control de los medios de comunicación, requisaba automóviles, creaba la figura del “enemigo del pueblo”, dando publicidad a listas con los nombres de los supuestos enemigos (liberales, altos funcionarios, militares...). Totalmente carentes de víveres, el Comité envió sus primeras expediciones al campo con el fin de requisar grano para aprovisionar a la ciudad, lo que dio lugar a los primeros conflictos con el mundo rural.

Sin embargo, los desmanes en Petrogrado, con continuos alborotos y saqueos - especialmente de las tiendas de alcohol-, y la prolongada huelga de los funcionarios, aconsejaban constituir una policía política más profesional y eficaz en la lucha contra cualquier oposición al régimen. La “comisión pan-rusa extraordinaria de lucha contra la contrarrevolución, la especulación y el sabotaje” (*cheka*, que posteriormente se identificaría con otras denominaciones como NKDV o KGB) se constituyó a principios de diciembre y se puso manos a la obra actuando fuera de cualquier limitación legal. ‘Es la vida misma la que dicta su camino a la cheka’. En realidad fue una policía secreta bien financiada cuyo principal cometido iba a ser el de reprimir cualquier disidencia. La cheka respondía únicamente ante Lenin y tenía plenos poderes para sembrar el terror y para ejecutar sumariamente a los sospechosos. Actuó al margen incluso de ese simulacro de justicia imparcial que fueron los tribunales populares.

Un simple dato: en 1921, el número de agentes de la cheka ya era de doscientos ochenta mil.

Otra interesante práctica del leninismo, que se justificó inicialmente como una necesidad impuesta por la guerra civil y la situación límite en que se encontraba la revolución, fue la utilización de la coacción llevada a sus extremos más inconcebibles - en un país europeo- para lograr la adhesión al régimen de aquellos sospechosos de cuya colaboración no convenía prescindir.

“La órdenes de Trotsky eran invariablemente abruptas y sin rodeos (...): ‘En caso de oficiales poco de fiar, ponerlos bajo las órdenes de comisarios con el dedo en el gatillo’ (20).

“Hippius anota que en las movilizaciones organizadas casi todos los meses de 1918, los antiguos oficiales zaristas eran arrestados junto con sus familias ‘incluidos sus tíos y sus tías’. Toda la familia permanecía en prisión hasta que las autoridades constataban que el oficial podía ser un ‘héroe sometido’, momento en que eran liberados, el oficial para ser reincorporado, mientras los otros permanecían bajo vigilancia. ‘Bastaba con que un comisario hiciese un informe desfavorable sobre el ‘especialista militar’ para que sus tíos y tías, sin

hablar de su esposa y sus hijos, fuesen enviados a trabajos forzados o volviesen a prisión” (20).

Se me permitirá un comentario adicional sobre la cuestión del terror leninista. La reciente caída de la Unión Soviética y la apertura de los numerosos archivos secretos de la KGB han propiciado un nuevo ciclo de interés por el comunismo. Se ha podido acceder a numerosas informaciones que aportan detalles sobre la conducta macabra del PCUS y se ha dado al traste con el aura de santidad que rodeaba al *hombre bueno* Lenin. Se han hecho revisiones espeluznantes sobre la mortandad producida por el régimen soviético y todo ello ha contribuido a generalizar una visión del comunismo que insiste ante todo en el rol central del terror en el funcionamiento del sistema.

Pero este enfoque que recurre al terror como explicación nuclear de lo acaecido en los totalitarismos resulta, quizá, sesgado. La coacción no basta por sí misma para explicar la transformación profunda que el bolchevismo produjo en la sociedad rusa y, todavía menos, que la militancia comunista produjo en tantos individuos. La entrega absoluta en perjuicio a menudo de los propios intereses personales de tantos y tantos militantes, en pro de un sueño utópico que, pese a su carácter fantástico, era sostenido a pies juntillas; la extraña propensión a ver detrás de cualquier contrariedad, si no de *toda* contrariedad, la siniestra actividad de una conspiración contrarrevolucionaria, en la que - incomprensiblemente- se integrarían *todos* los que no compartían el ideario bolchevique; la milagrosa metamorfosis de tantas personas -más o menos normales y sin antecedentes delictivos- en asesinos sin escrúpulos... y tantas otras mutaciones, se hacen algo más comprensibles, e incluso predecibles, teniendo en cuenta que se relacionan con un proceso psicológico de paranoidización colectiva. La diferencia entre los bolcheviques y los mencheviques no radicaba únicamente en los planteamientos teóricos, o en el modelo organizativo, o en la preferencia por unos u otros líderes concretos sino en la forma de *vivir la política*.

El terror es un síntoma, uno más, de la activación paranoide, y no una simple consecuencia del carácter despiadado de algunos dirigentes que arrastran, en su deriva violenta, a algunos seguidores. En un ámbito más reducido, la siembra del terror mediante el recurso a la amenaza y la violencia se da también en algunos grupos sectarios, y en las familias de los tiranos domésticos.

El marxismo-leninismo.

El marxismo-leninismo es, ante todo, una doctrina, basada en la obra escrita de Lenin, con sus posteriores exégesis. Constituye un desarrollo del marxismo que añade principalmente elementos organizativos y de estrategia, sin cuestionar ni un ápice de las bases teóricas establecidas por Marx.

“A la democracia parlamentaria, asumida por los sectores de la II Internacional, catalogada en Moscú como democracia burguesa, se oponía así la democracia proletaria, entendida como dictadura del proletariado, la de los sóviets, sobre las clases contrarrevolucionarias. Y así se consumaba la gran escisión del movimiento obrero socialista, político y sindical, que en adelante opondrá al marxismo de la II Internacional, basado en una estrategia reformista, democrática, parlamentaria y sindical, la estrategia revolucionaria de la III, orientada a las insurrecciones armadas y guerras civiles que caracterizan la

ideología oficial del Estado soviético que, tras la muerte de Lenin en 1924, sería conocida como marxismo-leninismo” (18).

Pero el leninismo, además de una doctrina, fue también una organización jerárquica, en la que el militante se sometía al partido, éste al Komintern y el Komintern al PCUS, una organización a su vez fuertemente piramidal. Por su parte, los partidos comunistas aspiraban a establecer una (jerárquica) relación de absoluto dominio sobre sus respectivos países y ciudadanos, eliminando de paso cualquier atisbo de oposición. Y todo ello con el objetivo de construir rápidamente una sociedad sin desigualdades.

Bien es cierto que la unidad de liderazgo del marxismo-leninismo se quebró en el momento mismo de la muerte de Lenin, cuando dos de sus destacados dirigentes pretendieron ser sus “verdaderos” sucesores y los “verdaderos” intérpretes de su legado teórico. El trotskismo, sin embargo, nunca llegó a implantarse en ninguna parte, y ni siquiera estuvo cerca de hacerlo. Posteriormente se produjeron algunas fracturas más, siendo la más significativa la de Mao con la Unión Soviética, a la que acusó de haber renunciado a los principios revolucionarios básicos.

Para sus militantes, el leninismo era también una identidad, una solidaridad restringida, el sentido de pertenencia a una comunidad de personas que comparten unos ideales, una visión del mundo, una jerga e incluso unos mismos enemigos. Un buen militante situaba su afiliación comunista por delante de cualquier otra, religiosa, nacional o del tipo que fuera.

Y el marxismo-leninismo fue, finalmente, un culto -una religión política-, con sus cánticos, sus banderas, sus ceremonias y sus líderes glorificados. El culto al fundador, un fenómeno incompatible con los ideales igualitarios, empezó a hacerse evidente a los pocos meses del acceso al poder de los bolcheviques.

“Cierta Yemelman Pávlov escribía [a Lenin] que los comisarios, ‘todas esas personas de casacas de cuero que te veneran , hacen todo lo posible por ponerte en un pedestal, tan alto que desde allí ya no verás nada y el pueblo te verá como un dios inaccesible’ (20).

El culto a Lenin no empezó tras su fallecimiento, como se ha dicho en repetidas ocasiones -aunque con su muerte, eso sí, se exacerbó y llevó a límites grotescos- puesto que ya en vida del dirigente bolchevique la Unión soviética se pobló de retratos y estatuas de Lenin (que sustituían a las de los zares) y la prensa empezó a idolatrarle, dotándole de las más excelsas virtudes. Lenin no fue transformado en un dios, pero sí en un hombre único, modelo supremo de perfección revolucionaria.

La III Internacional.

El término *comunismo* se debe a Cabet, un socialista utópico tardío que arrastró tras de sí a mil quinientos seguidores a los EEUU para fundar su legendaria Icaria, de vida breve.

“En 1842, Eugène Cabet reúne teorías algo diferentes bajo la etiqueta ‘comunismo’...” (5).

Muy poco después, los dirigentes en el exilio de la Federación de los Justos (una organización obrera alemana) decidieron cambiar su nombre y identificarse como *comunistas*.

“(…) Marx, miembro ya de la Liga de los Comunistas, trabaja intensamente en la organización del movimiento obrero y organiza en Bruselas, durante el verano, la ‘Escuela de Trabajadores Alemanes’, con un grupo de obreros proscritos y de intelectuales, volcados a través de sus reuniones de todos los miércoles y sábados en la maduración de una explicación científica para las causas y los efectos del problema obrero a nivel mundial. En este clima es donde surge la idea de un *manifiesto* como punto de lanzamiento del nuevo grupo, Federación Comunista…” (18).

Pero el término “comunismo” cayó en desuso y durante la segunda mitad del siglo XIX los partidos de orientación marxista se reconocieron a sí mismos simplemente como socialistas o socialdemócratas.

Cuando en marzo de 1918 el partido bolchevique cambiaba su propio nombre por el de Partido Comunista, señalaba claramente la escisión que se había producido entre quienes pensaban que el fin del capitalismo no era inminente, que al socialismo se podía acceder también de un modo paulatino y que había que aceptar la autoridad de unos parlamentos constituidos por sufragio universal, y quienes pensaban que el fin del capitalismo sí estaba próximo, que los parlamentos eran una institución obsoleta y que había llegado la hora de la Revolución proletaria.

“Lenin había adelantado antes la idea de que la II Internacional había muerto y era necesario crear una Internacional nueva” (18).

“La revolución de octubre no era sino el principio de la ‘revolución mundial’ que también necesitaba de un partido igualmente mundial y de la correspondiente Internacional revolucionaria” (18).

Ahora bien, aunque se tratase de un país periférico desde el punto de vista del desarrollo industrial y del peso de su proletariado, el hecho de ser la rusa la única de las revoluciones acaecidas después de 1917 que alcanzó el éxito le dio al Partido Comunista ruso un liderazgo natural en la dirección de esta nueva Internacional.

“(…) la revolución alemana de 1918, la transformación de la Liga Espartaquista en el Partido Comunista alemán, imitada por grupos socialistas revolucionarios de otros países que rompían así con la socialdemocracia. Así, en los últimos meses de 1918, se formaron partidos comunistas en Finlandia, Letonia, Hungría, Austria, Polonia y Holanda” (18).

A los partidos comunistas de los países europeos, se fueron agregando organizaciones procedentes de todos los rincones del globo, incluyendo organizaciones de las colonias europeas de ultramar, que fundían el discurso nacionalista de la soberanía de los pueblos con el ideario de la III Internacional.

Esta III Internacional difería profundamente de la anterior al menos en dos aspectos: la férrea disciplina, y una doctrina monolítica que no admitía las discrepancias.

“Se trataba de asegurar así el ajuste de la Internacional Comunista al modelo bolchevique de partido y al modelo soviético de revolución que debía hacer factible la Revolución Mundial. El Partido Bolchevique, que se autoconceptuaba como expresión suprema de la unidad de la clase obrera, exigía estos rasgos semimilitares y este funcionalismo disciplinar ejemplar aprendido en el seno de la guerra civil. Y ello debía influir en esta generalización de las formas de la revolución rusa a la revolución mundial a la que se había de llegar mediante una guerra mundial revolucionaria contra los Estados capitalistas (...)

Organizada como un partido mundial, la Internacional Comunista debía contar con los partidos comunistas de los distintos países como secciones nacionales, privados de autonomía y obligados a llevar a la práctica las decisiones del Comité Ejecutivo de la IC, cuya dirección suprema tenía plenos poderes, de admisión y expulsión de militantes, grupos y secciones, que debían reproducir internamente la misma estructura piramidal y centralizada del partido mundial” (18).

El espíritu militarista del Komintern requirió de un esfuerzo intenso, consciente y drástico para imponerse.

“Cuando en julio de 1920 se reúne el II Congreso de la IC con asistencia ya de 200 delegados, que representaban a 67 organizaciones de 27 países, la heterogeneidad política e ideológica de estos representantes hizo temer a los dirigentes por la consistencia ideológica y organizativa de la Internacional. Por ello, optaron por exigir a los candidatos y organizaciones a participar en la misma el cumplimiento de 21 condiciones, entre las que destaca la eliminación de reformistas y centristas en pro de ‘comunistas asegurados y probados’, la inmediata y total ruptura con todas las organizaciones centristas y reformistas políticas y sindicales, a las que se acusa de esquiroles, una propaganda y agitación cotidiana de carácter comunista, la combinación de acciones legales e ilegales, la difusión de ideas comunistas en el ejército, la denuncia del social-patriotismo y del social-pacifismo, la ruptura y combate de la Internacional Sindical ‘amarilla’; periódicas depuraciones en los propios partidos comunistas, etcétera” (18).

Una colosal maquinaria en pie de guerra, fuertemente jerárquica, se creía a sí misma - firme y sinceramente- portadora del destino de construir una sociedad igualitaria y bondadosa. Durante varias décadas, la Unión Soviética entrenaría, financiaría generosamente (incluso mientras los campesinos rusos morían de hambre) y daría cobijo a los dirigentes de cientos de organizaciones empeñadas en acceder al poder, en solitario y en sus respectivos países, mediante la guerra o el terror, y dispuestas igualmente a utilizar los parlamentos para hacerse con el gobierno e instaurar la dictadura del proletariado.

El efecto combinado de unos partidos comunistas locales absolutamente determinados a conquistar el poder a cualquier precio, poseedores de una militancia entusiasta y obediente, bien financiados, y la voluntad de las dos principales potencias leninistas de extender su modelo político *manu militari* en cuanto se les presentase la oportunidad, hizo que cincuenta años después de la fundación del Komintern, una porción más que notable de la superficie y de la población del planeta se viera gobernada por partidos

comunistas. El empuje del movimiento parecía imparable (excepción hecha de los países más industrializados, aquellos que según las predicciones de Marx debían ser el núcleo de la Revolución). En la parte del mundo no gobernada por el comunismo, las organizaciones y guerrillas leninistas proliferaban por doquier. A este avance imparable del leninismo había que añadir la constatación de que una vez instalados en el poder los partidos comunistas se hacían inexpugnables, desapareciendo cualquier atisbo de oposición interna.

Sin embargo, y a finales del siglo, el descontento de los llamados a disfrutar de la nueva utopía -las “masas populares”- hizo que el ensayo acabara disgregándose, como ya había sucedido -a mayor velocidad- con los experimentos fabril-igualitarios de los antiguos socialistas utópicos. Una disolución bastante rápida y completa, pues no restan ya más que un par de tiranías personalistas en sendos países pequeños y grupos dispersos, con una militancia menguante.

Por el camino, el leninismo ha dejado un rastro de poblaciones enteras condenadas a la pobreza material y privadas de derechos políticos elementales, de millones de muertos en hambrunas debidas a la insensata planificación económica, de millones de asesinados y torturados, de campos de concentración, de deportaciones en masa y de persecución de ideologías políticas, religiones e identidades étnicas y culturales.

Referencias

1. Azurmendi, Mikel. Señas de identidad abertzale. El País, 20 de octubre de 1994.
2. Breuilly, John. Nacionalismo y Estado. Barcelona: Ediciones Pomares-Corredor SA; 1990.
3. Courtois et al. El libro negro del comunismo. Madrid (España): Espasa Calpe; 1998.
4. Daniel, Jean. Las dificultades de la paz. El País, 28 de diciembre de 1993.
5. Duverger, Maurice. "La liebre liberal y la tortuga europea. Barcelona: Ed. Ariel SA; 1.992.
6. Ehrenreich, Barbara. Ritos de sangre. Madrid: Espasa Calpe; 2000.
7. Godechot, Jacques. Las revoluciones (1770-1799). Barcelona: Editorial Labor SA; 1981.
8. Guerra FX. Modernidad e independencias. Madrid (España): Editorial Mapfre; 1992.
9. Hobsbawm EJ. La era del Imperio (1875-1914). Barcelona: Labor universitaria; 1989.
10. Hobsbawm, EJ. Naciones y nacionalismo desde 1780. Barcelona: Ed. Crítica; 1992.
11. Johnson, Paul. El nacimiento del mundo moderno. Buenos Aires: Javier Vergara Editor; 1992.
12. Lacouture, J. Jesuitas II. Los continuadores. Barcelona: Ediciones Paidós; 1994.
13. Mosterín, Jesús. Entre la diáspora y la tierra prometida. El País, 4 de enero de 1992.
14. Pagès Blanch, Pelai. Las Claves del Nacionalismo y del Imperialismo. Barcelona: Ed. Planeta; 1991.
15. Payne SG. Historia del fascismo. Barcelona (España): Planeta; 1995.
16. Rousseau JJ. Las confesiones. Madrid Espasa-Calpe; 1983.
17. Rousseau JJ. El contrato social. Madrid: Ed. EDAF; 1991.
18. Sánchez Jiménez, José. Las Claves del Movimiento Obrero. Barcelona: Ed. Planeta; 1992.
19. Smith AD. Nacionalismo y Modernidad. Madrid (España): Ediciones Istmo S.A.; 2.000.
20. Volkogónof D. El verdadero Lenin. Madrid (España); Grupo Anaya S.A.: 1996.
21. Wieviorka, Michel. El espacio del racismo. Barcelona: Ediciones Paidós Ibérica SA; 1992.
22. Woolf, Stuart. La Europa napoleónica. Barcelona: Ed. Crítica SA; 1.992.